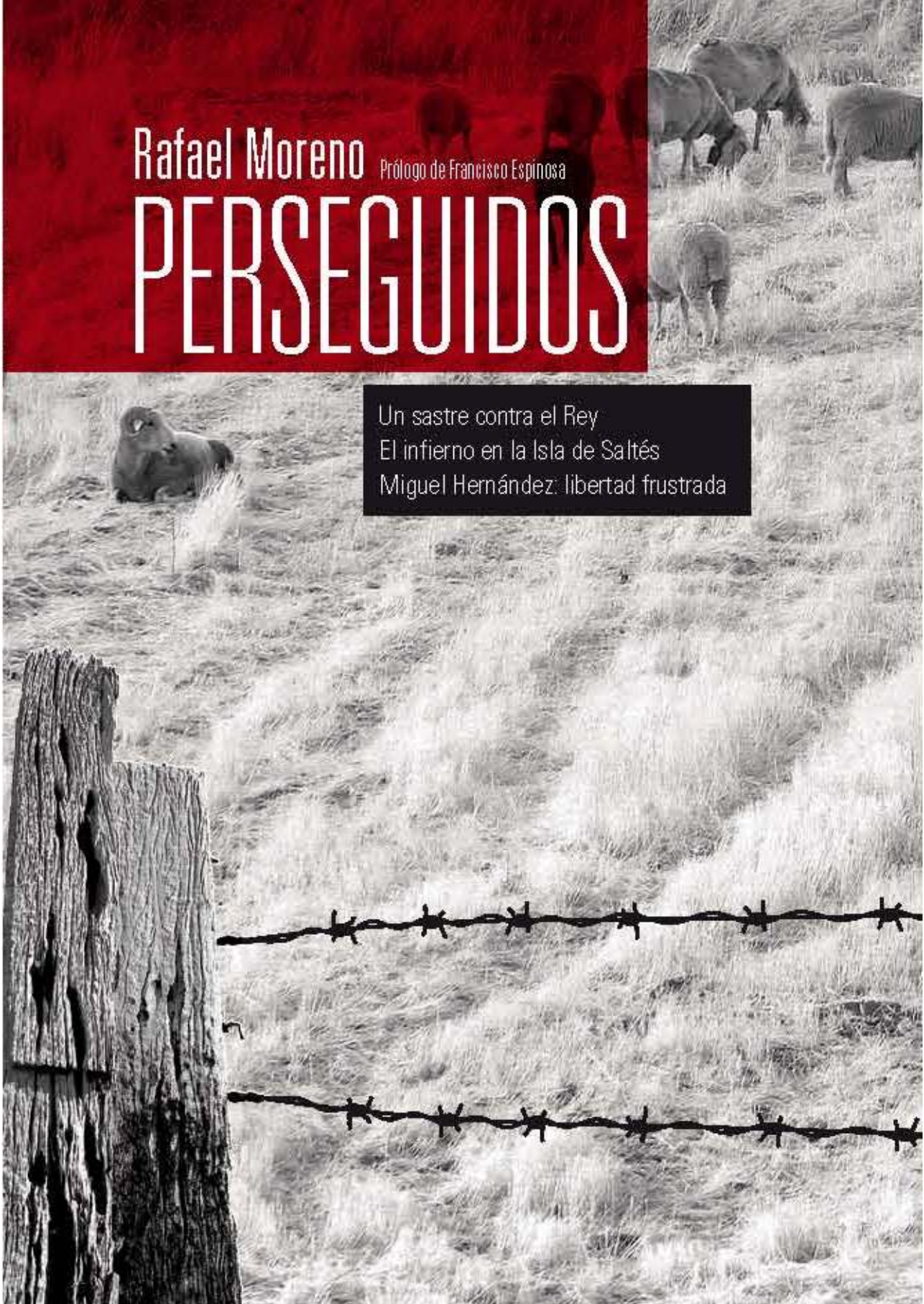
Rafael Moreno

Prólogo de Francisco Espinosa

PERSEGUIDOS

Un sastre contra el Rey
El infierno en la Isla de Saltés
Miguel Hernández: libertad frustrada



PERSEGUIDOS

Rafael Moreno

PERSEGUIDOS

© Rafael Moreno, 2013
© Del prólogo: Francisco Espinosa Maestre
© Del relato dramatizado Rosas de Guzmán: Rafael Moreno
© Del epílogo: José Domínguez Álvarez,
con palabras de Carlos Castilla del Pino

© De las fotografías:
Rafael Moreno
Archivo familiar José Domínguez
Archivo familiar Toñi Hernández
Archivo familiar Tomás Gento
Archivo familiar Emilio Fernández Seisdedos
Capítulo II: Archivo Autoridad Portuaria de Huelva
Capítulo II: Exteriores realizados por Josue Correa
Fotografías Capítulo III: Exteriores y exposición realizados
por Josue Correa

Diseño y edición gráfica: Jacinto Gutiérrez

Primera edición: Sevilla, septiembre de 2013

ISBN: 978-84-616-5759-9
Depósito Legal: xxxxxxxx

Impresión: Tecnographic

ISNI: 0000 0000 5937 7903 Rafael Moreno Domínguez
Socio de CEDRO y Asociación Colegial de Escritores

Esta obra, tanto en su forma como en su contenido, está protegida
por la Ley, que establece penas de prisión, además de las
correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para
quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o
cientñífica, o su transformación, interpretación, o ejecución artística
fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través
de cualquier medio, sin la preceptiva autorización por escrito
del titular de los derechos de explotación de la misma.

Agradecimientos

Este libro ha sido posible gracias a la constancia vital de José Domínguez Álvarez, «Pedro El Sastre». Lleva 95 largos años sin olvidar unos hechos que le han marcado de por vida. Antes de despedirse de este mundo quiere que los nombres de los más de cien represaliados en Puebla de Guzmán no queden en el olvido, especialmente el de esas 15 mujeres, las Rosas de Guzmán, vilmente asesinadas por los fascistas locales emboscados en la niebla y en la oscuridad de un callejón, el de la Fuente Vieja.

La idea de plasmar en un diario la peripecia del topo Rodrigo Miguela da pie sin lugar a dudas a comprender el afán de supervivencia del ser humano y su capacidad de resistencia. Su familia no ha dudado en mostrar aquel zulo, hogareño, sí, donde Miguela estuvo, se puede decir, enterrado en vida.

Qué decir de Tomás Gento Álvarez. Leer su manuscrito, conservado por su familia como un tesoro, ayuda a descifrar el funcionamiento de la maquinaria represora que aplastó a España entre 1936 y 1975. Aún hoy parece escucharse el traqueteo del tren que le trasladó desde el campo de concentración de Huelva hasta Viator. Detrás dejaba a su mujer y a sus hijos. Sus nietos, hoy, dan a conocer su historia para que no se pierda y olvide.

Gracias también a todos los vecinos de Puebla de Guzmán, Punta Umbría, Rosal de la Frontera y Santo Aleixo que han contado, con tremenda paciencia, mesura y amabilidad, su vida a este periodista que un día tras otro se iba metiendo en sus casas. Eso sí, de la mano de sus paisanos José Domínguez, Toñi Hernández y Augusto Tassio.

Un recuerdo especial a Emilio Fernández Seisdedos, «Emilio El Platero». Con casi 103 años de curriculum vital me concedió una entrevista el 13 de agosto de 2013 en su casa estival de Punta Umbría. Su memoria, aún muy útil, invita, sobre todo a comprender el ideario social. Su fotografía con el carnet de teniente del ejército de la República da fe de lo que ha sido y es este hombre: una buena persona, en el sentido machadiano del término.

Y, como no, subrayar las letras comprometidas del maestro Francisco Espinosa Maestre. Uno de los historiadores que ha conseguido desenredar con tesón, paciencia y pruebas documentales incontestables la maraña represora tejida por las tarántulas del régimen franquista. Vencieron, sí, pero no convencieron. Tal y como vaticinó el 12 de octubre de 1936 el profesor Unamuno en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca ante el general Millán Astray y en presencia de Carmen Polo, esposa del Caudillo.

Y a Cecilio Gordillo, coordinador de «Todos (…) los nombres_», por recordarme una y otra vez que la historia de las Rosas de Guzmán había que plasmarla en los papeles. Y a Pedro Jiménez Sanjosé, coordinador de Izquierda Unida en Huelva, por poner su granito de arena en esta enorme playa de la Memoria Histórica. Y a Juan Francisco Arenas de Soria, asesor de la Dirección General de Memoria Democrática de la Junta de Andalucía por ayudar a que esta publicación vea la luz en el otoño de 2013.

Prólogo

El movimiento por la memoria histórica iniciado en España a fines de los años noventa conoció su mejor momento en la pasada década. No obstante, resultó débil y tardío, en medio de una sociedad educada en la desmemoria, presa aún de los tópicos franquistas y casi por completo ajena a estas cuestiones. Políticamente su recorrido fue breve: se subvencionaron numerosos proyectos e iniciativas sociales y se llegó a fines de 2007 a una «ley de memoria» que dejaba de lado las principales reivindicaciones del movimiento memorialístico y que fue burlada por la derecha en todo momento. Se produjo un intento de dar un tratamiento judicial a la represión franquista que acabó en el lamentable espectáculo de la expulsión de un juez de la carrera judicial. De modo que si el poder político ha pasado de puntillas sobre este asunto, el judicial resulta ser el mayor garante de la impunidad del fascismo español.

Si algo bueno tuvo el boom de la memoria es que animó a mucha gente a salir del silencio. La clave de este la había explicado bien el escritor almeriense Agustín Gómez Arcos cuando dijo: «La dictadura imponía el silencio, la democracia impide la memoria». El resultado de estas políticas, primero de propaganda, durante la dictadura, y luego de olvido, a partir de la transición, es que, aunque algunos historiadores comenzasen a investigar la represión desde entonces dando sentido a la función social de la historia, la mayor parte de la gente no contó sus recuerdos ni verbalizó sus sentimientos hasta la primera década del siglo XXI, cuando ya habían pasado más de sesenta años de los hechos y habían desaparecido la mayor parte de los testigos.

Puedo dar fe de que en los años ochenta, cuando realicé la investigación sobre lo ocurrido en Huelva a consecuencia del golpe militar de julio del 36, con el PSOE en el poder tras la mayoría absoluta de 1982, el silencio seguía siendo la tónica habitual. La derecha no soltaba palabra y la izquierda, con excepciones, estaba aún dominada por el miedo y la natural desconfianza. Sin duda, el golpe del 23 de febrero de 1981 trajo de nuevo a mucha gente no el temor a una nueva guerra civil, de todo punto imposible dado el absoluto predominio de los aparatos de poder heredados de la dictadura, sino el miedo a una nueva oleada represiva. Algunas personas estaban dispuestas a hablar, pero en cuanto veían una grabadora se echaban atrás. Otras me pedían después de la conversación que no aparecieran sus nombres; hijos hubo que decían a sus padres que no se les ocurriera decir nada. Sin embargo, he de reconocer que, una vez publicada *La guerra civil en Huelva* en 1996

María Domínguez Ponce, una de las Rosas de Guzmán.

me llegaron informaciones muy interesantes de protagonistas de los hechos, de familiares o simplemente de personas que deseaban aportar algo.

Todo esto me ha venido a la cabeza al leer las historias que Rafael Moreno ha reunido en su libro. Siento además cierta sana envidia: ojalá hubiera dado yo en los años ochenta con Pedro «El Sastre», Rodrigo Miguela y Tomás Gento Álvarez. Lo primero que vienen a confirmar es algo que ya sabemos: los Registros Civiles reflejan, mal por lo general, solo una parte de la represión fascista. En mi trabajo sobre Huelva aporté 4.046 víctimas con nombre y apellidos (tres mil procedentes de los registros y mil más de otras fuentes) y en el trabajo que realicé con José María García Márquez en 2009, teniendo en cuenta nuevas fuentes, la cifra subió a 6.019.[1] En el caso de Puebla de Guzmán, en 1996 di 52 nombres (46 asesinados en Puebla, 3 en Ayamonte y 3 en Huelva,[2] si bien de esos 46 dos eran de San Silvestre y uno de Paymogo) y en el otro trabajo comentado la cifra aumentó a 71. Ahora Rafael Moreno, con el testimonio de Pedro «El Sastre», llega a 78. Y digo que los Registros Civiles no son fiables porque de los inscritos en el de Puebla de Guzmán solo once de las víctimas lo fueron entre 1937 y 1948, inscribiéndose los 35 restantes entre 1979 y 1985 (21 de ellos en 1980). Solo así se explica que falten por registrar la mitad de las víctimas y que los datos recogidos en las actas planteen tantas dudas. La dictadura no quería que quedara constancia de la matanza fundacional e hizo todo lo posible para impedirlo.

Podemos afinar más. Por el diario del alosnero José Jiménez Rebollo y por información procedente del Archivo del Tribunal Militar Territorial de Sevilla sabemos que, a grandes rasgos, la represión en Puebla de Guzmán se estructuró en cuatro matanzas: el 23 de agosto de 1936 fueron asesinados 21 vecinos en Alosno y 30 en Ayamonte; el 10 de septiembre, 15 más en Alosno, y finalmente en septiembre de 1937 fueron asesinadas 15 mujeres. Ochenta y una personas en total para un pueblo de unos seis mil habitantes. Si partimos de los 78 aludidos, faltan pues tres nombres, que deben ser los tres asesinados en Huelva en 1937 tras pasar por consejo de guerra (en total fueron juzgados 57 vecinos de Puebla). En consonancia con lo dicho, en los listados de la Obra de Protección de Huérfanos de la revolución y la guerra aparecen 97 menores de la localidad, lo que no significa, pese a lo abultado de la cifra, que no hubiera más, ya que ahí solo constaban los que recibían ayuda económica. Un documento interesante incluido en el trabajo nos recuerda quién era el máximo res-

1. Me refiero respectivamente a La guerra civil en Huelva, Diputación, 1996, y a «La desinfección del solar patrio. La represión judicial militar en Huelva (1936-1945)», en Mirta Núñez Díaz-Balart (Coord.), La gran represión. Los años de plomo del franquismo, Flor del Viento, Madrid, 2009, pp. 283-429.
2. Se trata de Luciano Limón Moro, Juan Mora Fernández y Blas Ponce Barbosa, asesinados el 23 de agosto en Ayamonte, y de Antonio Macías Ponce, José Beltrán Beltrán y Manuel Gómez Martín, eliminados en Huelva en 1937.

ponsable de la represión en Puebla: la autoridad que ordena las detenciones es el comandante militar o el comandante de puesto de la Guardia Civil. Los falangistas y demás paramilitares eran los que se encargaban de ejecutar las órdenes y los que la gente recuerda y asocia al terror, pero no los que las daban.

Pedro «El Sastre», además de nombres, aporta detalles que solo pueden obtenerse por fuente oral. Su trayectoria fue muy común. Mucha gente afectada como él por el terror fascista tuvo que incorporarse al bando sublevado y luchar contra la República. De ahí el número de desertores, aunque muchos no se atrevían por las consecuencias que pudiera traer a la familia. Tanto sobre los asesinados como sobre los juzgados, a falta de hechos más contundentes, se hizo recaer la quema de la iglesia y de la ermita. Pero los *rojos* de Puebla tenían otra culpa que purgar: la de haber sido uno de los primeros pueblos en que se proclamó la República en diciembre de 1930 con motivo del levantamiento de los capitanes Galán y García Hernández. Pedro «El Sastre», aún siendo un muchacho (nació en 1918), conserva recuerdos de aquellos hechos.

La memoria de «El Sastre» ha permitido poner nombres, apellidos y detalles a las quince mujeres asesinadas en agosto de 1937.[3] Primero nueve, entre ellas la madre de Pedro, y luego seis más. Como el crimen se produjo a los tres días de su incorporación al frente, piensa que los fascistas esperaron a su salida y a la de otros para matarlas. Es posible que influyera, si bien hay que tener en cuenta dos hechos: la declaración como zona de guerra de media provincia a mediados de 1937, que está en el origen de un rebrote represivo que acabó con la vida de varios centenares de personas en esos meses; y las fases que tuvo la represión sobre las mujeres, que existió desde los primeros momentos, afectó a casi toda la provincia y se recrudeció en la segunda mitad del 37 con el objeto de dejar sin soporte alguno a los huidos aún existentes en diversos puntos de la provincia. Las 15 mujeres fueron asesinadas en el pueblo con todo el ritual de terror que solía rodear estos crímenes tan especiales. Fueron rapadas, purgadas e internadas en el antiguo matadero municipal. El cura ni se acercó a confesarlas.[4] Como una de ellas era la madre del enterrador fue este el que se encargó de plantar un rosal sobre la fosa común donde fueron arrojadas, rosal que, aunque oculto entre la maleza, aún existe. De ahí lo de las rosas de Guzmán.

Otro caso que se nos cuenta en base a notas manuscritas es el de Rodrigo Miguela Durán, un huido que acabó de topo en su propia casa, donde se mantuvo oculto durante cinco años. No es el único de Huelva, ya en su momento

3 Solo fueron inscritas en el Registro Civil ocho, seis de ellas a partir de 1979. Los días, meses y años en que fueron asesinadas carecen de lógica alguna. Las dos matanzas, además de reducidas a la mitad, aparecen con tales diferencias de fechas que no hay modo de saber que se trata de dos grupos de personas asesinadas en 1937 con unos días de diferencia. La llamada «ley de pensiones de guerra» de la UCD, al hacer recaer la realidad de la muerte en los familiares de las víctimas y no en los organismos represores (Ejército, Guardia Civil y Policía) provocó este cúmulo de irregularidades.

Jesús Torbado y Manuel Leguineche nos contaron en *Los topos* (1977) la historia de Manuel Piosa «El Lirio», oculto durante treinta y dos años en Moguer. Miguela tenía motivos para esconderse: su hermano y su cuñado ya habían sido asesinados. Finalmente, la muerte primero del padre y después de la madre, terrible esta experiencia, lo llevaron a dejar el zulo y a entregarse a la Guardia Civil en 1941. Pudo contarlo.

Rafael Moreno nos habla también del campo de concentración que existió en la Isla de Saltés, frente a Punta Umbría. Se sirve de los recuerdos de Gregorio Jiménez Vidosa, testigo a sus doce años de cómo la gente se organizó para ayudar a los presos con permiso de los militares, incapaces de satisfacer las necesidades mínimas de aquellos hombres, y de los escritos de Tomás Gento Álvarez, que pasó tres años en campos de reclusión como el que hubo en el Muelle Pesquero de Huelva o en el más conocido de Viator (Almería). Como podrán comprobar los lectores, una vez más se confirma que la realidad supera a la ficción.

Finalmente podemos asistir a la desgraciada aventura del poeta Miguel Hernández en su intento por llegar a Portugal y así tener más cerca el sueño de partir hacia un país libre. No fue posible. Lo detuvieron y lo entregaron por Rosal de la Frontera. No es la primera vez que aparece el poeta en el texto. Nos cuenta Pedro «El Sastre», quien lo supo por un pastor que fue testigo del crimen, que el novio de su hermana María Jesús, Manuel Romero Fiscal, asesinado en el 36, murió recordando a Miguel Hernández.

Estas son las historias que ha reunido Rafael Moreno en este trabajo que deja constancia de los recuerdos y vivencias de personas que –salvo el caso de Miguel Hernández– difícilmente entran en los libros de historia, tanto por el desprecio que parte de la historiografía siente por la memoria, como por la dificultad real de conectar con ellos. Aquí ha faltado, como en Francia o como en Cataluña, un archivo donde poder entregar y poner al servicio de la investigación escritos, fotografías o documentos de carácter personal. Ese vacío vienen a suplir trabajos tan interesantes como este.

Francisco Espinosa Maestre
Villafranca de los Barros, agosto de 2013

4 Me resisto a no incluir algo del informe que ese mismo párroco, Juan Romero Oviedo, envió al arzobispado de Sevilla a fines de 1932: «Estado de moralidad y vida cristiana: en las clases humildes deja mucho que desear. Misa y descanso dominical: muy deficiente en cuanto a la asistencia a la Santa Misa; en cuanto al descanso el abuso es mayor. Un sesenta por ciento deja de asistir a misa. (…). Últimos sacramentos: los descuidan o se niegan un veinticinco por ciento. Entierros civiles: antes ninguno; desde el día 14 de abril de 1931 se han celebrado unos ocho. Matrimonios civiles: se han celebrado seis o siete. Existen ocho o diez concubinatos públicos. (…). Prensa sectaria: excepto muy pocos periódicos de derechas, el resto es mala prensa. Revistas católicas se reciben por los feligreses unas diez o doce al mes. Existe un centro socialista, cuyos daños son haber conseguido que se celebren algunos entierros sin clero y matrimonios meramente civiles» (Ordóñez Márquez, J., La apostasía de las masas y la persecución religiosa en la provincia de Huelva 1931-1936, CSIC, Madrid, 1968, p. 169.

Pasillo del cementerio de Puebla que acoge la fosa de las Rosas de Guzmán, según José Domínguez.

Capítulo I

Un sastre contra el Rey y por la República

Memorias del socialista Pedro «El Sastre»: España, entre la Dictadura, la República y la Guerra Civil

Pedro «El Sastre» se llama en realidad José Domínguez Álvarez. Este pueblerío enjuto y metódico con la vida y sus recuerdos nació el 18 de mayo de 1918. Conserva probablemente una de las memorias más activas y prolíficas de la provincia de Huelva. Es capaz de lucir con asombroso sentido de la libertad que dan los años, casi un siglo, un libro maldito por siempre en esta España decimonónica y caciquil hasta la exasperación: Las ruinas de Palmira, del ilustrado Conde de Volney. Una obra condenada en la piel hispana por su espíritu irreverente y poco modélico a ojos de la ortodoxia cristianizante de la España que le tocó vivir desde 1918 hasta nuestros días y que con tanta maestría representó en su tierra, Puebla de Guzmán (Huelva), un cura que tenía por nombre Juan Romero Oviedo. Hombre de cruz y de espada.

Vivió y participó en el levantamiento contra la monarquía de Alfonso XIII en 1930 en Puebla de Guzmán (Huelva)

Narra en su vasto anecdotario vital un detalle que a punto estuvo de delatarle durante su pertenencia al ejército franquista. Se paró a mirar libros, su gran afición, en un puesto callejero en las inmediaciones de una Cataluña (Lleida) en guerra y descubrió entre aquellas pastas manoseadas la obra Las ruinas de Palmira. Miró a la anciana ambulante y le espetó «si quiere conservar la vida esconda ese libro». Así lo hizo. Y aquel sastre que lo fue de veras siguió adelante junto a los soldados nacionales de su batallón.

José Domínguez fue reclutado por los nacionales en agosto de 1937, cuando la provincia de Huelva había sido ya dominada al completo por los fascistas y sólo aguantaban en los campos y montes varios cientos de huidos, la mayoría ocultos en cuevas y pozos de mina, como su paisano Rodrigo Miguela le contaría después.

Este socialista que atesora hoy uno de los carnés más antiguos del partido de Pablo Iglesias, no en vano tiene 80 años de afiliación, ingresó por la fuerza de los hechos (cumplió los años en zona Nacional y en plena Guerra Civil) en las tropas de Franco después de soportar el fusilamiento de su propio padre, Diego Domínguez Ponce, segundo alcalde en Puebla de Guzmán. Y sin poder imaginar lo que viviría al poco tiempo de enrolarse en las filas del 'invicto' Caudillo.

José Domínguez Álvarez «El Sastre».

De izquierda a derecha la familia Domínguez Álvarez, de pie: María San Blas Álvarez Cano; Diego Domínguez Ponce; María San Pedro Cano. Abajo: José Domínguez Álvarez, María Jesús Domínguez Álvarez, María Jesús Ponce, José Álvarez y José Domínguez «Pedro El Sastre», con cinco meses.

Fue enviado al frente, a batallar donde operaban las tropas italianas que apoyaban a Franco en La Alcarria. Desde aquellas tierras de miel, heladas negras, de esas que se meten bajo los terruños quebrados por el frío invernal que mata hasta las lombrices, escribía cartas a su madre, María Blasa. Sin saber que sólo días después de su marcha al frente bélico había sido también asesinada, en septiembre de 1937, por los fascistas locales junto a otras ocho mujeres en un angosto callejón pueblerío conocido como el de la Fuente Vieja. Rosas de Guzmán que padecieron una venganza atroz durante los muchos días, semanas y meses que permanecieron retenidas en la vieja carnicería del pueblo, utilizada como almacén municipal.

Diego Domínguez Ponce y María San Blas (Blasa) Álvarez Cano tuvieron cuatro hijos: María Jesús, a la que le mataron a su novio, José, Martín y José («Pedro El Sastre»).

Diego Domínguez, (sin identificar), María San Blas, María Jesús Ponce y Josefa Neupabè.

A Blasa iban dirigidas las cartas inútiles que le mandaba su hijo desde el frente. «Estuve escribiendo a mi madre desde septiembre de 1937 hasta que me dijeron en diciembre que había muerto», recuerda ahora José en su casa de Puebla, en medio de un increíble archivo personal, ordenado recuerdo con nombres, horas, testigos y víctimas de aquellos años que le rompieron el corazón y le fortalecieron la memoria.

No fue hasta el último mes del 37 cuando descubre la verdadera causa de la muerte de María Blasa, su asesinato a manos de los muy activos piquetes fascistas locales. Y supo también que su madre comparte una fosa común, donde hoy todavía reposan sus restos, junto a los de otras quince mujeres pueblerías asesinadas y a las que no recuerda ni un simple monolito de esos que florecieron al calor de la Ley de Memoria Histórica. Como tampoco lo hace ninguna metopa o similar que haga referencia al centenar de vecinos asesinados por los represores locales que se hicieran triste y desgraciadamente famosos por todo el Andévalo y que parecían poseídos y devotos del pagano y sanguinario Baal, el dios vengativo que exigía sacrificios y que cuentan crónicas y curanderos que se llegó a adorar en estas tierras de Tharsis y Cabezas Rubias en otros tiempos sin civilizar. Como estos.

«Estuve escribiendo a mi madre desde septiembre de 1937 hasta que me dijeron en diciembre que había muerto»

José fue a la guerra con 19 años y hoy cree que estuvieron esperando a que «saliéramos del pueblo los reclutas para cometer sus bárbaros crímenes». «Ordenaron el asesinato de aquellas mujeres y hombres sólo por satisfacer el instinto criminal fascista, ese ansia de destrucción de la vida que tenían», apunta «El Sastre», mientras busca uno de los muchos papeles donde lo tiene todo minuciosamente apuntado y que recoloca en su sitio como si se fuera a perder durante la entrevista.

Ninguna de estas mujeres tenía filiación política ni actividad sindical. Su único pecado fue el de formar parte de una familia en la que muchos de sus hombres habían sido ya eliminados.

Antes de ser asesinadas en el callejón de la Fuente Vieja muchas de ellas

fueron vejadas en aquella lúgubre carnicería, siniestro lugar donde sus familiares iban a diario a llevarles la comida, con el temor de que cualquiera sería el último día de su existencia.

«No se les hizo juicio, nada. Sacadas a medianoche y llevadas a un paredón». Días después otras seis mujeres corrieron la misma suerte.

Su muerte, su crimen no fue tan anónimo como pretendían sus verdugos. José Domínguez tiene apuntados los nombres de testigos que vieron y oyeron los últimos momentos de aquellas Rosas de Guzmán en la flor de la vida que les quitaban cuando apenas sabían lo que era la juventud. «Tal fue la degeneración a la que llegaron sus verdugos que uno del pelotón levantó la falda a una de las que acababa de fusilar y le hizo gestos obscenos», cuenta José Domínguez, que no para de buscar otra de sus notas en las que aparece subrayado el nombre de los testigos y alguno de los asesinos.

Agustín Limón, guardia municipal en la República, esposa y sus dos hijos.

La vejación al cuerpo inerme de Dolores (Clemente Martín) fue tan cruel que no pasó desapercibida al jefe del piquete de fusileros que amenazó con pegarle un tiro al autor de tal fechoría, quien antes la había estado acosando sexualmente sin lograr su objetivo. «A varias de ellas, antes de matarlas, las pelaron y le dieron aceite de ricino. Solo la venganza, la crueldad puede explicar ese comportamiento», piensa José Domínguez, para quien no hay motivos para desencadenar aquella brutal represión. No les hizo falta buscar pretextos.

A los familiares de muchas de las víctimas les espetaban los simpatizantes del golpe contra la República en plena calle «Po y eso, parece que hemos cambiado el colorao por el negro».

Se referían a las proclamas republicanas que habían sonado en Puebla desde el mismo invierno de 1930, sustituidas ahora por el luto con olor a muerte que impregnaba e inundaba todo. Esa gente, muchos de los cuales llevaban una visible cruz colgada al cuello «no tenían corazón. Esa cruz no les tocaba nada más que la ropa», señala José.

Otra de las justificaciones que dieron como pretexto para sus desmanes fue la quema de la iglesia y los daños a la ermita. «Si no hubieran quemado la iglesia... no hubiese pasado esto». No, responde José, aquello era «fobia, rabia asesina, sed de venganza». «El Sastre» dice que a mucha gente asesinada le dolió la quema de la iglesia aquella madrugada de julio y los actos sacrílegos contra la devoción de la Virgen de la Peña.

Después de todo aquello hay una cosa que sigue pensando José con todo el dolor de sus recuerdos: «Un arma grande de los franquistas fue el olvido, han llegado a desfigurar la realidad de un país. Y sus herederos políticos continúan hoy la tarea».

Escuela del maestro Luis Esquiliche, sustituto de Francisco Lianes, ideólogo del levantamiento republicano puebleño. El primero por la izquierda en la tercera fila es Melchor Gómez.

Puede que tenga razón este enjuto nonagenario metido entre dos siglos que ahora se tocan en sus apuntes, en sus libros, cuadernos, en sus fotografías, en los ríos de palabras que fluyen en este deshielo de su vida, memoria viva del socialismo de los siglos XX y XXI.

No tuvieron mucha dificultad los fascistas en el caso de Puebla de Guzmán para encontrar un hilo conductor a sus fechorías pues había sido uno de los pocos pueblos de Huelva, las andalucías y España donde se abrazó con enorme y estruendoso entusiasmo el pronunciamiento militar, a favor de la República y contra la monarquía endeble de Alfonso XIII, de Galán y García Hernández en Jaca.

Qué se podía esperar de un pueblo con más de 7.000 habitantes, mina (Herrerías), mineros, casa de médicos, teatro (Aurora) en aquellos años 30 que precedieron a la causa republicana que nació el 14 de abril de 1931 y murió un 18 de julio de 1936.

La incansable memoria y el afán historiador de «Pedro El Sastre» evita que aquellos hechos, importantísimos, en el devenir de España en general y Huelva en particular se pierdan y olviden como si nunca hubiesen sucedido. Sus palabras revalorizan la historia local que luego será la de España.

Una vez más las letras de José sirven de guión para recordar en primera

Mujeres asesinadas durante la represión franquista en Puebla de Guzmán

Investigación de José Domínguez Álvarez «El Sastre»

Primer apellido	Segundo apellido	Nombre	Observaciones
Álvarez	Cano	María San Blas	13-09-1937 Fuente Vieja. Esposa de Diego Domínguez, primer teniente de alcalde en el Ayuntamiento republicano.
Álvarez	Gómez	Beatriz	13-09-1937 Fuente Vieja. Madre de Gaspar Montado.
Álvarez	Pérez	Mercedes	09-1937 (cementerio)
Álvarez	Rodríguez	Sampedro	09-1937 Madre de Félix, sepulturero.
Beltrán		Antonia	09-1937 (cementerio)
Clemente	Martín	Dolores	13-09-1937 Fuente Vieja.
Domínguez	Ponce	María Rodrigo	13-09-1937 Fuente Vieja. A 30 metros de su casa. Hermana de Diego Domínguez.
Domínguez	Suárez	María Peña	13-09-1937 Fuente Vieja. Mujer de Juan Mora 'Farfán', primer secretario del PSOE.
García	Márquez	Catalina	13-09-1937 Fuente Vieja. Mujer de Felipe Sández (barbero).
Márquez	González	María	13-09-1937 Fuente Vieja. Conocida por 'La Mora'. Madre de dos hijas, una de ellas lactante, que fueron monjas.
Orta	Blanco	Concha	09-1937 «Charrua» (cementerio)
Orta		Concepción	09-1937 (cementerio) Nacida en Alosno.
Ponce	Barbosa	Dolores	En el patio de su casa, Barrio Chico, 27. Hermana de Bartolomé y Blas Ponce.
Rodríguez	Gallardo	Mª Dolores	13-09-1937 Fuente Vieja. Consta en el Libro de Presos de 1937. Excarcelada y luego fusilada.
Roldán	García	María	13-09-1937 Fuente Vieja. Vivía en Calle Santos.

persona y revivir una España entre la dictadura (blanda de Berenguer), un desprestigiado Rey y la II República que poco a poco se abría paso en medio de un sinfín de tensiones y conspiraciones.

El Gobierno consiguió aplacar el intento republicano con el fusilamiento de los capitanes Galán y García Hernández pero la lentitud en el circular de la noticia del fracaso de los militares, la desinformación y confusión que rodearon el momento llevaron a los pueblenos, guiados por el maestro Francisco Lianes y Francisco Pérez Carrasco, a proclamar y hacer suya aquella República naciente. El pueblo andevaleño se convirtió así en uno de los primeros y pocos que abrazaron la nueva forma de gobierno. «El Sastre» describe al maestro Lianes como un sincero seguidor de «la evolución y la revolución de la enseñanza. Hizo desaparecer la palmeta (la letra con sangre entra) de la escuela ya en 1928»

Juan Fernández Casto, junto a dos compañeros.

El fracaso del levantamiento de los capitanes Galán y García Hernández tardó dos días en conocerse en Puebla

Una vez más ojeamos el archivo de José Domínguez para ver cómo se vivió el fragor de esas horas y jornadas históricas y trepidantes de las que fue testigo con poco más de doce años.

Allí, en uno de los corazones mineros de Huelva, en la muy francesa Minas de Herrerías (de ahí la afición por las andanzas del Conde de Volney y sus Ruinas de Palmira) se implantaba el Partido Socialista bien entrada la década de los años 20.

Un carpintero de Minas de Herrerías, Juan Guevara, impulsa las ideas de Pablo Iglesias. Un grupo de hombres apoyados en la Unión General de Trabajadores minera de Jorge Crossman y en la campesina de Santiago Ponce 'Petaquilla'.

Un paisaje, incluso urbanístico, al que José Domínguez va dando forma en sus escritos. Así, sitúa la sede de estos organismos de base sindical en el antiguo Teatro Aurora, en la calle Serpa, 24 de Puebla de Guzmán. Allí al lado sigue viviendo hoy «El Sastre». Y desde ese balcón privilegiado vio cómo el 14 de diciembre de 1930, dos días después que el principal, se produjo el levantamiento pueblenño socialista a favor de la II República.

Diego Domínguez, con uniforme militar durante el servicio en Ceuta.

José Domínguez deja dicho que el levantamiento de Puebla de Guzmán duró dos días. «Los izquierdistas cercaron el cuartel de la Guardia Civil de la calle Serpa y el de Carabineros en calle Larga así como el domicilio del teniente de estos guardias en la calle Moreno Corpas, 5. También fueron controladas las alturas y entradas del pueblo y la sección de telégrafos», escribe, y añade con realismo vital a su relato que por aquel entonces «yo tenía doce años y medio. Me utilizaron para llevar comida a los escopeteros del extrarradio. Fue, sin pretenderlo, mi primera acción de ayuda a los que tanto dieron y sacrificaron para conseguir los logros sociales y las libertades de las que hoy disfrutamos». «Varios grupos de personas, algunos de ellos armados recorren las calles de Puebla dando gritos a favor de la República. Uno de ellos, escribe, se cruza con el juez del pueblo, don Bartolomé, que había salido de la vivienda que ocupaba el juzgado. Intenta refugiarse en el número 58. En el encuentro suena un disparo de pistola (achacado al letrado), un miembro del grupo le hiere de gravedad. Fue conducido a la clínica La Concepción de Huelva, donde murió (desgraciadamente) a causa de las heridas».

En otro altercado apunta lo que sucedió al guardia municipal José Cáceres. «Armado con un revólver y un pesado sable sale de la tasca Patrón, hoy Caja Rural, ya sin clientes. Los republicanos le instan a que entregue las armas, saca el revólver y se refugia en la taberna. Cuando cerraba la puerta recibe un disparo en una mano, de tal gravedad que se la tuvieron que amputar».

Recuerda «El Sastre» que uno de los republicanos que cercó el cuartel era Lucas Barba Fernández, depurado después por los franquistas. Durante aquella proclamación republicana del 30 recibió un tiro en el pecho que fue

atribuido al guardia Navarro. Según José Domínguez, un compañero de cuartel le recriminó la acción para evitar enfrentamientos con los sitiadores en la calle. Añade que a los pocos días del hecho aún se podía ver al guardia Navarro con un ojo hinchado, secuela del golpe que le dio su compañero de armas por disparar.

Las cosas en Puebla se complican cuando al día siguiente llegan cuatro guardias civiles de Paymogo al mando de un sargento. José describe así la secuencia: «Dejan el coche al pie del cabezo, suben por la parte posterior del Molino del Santo, una altura que domina el pueblo, en la confluencia de las calles Calvario, Santos y Becerros». Hasta llega a criticar en mitad de sus apuntes que aquel viejo y útil molino «ha sido hoy sacrílegamente urbanizado, desfigurado».

A pesar de aquella llegada de los guardias civiles y la presencia de los republicanos en el pueblo no hubo enfrentamientos. «Esa misma noche del 15 de diciembre de 1930 y tras no llegar a la localidad noticias de otros supuestos levantamientos antimonárquicos en la provincia, los dirigentes republicanos se dejaron prender. Aunque un gran número de ellos pasó a Portugal y algunos a Francia, sorprendiéndose de que ya estuviera allí el ladino Queipo de Llano, todo un insurrecto contra la monarquía».

Algunos periódicos de la época se dedicaron a tergiversar las noticias de la sublevación republicana puebleña

Precisa José en su diario que «al amanecer del 16 de diciembre, ante el silencio y la retirada de los sitiadores, los 'cercados', ya sin oposición, tomaron nuevamente el mando. Se hicieron numerosas detenciones y requisas de armas, escasas para las que salieron a relucir».

Pone la nota crítica denunciando la tergiversación de los hechos que ofreció en su versión el Diario de Huelva, periódico que llega a decir que «la situación entre los paisanos y los guardias fue agravándose hasta el punto que ya de madrugada se entabló un tiroteo de una y otra parte que duró casi todo el día». Unos sucesos que compara con otra versión aparecida en el ABC y que dice así: «Puebla de Guzmán dio la nota fuerte de la rebelión (de la asonada de Jaca) tomando parte la mayoría de los vecinos. Hoy, a las once de la noche del día 14 de diciembre el pueblo ofrecía el aspecto tranquilo de siempre». Las fuerzas del orden retomaron el día 16 el control de la localidad agraria, ganadera y minera y detuvieron a varias decenas de republicanos.

El diario de «El Sastre» relata que los republicanos «fueron bien interrogados y sobados en las enormes cuadras y el gran patio del cuartel de la calle Serpa. Hasta que llegó su traslado a la cárcel de la capital en un camión custodia-

Relación de personas de Puebla de Guzmán asesinadas durante la represión franquista que no constan en «Todos los nombres / La Guerra Civil en Huelva»

Fuente: Investigación de José Domínguez Álvarez «El Sastre»

Primer apellido	Segundo apellido	Nombre	Fecha/Observaciones
Álvarez	Martín	Gonzalo	«Pinto». Familiar de Diego, antiguo ermitaño,vivía en Calle Cabezo, 55.
Álvarez	Ochoa	Agustín	Cuñado de Estanilao (fábrica de gaseosas); tío de Isabel Carreño, vecina de Paymogo
Álvarez	Ochoa	Blas	
Barrionuevo		Fernando	(Cementerio)
Bermejo	Castillo	José	23-08-1936. (Curva de la muerte) Padre de José Bermejo, antiguo conserje del colegio.
Delgado	Fito	Domingo	(Cabezas Rubias)
Domínguez	Rodríguez	Mateo	(Cabezas Rubias)
Domínguez	Suárez	Domingo	23-08-1936. Curva de la muerte. Hermano de María Peña.
Gómez		Francisco	«Frasco» (Cabezas Rubias)
Gómez	Lorenzo	Jorge	(cementerio) Padre de María, en calle Cabezo, 33
Gómez	Martín	Juan	Sargento del ejército republicano. Fusilado tras caer prisionero en el frente de Teruel.
Gómez	Redondo	Roque	23-08-36. Curva de la muerte. «Macuquino». Padre de María «Beltrana», calle Campo, 42.
González	Barba	Roque	(Desaparecido)
González	Martín	Alonso	Curva de la muerte. Padre de Juan, más conocido por Alonso. Vivía en calle Lamillo Jurado.
Monterdez	Ramírez	Martín	'Paniuva' (cementerio)
Márquez	González	Simón	(Gibraleón)
Márquez	Pérez	Manuel	Ayamonte. Conocido por «Aldefero», tío de José Dolores «Carpintero». Calle Ánimas.
Martín	Reina	José	(Cabezas Rubias)
Martín	Soria	Alonso	Hijo de «el dios chico» y Agustina.
'Montesino'		José	(Finca Gasparito) Casado con «Galana», exiliada en Francia.
Mora	Vázquez	Melchor	Hermano de Andrés Mora Vázquez. Vivían en Calle Las Peñas. Su padre era conocido como tío Juan Domínguez.
Núñez	Suárez	Manuel	Ingresado en la cárcel de Cádiz. Padre de San Blas «Lila»
Peña	Aranda	Ángel	?
Ponce		José	23-08-1936. «Tío José Judo», abuelo de Peña «Judo»
Rita	Rivero	Francisco	Cementerio.
Rodríguez	Ponce	Manuel	«Coscorrón», hijo de Antonio 'El Zorro' y María «Vázquez».
Romero		Ildefonso	(Cabezas Rubias) Sobrino de Eduardo Romero, sacerdote; primo de Alonso Romero (médico)
Romero		Juan	(Alosno)
Romero		Francisco	(Alosno)
Romero	Fiscal	Manuel	23-08-1936. Curva de la muerte.
Valle	Mora	Juan	(cementerio. Juana 'Sardinera', vive en calle Calvario)

do por cinco parejas de la Benemérita al mando del teniente Santamaría Bernal».

En su crónica semiperiodística de aquellas intensas jornadas señala que «los detenidos fueron encarcelados en el convento de San Francisco, bautizado como hotel San Francisco por los pueblenos capturados». De aquellos 'clientes' del 'hotel' dice que liberaron a Juan Rubio, José Miguela y Diego Domínguez, su padre, después saldrían los demás, aunque no llegaron a saber si verdaderamente habían participado en los sucesos relacionados con Jaca.

José recoge en su crónica el momento en que se cuela en un coche con los tres primeros liberados y les acompaña a Huelva cuando iban a ver a sus compañeros presos. «Así vi por primera vez la capital. Desayunamos café y churros en el Alba. Terminado el desayuno nos fuimos al San Francisco donde por mi edad no me dejaron entrar. Me quedé en el portal. Había dos guardias civiles con gruesos bigotes que no permitieron que me acercara al portón de hierro que guarnecía el interior del vestíbulo. Disimulando me aproximaba a la cancela y los veía al fondo. Nos saludamos agitando las manos. Fue cuando uno de los guardias, 'en cumplimiento de su deber', me dio tal tirón que rodé por la escalinata. Fue a mala leche, así lo sentí, ya no me acerqué más. Regresamos».

Con solo 12 años, «El Sastre» conoce y es testigo visual de la revuelta antimonárquica de 1930

Después de dar fe con sus letras y su testimonio de la revolución popular antimonárquica, las notas de «El Sastre» circulan ya por un abril de 1931 que según palpó se vivió con mucho entusiasmo en Puebla. Las calles se llenaron de gentes dando vivas a la República al tiempo que llegaban los dirigentes locales del fallido levantamiento antimonárquico, los últimos *huéspedes* del onubense *hotel* San Francisco.

La nueva forma de gobierno conservó en sus puestos a los antiguos funcionarios municipales, aumentó la plantilla con un secretario y un escribiente, seis guardas municipales y uno de plaza.

Como si de un verdadero diario se tratara apunta en sus papeles cómo se levantó la magna obra de la Plaza de Abastos «para la que fue necesario que el Ayuntamiento comprara tres viviendas, una al Tío Frasco 'El Niño', de no mucha amplitud; otra la enorme posada de Manuel Díaz y otra mitad a los López Ballesteros (Argüelles)». Hasta tiene apuntadas las primeras adjudicaciones de puestos y negocios que se hicieron, curiosamente a gente que no eran de izquierdas, el color del nuevo Ayuntamiento. Y cita los casos de Francisca Mora o de la cantina achaflanada a Antonio Cano. Completaban las primeras actuaciones republicanas «el Centro de Higiene Rural, clínica

Inscripción fuera de plazo de la muerte de María San Blas.

con mesa de operaciones, cuatro vitrinas acristaladas con herramienta y material de cura y autoclave de desinfección... y al fondo un pequeño laboratorio con una centrifugadora y algún material para análisis».

Los escritos de José dejan clara su ideología, su forma de pensar, de entender el servicio público: «La primitiva beneficencia (el Ayuntamiento asistía solo a los pobres de solemnidad que no poseyeran bienes) desapareció con la puesta en marcha del nuevo sistema, pues allí se le daba atención a todo persona que necesitara la obra social, sin jactancia caritativa». Añade en el listado de obras de aquellos años en la calle Fuente, en lo que hoy es una fábrica de aguardiente, la instalación de una cantina escolar donde se servían comidas a los niños necesitados. Según el testimonio de José, las encargadas de la elaboración y reparto eran las hermanas Plateras, que hacían honor a su apodo, limpias como los chorros del oro.

La labor del Ayuntamiento encabezado por Francisco Pérez Carrasco, Diego Domínguez Ponce y José Oyola mantiene su acción socialista hasta el 4 de octubre de 1934, año en que accede al poder una gestora que preside Francisco Chacón Morano, hasta el 22 de mayo de 1935, al que sustituye Gaspar Mora Gálvez hasta las elecciones de febrero de 1936 en que triunfan nuevamente las izquierdas.

El diario de José Domínguez supone un verdadero antídoto para luchar contra la desmemoria

La plantilla represora aplicada por los vencedores de la Guerra Civil estaba tan calcada en toda España que las obras iniciadas antes de la contienda en las calles Serpa, Misa, Larga y Moreno Corpas fueron reiniciadas y terminadas utilizando mano de obra gratuita. Una escala local de lo que luego harían en el Canal de los Presos del Bajo Guadalquivir, el Valle de los Caídos y otras grandes infraestructuras donde trabajaron y murieron los esclavos de Franco.

El diario de José Domínguez Alvarez es tan útil para los estudiosos de la historia a pie de calle, un verdadero antídoto contra el olvido impuesto por 40 años de dictadura franquista, que realiza una verdadera disección de la represión fascista en Puebla de Guzmán. Pocos pueblos y sucesos de esta magnitud cuentan con un notario tal fiel. Un listado de un centenar de nombres de represaliados, depurados, vejados y, algunos, torturados que completa el aportado en el libro La Guerra Civil en Huelva, de Francisco Espinosa, y que alcanza 46 nombres, de los cuales 8 son mujeres. Aunque esas 46 víctimas llegan ya a 71 en la obra La gran represión, (Flor del Viento Ediciones, 2009) escrita por Mirta Núñez, Manuel Alvaro Dueñas, Francisco Espinosa y José María García Márquez.

La lista que ofrece «El Sastre» bajo el particular epígrafe de 'Relación de

Inscripción fuera de plazo de la muerte de Diego Domínguez.

personas de Puebla de Guzmán asesinadas durante la inhumana represión franquista' llega al centenar y no solo se basa en sus nombres y apellidos sino que ubica, describe los lugares y aporta, en algunos casos, los nombres de testigos que pudieron ver y oír los fusilamientos y sus consecuencias inmediatas, los cuerpos y cadáveres de las mujeres y hombres liquidados sin juicio previo ni prueba alguna en su contra. Inscribe a las víctimas pero añade a la fecha de su fusilamiento el lugar donde se cometió el acto criminal represivo, sus familiares y descendientes y en algunos casos los pormenores y circunstancias que rodearon los hechos. Para que no haya dudas, su relación incluye los apodos por los que eran conocidos en el pueblo y lugar de residencia.

El análisis de víctimas cuenta con tres apartados que llaman la atención: los asesinados que vivían fuera de Puebla de Guzmán; un completo subrayado de las víctimas femeninas de la purga criminal franquista y una concreta enumeración de personas de la misma familia que fueron víctimas de aquella masacre. Entre ellas destaca la suya, la familia Ponce-Alvarez, que además del propio matrimonio perdió a una hermana, María Domínguez Ponce; al yerno, Manuel Romero Fiscal; y a un sobrino, Mateo Domínguez Rodríguez. 26 nombres, unidos por la unidad familiar, masacrados entre la Fuente Vieja, la Curva de la Muerte o un domicilio particular. Aquí apunta José Domínguez el caso de Dolores Ponce Barbosa, la del Barrio Chico, 27. Junto a las listas incluye los nombres de pueblеños que vieron y han podido contar algunos de los hechos.

Los informes y notas de «Pedro El Sastre» incluyen víctimas, verdugos, lugares y testigos de los asesinatos

A un joven José Gómez «Montesinos», a quien despiertan los disparos del pelotón de fusilamiento de la Curva de la muerte cuando estaba dormitando en una era de las inmediaciones. Bajó a ver lo que pasaba y un miembro del piquete le advirtió y le obligó a irse. «Tuvo suerte, pudo ser el número 22 de los fusilados aquel día de agosto de 1936, subraya. Otros (Diego Mora y su padre, los Tangonero), cuando se encontraban cuidando unas cabras tras unas piedras amontonadas, majanos, conocieron a quien dio la voz de ¡fuego! Y seguidamente las mortíferas descargas. José Domínguez, una vez más, plasma en letras la crueldad de aquellos momentos: «Incomprensiblemente, uno, apodado Mozo (vivía en Cebadilla, 16) logró huir del fusilamiento pero fue capturado por los dos miembros más jóvenes del piquete. Cuando uno de ellos iba a rematarlo, el otro se lo impidió diciendo ¡déjamelo, que es mi vecino!, luego lo arrastraron a la cuneta junto a los demás, que fueron ocultados y conducidos hasta su destino en Alosno».

Relación de personas de Puebla de Guzmán represaliadas durante la sublevación franquista (Fuente: Todos los nombres/La Guerra Civil en Huelva (Francisco Espinosa)

Primer apellido	Segundo apellido	Nombre	Fecha/Observaciones
Alejandro	Ignacio	Francisco	20-08-1936
Alberto	Expósito	Cayetano	20-09-1937
Alonso	Rodríguez	Cristóbal	05-1941
Álvarez	Barbosa	José Ramón	01-1942
Álvarez	Cano	Mª San Blas	17-09-1937
Álvarez	García	Bartolomé	11-09-1936
Álvarez	Gómez	Beatriz	20-08-1936
Barbosa	Franco	Alonso	20-09-1937
Barbosa	Márquez	Francisco	07-09-1936 (Calañas)
Barbosa	Mora	Juan	03-1942 (cárcel de Huelva)
Beltrán	Beltrán	José	21-07-1937 (Huelva)
Borrero	Peral	Sebastián	20-08-1936
Borrero	Casto	Juan	20-08-1936
Clemente	Martín	Dolores	09-1937
Cipriano	Serafín	Manuel	21-08-1936
De la Cruz	Pérez	Manuel	12-08-1936
Delgado	Núñez	Domingo	25-10-1936
Delgado	Núñez	Rafael	19-08-1936 (Silos)
Díaz	González	José	21-09-1937
Domínguez	Ponce	Diego	23-08-1936 (Curva de la muerte)
Domínguez	Ponce	María	20-09-1937
Domínguez	Suárez	María	21-09-1937 (cementerio)
Domínguez	Suero	José	06-07-1936 (Riotinto)
Fernández	Álvarez	Antonio	23-08-1936
Fernández	Álvarez	Benito	15-09-1937
Fernández	Casto	Juan	23-08-1936
Fernández	Mora	Francisco	27-09-1936 (El Campillo)
Fortes	Jiménez	Antonio	23-08-1936 (San Silvestre)
Franco	Franco	José	20-08-1937
García	de la Paz	Fernando	10-08-1936 (Huelva)
Gómez	Beltrán	José	20-09-1937
Gómez	Domínguez	Juan	30-07-1936 (Alosno)
Gómez	Martín	Manuel	16-10-1937 (Huelva)
Gómez	Suárez	Tomás	31-08-1936 (Nerva)
González	Vázquez	Sebastián	01-02-1938
Limón	Moro	Luciano	23-08-1936 (Ayamonte)
Macías	Álvarez	Joaquín	28-08-1936
Macías	Ponce	Antonio	13-04-1937 (Huelva)
Macías	Rodríguez	Diego	12-09-1936 (Riotinto)
Macías	Márquez	Juan	03-09-1937 (Rosal)
Márquez	González	María	20-08-1937
Márquez	Rodríguez	Antonio	19-10-1936 (cementerio)
Martín	Sánchez	Juan	20-08-1937
Medina	Martín	José	20-08-1936
Miguela	Durán	José	20-08-1936 (Curva de la muerte)
Miguela	Morón	Francisco	20-09-1937
Montado	Álvarez	Gaspar	20-08-1936 (Curva de la muerte)

Primer apellido	Segundo apellido	Nombre	Fecha/Observaciones
Monterde	Barba	Juan	09-08-1936 (cementerio Trigueros)
Mora	Fernández	Juan	23-08-1936 (Ayamonte)
Mora	Gómez	Miguel	09-09-1936 (cementerio Valverde)
Mora	Núñez	Juan	26-08-1936 (Majadal de la piedra)
Mora	Pérez	Francisco	20-08-1936
Mora	Vázquez	Andrés	20-08-1936 (Curva de la muerte)
Morano	Casto	Manuel	20-09-1937
Morano	Gómez	José	12-08-1936
Moreno	Macías	Pedro	04-05-1937 (Castillo de las Guardas)
Morgado	Rodríguez	Diego	26-08-1936 (Paymogo)
Pérez	Farelo	Domingo	27-07-1936 (La Palma del Condado)
Ponce	Álvarez	José	24-08-1936 (El Bugo)
Ponce	Álvarez	Victoriano	20-08-1936 (castillo)
Ponce	Barbosa	Blas	23-08-1936 (Ayamonte)
Ponce	Macías	Bartolomé	10-09-1936 (Alosno)
Ponce	Martín	Ana	01-09-1936 (cementerio Nerva)
Ponce	Medero	José	09-09-1936 (Alosno)
Ponce	Reina	José	20-08-1936
Ponce	Rodríguez	Domingo	07-07-1936?
Poveda	Caballero	Juan	10-08-1936
Puig	Canturiel	María	27-08-1936 (El Campillo)
Redondo	Rodríguez	Manuel	20-08-1936
Reina	Martín	José	20-08-1936
Rodríguez	Cortés	Isabel	08-11-1936 (Calañas)
Rodríguez	Gallardo	Mª Dolores	25-08-1936 (Calle Peñas)
Rodríguez	González	Manuel	23-08-1936 (San Silvestre)
Roldán	García	María	20-08-1936 (Fuente Vieja)
Rufo	Díaz	Manuel	20-09-1938
Sánchez	Macías	Pedro	05-10-1936 (cementerio Calañas)
Suárez	Suárez	Manuel	20-08-1936
Vaz	Domínguez	Antonio	23-08-1936

Manuel Romero Fiscal.

No se olvida del caso de la Tía Chica, madre de Juan José, con dos hijas más. «Escondida tras los muros de su corral, que formaba parte del callejón, escuchó la preparación de los crímenes de las nueve mujeres en Fuente Vieja.

José Domínguez señala en junio de 2013 el muro del callejón de la Fuente Vieja donde asesinaron a nueve mujeres.

Como si de un recordatorio se tratara, José deja señalados los lugares de Puebla, aquellos testigos mudos de los asesinatos, y algunos de sus autores, muchos de ellos protagonizados por piquetes fascistas locales. Rincones como la Curva de la muerte (21 asesinatos), cementerio (no aportado el total de víctimas debido al desorden y capricho con que se cometieron tales actos), Callejón de la Fuente Vieja (nueve mujeres) la escalinata pequeña del Castillo, la Fuentecilla (hoy pista hípica), finca Gasparito, Majal Tomillo, o en la calle Barrio Chico. En ninguno de ellos se recuerda a los asesinados, ni siquiera a las Rosas de Guzmán.

Los franquistas asesinaron a sus padres y otros tres miembros de su familia y le obligaron a hacer la guerra junto a ellos

Las notas redactadas por José Domínguez Alvarez, socialista confeso y republicano convencido, son sin duda un ensordecedor escaparate que hace enmudecer al que lo ojea pero también ayuda a comprender la dinámica criminal de la maquinaria represiva fascista desencadenada como un huracán de fuego en los primeros días, meses y años que siguieron al golpe de estado del 18 de julio de 1936. Pero también muestra descarnadamente lo que el mismo autor denomina «instinto criminal» y que queda claro tras el asesinato de las nueve mujeres que fueron sacadas de la antigua carnicería para conducirlas al paredón o de las que siguieron su suerte y desdicha.

Sus verdugos, después de cometer aquel crimen, se jactaban por el pueblo de lo que habían hecho. La escena no puede ser más tenebrosa: «Los criminales cargaron los cuerpos de las mujeres en un carro requisado. Iba tirado solo por una bestia. Tuvieron que empujarlo para que el animal subiera la cuesta que lleva al cementerio»

Rosario y Diego, padres de Rodrigo, a los que vio morir durante su cautiverio.

Rodrigo Miguela: fugitivo en su casa

Rodrigo y su esposa, Teresa Limón, en su casa, ya ubilado de la mina de Herrerías.

También por mediación de José «El Sastre» se puede conocer en primera persona el escalofriante relato de uno de los cientos de huidos que llenaban los campos durante aquellos años de plomo. Se trata del caso de Rodrigo Miguela 'Raneto', contado en un cuaderno sencillo. Una odisea en busca de la vida y la libertad narrada en primera personas por él mismo. Escrita con innumerables faltas de ortografía, deshaciendo la gramática (en palabras de José Domínguez) pero con una frescura en el texto y en el lenguaje que hace temblar al más sereno por su realismo e introduce al lector en su vida hasta tal punto que uno se puede dejar llevar y sentirse protagonista de una alocada carrera por la supervivencia final y felizmente, en este caso, conseguida.

Rodrigo Miguela narra en su dramático diario los pormenores de su huida y la lucha por la supervivencia

Miguela escribe (es copia literal) en su cuaderno de campo que tuvo que salir huyendo de Puebla junto a los hermanos José y «Pedro El Sastre hasta alcanzar una finca que llamaban de Gasparito, donde ya estaba una familia de Rubia. La mañana que llegaron a la finca les invitaron a comer lo único que había: un gazpacho. Faltaban cucharas, así que con las dos que tenían se las apañaron para comer los cinco. Ese campo estaba a las afueras del pueblo. Rodrigo se desvió hasta la Cumbre de Evaristo. «Allí me estacioné y desde allí venía a casa todas las noches». Hasta 22 contó que hizo ese camino, pero como no se fiaba de nadie decidió esconderse en un pajar de la Huerta Rubio. Allí aguantó setenta días hasta que pensó irse a su propia casa.

Rodrigo sabía que los piquetes falangistas de Puebla andaban tras sus huellas después de la desbandada que llevó a los campos del Andévalo a 4.000 personas que llegaron a ser 20.000 en pocos días. Tal concentración no le gustó y acompañado de Carmelo Torrijo, Pedro Siguerito y Manuel el Aldefero se volvieron para casa aunque sus acompañantes se quedaron en los campos donde tenían familia. Miguela recaló en lo que él reconoce en su cuaderno de apuntes como la Huerta Rubio, donde se encontraba su familia, «una hermana de mi madre y su marido, que se llamaba Juan González. Tenían tres hijos, una hembra, Isabel, y dos varones, Pepe y José Tomás». Esta familia salva su vida. Desde allí marcha a Sorita y conoce a otra familia de Paymogo a la que

José Domínguez, hermano de «Pedro El Sastre» ojeando el libro Los Vencidos, de Luis Ciges.

llamaban «Los Venecieros». Su tío Juan y Andrés le ayudan a continuar con su fuga. Cargaron con una romana, que le serviría de pretexto para decir que «íbamos a pesar cabras si nos veían por los campos».

La muerte le rondaba. Estando en Sorita una tarde escondido en una mancha de jara escuchó a unos niños gritar «ahí vienen los falangistas». Marchaban de Puebla hacia Santa Bárbara. Escapó corriendo, esta vez hasta Aguas de Miel. A la noche siguiente regresó de nuevo hasta la Huerta Rubio, donde encontró a sus tíos sentados al fresco.

Después de sortear al piquete se ocultó en un pajar de Huerta Rubio. Preparó el lugar como pudo para no tener que salir. Había tentado demasiado a la suerte y el tiempo se le agotaba. Tapó la puerta de la estancia con pasto. «Para comer no tenía ni que salir. La casa tenía una alacena cuya espalda daba al pajar. Abrí un agujero y mi tía tapaba el roto con adobe. Nada más que salía de noche cuando tenía que hacer una necesidad. Igual que los conejos, así es que no estaba ni un minuto fuera».

Allí escondido contó hasta 70 días con sus noches. Hasta que una madrugada, a las tres, vio llegar al lugar una treintena de guardias civiles y falangistas. «Se acercaron a la casa, venían a por mí. Eran todos de Puebla. Esa noche, no os podéis hacer una idea el miedo que pasé, viendo a esos asesinos, verdugos, buscándome para matarme, como si yo fuese un criminal, y yo no me metí en nada ni participé en los asuntos de la iglesia» (la quema del templo pueblerío y los daños causados en la ermita de la Peña). El nutrido piquete no le encontró.

Salió de nuevo de su escondite oculto con un enorme sombrero de paja, cogió el camino junto a su tío Juan y se vino para casa. «Me salté al corral, mi tío entró por la puerta de la calle». Con la primera persona que se encontró de bruces en el corral fue con su madre, que iba rezándole a la Virgen para que no le encontraran. Llevaba ya unos seis meses sin verla. «Ya habían matado a un hijo agarrado de la mano de su yerno. Los habían matado en la puerta del cementerio», señala en el cuaderno. Desde ese día, probablemente a principios de 1937, se quedó encerrado, emparedado en su propia casa. Y apunta: «Velatorios de llanto. No se podía ni llorar porque los falangistas estaban en la puerta, escuchando».

Rodrigo se buscó otro escondrijo para pasar desapercibido, esta vez en su propio hogar. Se acopló en un hueco que tenían las escaleras del doblao, una bóveda hueca que daba a una de las habitaciones. Su padre se las averiguó para hacerle fácil el acceso, al que abrió un agujero que quedaba tapado por una silla. Nada menos que cinco años aguantó Miguela fugitivo en su propia casa, oculto sin que nadie se percatara de su estancia. Y eso que los piquetes que recorrían la comarca estuvieron en su domicilio hasta en tres ocasiones. «Imagínense ustedes lo mal que lo pasamos toda la familia. Esto no se puede contar con boca», añade entre lineas.

«Velatorios de llanto. No se podía ni llorar porque los falangistas estaban en la puerta, escuchando, acechando»

Durante su lustro como topo conoció, allí mismo, la muerte de su padre, con 65 años. «En mi propia casa y sin poder salir para darle un beso. En su velatorio no dejaba de entrar gente y yo sin poder respirar». Al año siguiente murió su madre, también con 65 años. Una de sus hermanas, Dolores, con cinco hijos se tuvo que ir a su casa de Herrerías para que no la relacionaran con el escondite de su hermano. Se jugaba la vida.

Tras las dos muertes se quedó indefenso y recurrió a su tío Juan que fue a ver al secretario del juzgado, Román Carrasco. Miguela, entregado, acabó en el cuartel de la Guardia Civil, donde cuenta que le hicieron un atestado de buena conducta aunque acabó en la cárcel de Huelva, donde estuvo preso ocho meses. Toda la familia le daba ya por muerto. En su presidio pensó hasta en acabar con su vida «ahogarme... pero me faltó valor».

Sobrevivió. Después de tanta penuria se casó y tuvo seis hijos. Cuando salió de la cárcel fue a ver a su hermana, viuda. Le mataron a su marido así que una boca más que mantener. A Rodrigo le prohibieron abandonar el pueblo y cuando pensaba en fugarse otra vez, por mediación de Román Carrasco, encontró trabajo en la mina, donde estuvo 24 años.

Arriba, «El Sastre» escribe con la pluma que perteneció a su padre. Abajo, Curva de la muerte, tal y como está hoy en día.

Epílogo

No se si debo pedir disculpas, perdón por algún dato o expresión que hiera susceptibilidad o sentimiento de alguien. Ruego a quien conozca una situación, tenga un dato que pueda corregir un error involuntario en la narración lo dé a conocer sin ánimo de controversia para dar fe de la errata pertinente. Pero pido a los embrutecidos, a los que discrepan, a los que critican la Memoria Histórica que tengan presente que no es sólo encontrar los restos de los mártires inocentes para cumplir con ellos el mandato de enterrar a los muertos.

Los disparos que le arrebataron sus vidas que se silencien, que no suenen. Los de los héroes bélicos, años, siglos, sigan retumbando. Obeliscos, estatuas, memorias en plazas y calles, hito recordatorio del día en que la potencia del enemigo laureó y enmarcó sus victorias eternamente.

La eternidad de los desahuciados, de los desaparecidos yace en una vaguada desconocida junto a cualquier cuneta, en una fosa común ignorada de un cementerio, no camposanto, con la complacencia de un pueblo que no es el suyo. No maltraten el santo deseo de unos familiares, que más que doloridos siguen apenados. Poneros unos segundos en su lugar, pensad en ellos antes de lanzar la indignante expresión ¡Bueno, eso ya pasó!

Las palabras, las letras manuscritas por José Domínguez Alvarez (Puebla de Guzmán, 1918) casi son las mismas que escribió el psiquiatra Carlos Castilla del Pino desde su Casa del Olivo en Castro del Río el 18 de marzo de 2005.

En ambas se recoge el mismo pensamiento: La recuperación de la memoria histórica es un deber moral para con aquellos que fueron asesinados en todos los rincones de España, para los sobrevivientes que el terror paralizó de por vida.

José Domínguez recoge el testigo dejado por el psiquiatra para que como dijo en 2005 no se pierda el testimonio oral y se conozcan «esos miles de dramas en los que se cimentó el régimen».

Castilla del Pino reconoció en su escrito que «los dramas no se contaban en muchas ocasiones ante la posibilidad de que no fueran creíbles». Por eso José Domínguez Alvarez «El Sastre» deja a las nuevas generaciones el legado que recoge esta publicación. Es su forma de homenajear a las víctimas que dejaron su vida en todos los lugares de España y que fueron masacrados sin piedad.

José deja dicho donde están las víctimas para que como bien apuntó Castilla del Pino «puedan vivir en el recuerdo de los demás». «Dejar testimonio de que vivieron y por lo que murieron es otorgarles una forma de inmortalidad».

José Domínguez Alvarez

Puebla de Guzmán (Huelva), abril de 2013

José Domínguez camina por el Callejón de la Fuente Vieja.

Rosas de Guzmán

La Alcarria, septiembre de 1937

> «Hoy vimos a una señora vendiendo libros. Ya ve, madre, en mitad de una guerra. Vestía un terno oscuro aunque destacaba sobre su cabeza enmoñada un pañuelo blanco. Su rostro lo asaeteaban tantas arrugas que parecía la palma de una mano recién leída por una agorera. Me paré a verlos, ya sabe que medio pan y un libro es lo que me da el aire que respiro. Sobre el montón de papel destacaba espléndido, sin miedo, Las ruinas de Palmira. Ya se, ya se que lo desconoce pero sus letras claman a gritos, como los barrenos en la mina. No le digo más. Compré el libro con una bolsa de botones nuevos y lo hice para quitarlo de allí. Sin duda, la mujer no sabía que el libro era eso, un libro. Los soldados que venían conmigo tampoco lo sabían ni me vieron siquiera pagar la cuenta literaria. De todos solamente uno sabía leer pero ni mucho menos conocía al Conde de Volney. Mejor.
>
> Espero que a la llegada de ésta esté bien y la salud le acompañe. Dele un beso a mi hermana María Jesús y !vivan, vivan! Hasta que acabe esta guerra que nos consume pero que ya está acabando. El ejército del Invicto está a punto de conseguir sus objetivos y para mí es un honor compartir filas con esta banda de italianos a la que me han destinado de asistente para que no se pierdan por La Alcarria.
>
> Comer, comemos pero resulta difícil hacerlo en caliente. Hasta se van helando las lombrices del relente que va haciendo ya. Y dígale a José que no cosa más de la cuenta.
>
> Sin más, reciba un abrazo de su hijo Pedro.»

Fue en septiembre de 1937 cuando «El Sastre» se alistó, lo alistaron en el Glorioso Ejército Nacional. Para entonces ya habían liquidado a su padre, Diego, en la Curva de la muerte. Eso fue en agosto. Sonaban altas y estridentes las chicharras, el pasto ya estaba secarrón y crujía con las pisadas. Sacaron a los 21 en un camión que llevaba las luces apagadas. Apenas clareaba, así que aquel artilugio rodado que sirviera para trasladar a Huelva a los levantiscos de Jaca en 1930 parecía conocer el camino que llevaba de Puebla hasta la capital. Todos atados con cuerdas y correas a los hierros del camión. Todos de pie, entrelazados de tal forma que si uno intentaba tirarse del camión arrastraba consigo a la hilera de hombres vencidos.

Solo diez minutos de viaje hasta que el vehículo se ocultó en un mar inmenso de jaras. Redujo la marcha hasta confundirse en la inmensidad de la curva y paró. Un momento en el que no se oía nada humano. Se olía el miedo y en los paladares de aquellos 21 atados se descolgaba un amargor casi visible en las muecas que ponían cuando el jefe del piquete dio la orden de echarse abajo.

No les dio tiempo. Uno de los que mandaban tiró de la cuerda y se precipitaron los presos de tal manera que chocaron los unos con los otros y cayeron en mitad de la carretera. Le hizo gracia la escena y soltó una enorme y trágica carcajada. Tanto se divertía que cuando tiraba de la fila atada bajando el

Entradas

Días	Mes	Años	Horas	Nombres y Apellidos	Autoridad que detiene
15	Marzo	1937	19	Antonio Morón Alvarez	Comand.te [illegible]
15	"	"	19	Santiago " "	id
7	Mayo	"	13	Pedro Barba Ponce	id
8	"	"	13	Juan Gomez Alvarez	id
8	"	"	13	José Beltran Beltran	id
8	"	"	22	Juan Gomez Martin	id
9	"	"	14	Roque Gonzalez Barba	id
20	Abril	"	18	Domingo Carrasco Fernandez	id
10	Junio	"	21	Tomas Gonzalez Ponce	[illegible] id
17	"	"	18	Domingo Martin Gomez	Guardia Civil
26	"	"	21	José Rubio Huelva	Comand.te [illegible]
26	"	"	21	Dolores Barba Lopez	"
9	Julio	"	12	Juan Nuñez Ponce	Comand.te [illegible]
9	"	"	12	Juan Alvarez Martin	id
0	Agosto	"	12	Dolores Rodriguez Gallardo	Delegado Civil
0	"	"	12	Juana Ramirez	id
	"	"	12.30	Juan Gomez Mora	Juez Instruc.
	Nobre	"	15	Manuel Fran.co dos Santos	Comand.te P.te
	"	"	10	José Alvarez Gomez	id esta Vi
	Dibre	"	15	José Fibe Mutre	id esta Vi
	Febrero	1938	11	Domingo Gomez Ramirez	Comand.te [illegible]
	"	"	11	Antonio Beltran Suarez	id
	"	"	11	Maria Huelva Dominguez	id
	"	"	21	Cristobal Mora Gomez	id
	"	"	21	José Gonzalez Dominguez	id
	"	"	21	Benito Fernandez Medero	id
	"	"	21	Benito " Beltran	id
	"	"	21	Hermenegildo Martinez	id
	Febrero			José Joaquin Blanco	Comand.te [illegible]
	"	"		Manuel de la Palma Tejera	"
	"	"		Manuel Alfonso Blanco	"
	"	"		Andres Marquez Martin	"

Reproducción de una página del Registro Municipal de Detenidos de Puebla entre 1936 y 1939.

terraplén repitió la gracia. Aquel alboroto espantó a las ovejas que llenaban el paisaje y comenzaron a dar balidos. El sonido alterado del rebaño espabiló al pastor que estaba a su cuidado. Levantó la cabeza y vio la escena. Un falangista tirando de la cuerda de presos hacia un talud oscuro y pelado que separaba la curva del resto de la vía y un grupo de fusileros con el arma a media altura apuntando a los hombres atados.

Un ladrido les sorprendió. Un perro ovejero se lanzó hacia ellos espantado por los ruidos y caídas. No llegó a término. Le pegaron un tiro en el costado y allí quedó, malherido emitiendo unos humanizados ruidos guturales. Su amo se tiró al suelo para que no lo vieran.

A los detenidos los pusieron en fila sobre el talud y los enfocaron con los faros del camión. Hubo quien gritó, quien se arrodilló, quien pronunció en voz alta el nombre de sus verdugos, confiados en la oscuridad y en lo obtuso del lugar para ocultar su masivo crimen. Y dispararon, incluso antes de dar la orden de !fueeegoo! Así que unos murieron al instante y otros se desplomaron vivos, arrastrados por aquella cuerda que les unía en la desdicha. Los mataron y remataron para cerciorarse del fin de su aliento.

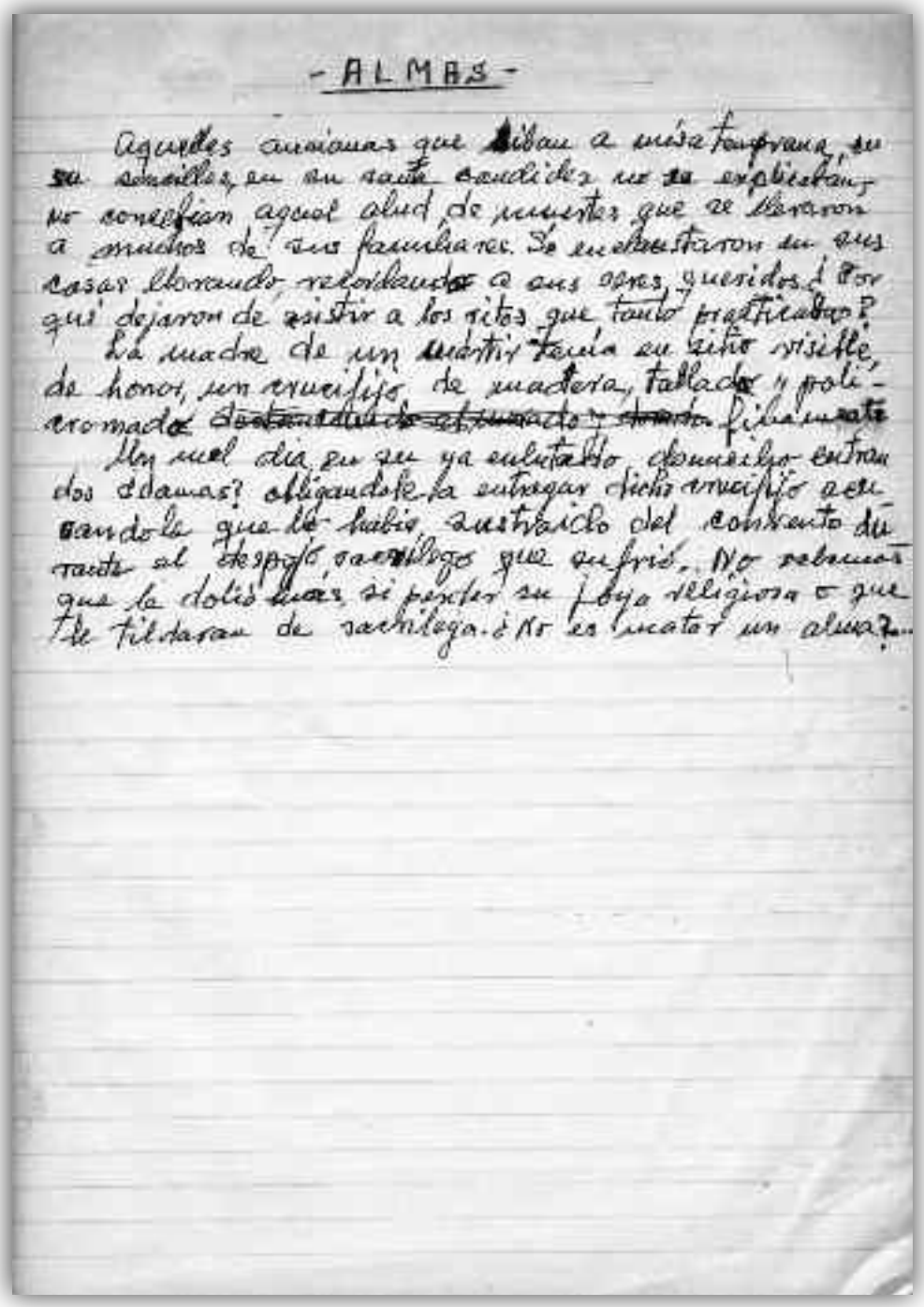
La escena fue oída por el pastor. Montesino le llamaban. Cogió el perro herido y se lo llevó al pueblo con las ovejas. Tuvo la osadía de dejarlo a las puertas del cementerio donde habían llevado a los 21 asesinados en la cuneta para enterrarlos en una fosa larga y de poco más de dos metros de profunda.

El uniforme militar de Pedro olía a zozobra, desconfianza y miedo... muchos temores

Montesino no se atrevió a matar al perro. Así que el animal estuvo varias horas agonizando a los pies de la tapia del camposanto antes de que lo mataran de verdad. Fue Martín el que se apiadó del can cuando pasó por delante y lo vio malherido. Le dio un palo en la cabeza y lo tiró a un barranco que servía de muladar, de buitrera para burros y bichos muertos. Llevaba pistola pero Martín prefirió darle un mamporro para no alertar más a la gente que a esas horas comenzaba a salir a la calle y a llenar los enormes vacíos y silencios que se palpaban por doquiera que fueras. Porque rara era la casa donde no había ya un silencio por contar o un negro trapo de vestir que ponerse por cumplimiento.

El tal Martín los conocía bien. A más de una casa fue a contar lo que ya sabía. Por eso le pusieron El Cuervo y ese nombre se le quedó por los días de los días.

El camión, el único que había en Puebla donde meter a más de veinte pasajeros de pie, le resultó conocido a Pedro. Con 12 años se subió por primera vez en él para ir a Huelva a ver a su padre preso y a otros cuarenta que pren-



- ALMAS -

Aquellas ancianas que iban a misa temprana, en su sencillez, en su santa candidez no se explicaban, no concebían aquel alud de muertes que se llevaron a muchos de sus familiares. Se enclaustraron en sus casas llorando, recordando a sus seres queridos. ¿Por qué dejaron de asistir a los ritos que tanto practicaban?

La madre de un mártir tenía en sitio visible, de honor, un crucifijo de madera, tallado y policromado ~~[illegible]~~ filamento.

Un mal día en que ya enlutado domicilio entran dos ¿damas? obligándole a entregar dicho crucifijo acusándole que le había sustraído del convento durante el despojo sacrílego que sufrió. No sabemos que le dolió más, si perder su joya religiosa o que le tildaran de sacrílega. ¿No es matar un alma?...

Manuscrito original de «Pedro El Sastre».

dieron por proclamar una República que aquel 16 de diciembre de 1930 ya no existía. Pero un maestro y un comerciante se empeñaron en proclamarla cuando ya el ruido de los disparos había nublado la vista de Galán y García Hernández. Capitanes del Ejército Español levantados en Jaca contra una dictadura renqueante y un Rey, Alfonso XIII, que había caído en las redes de la ignominia.

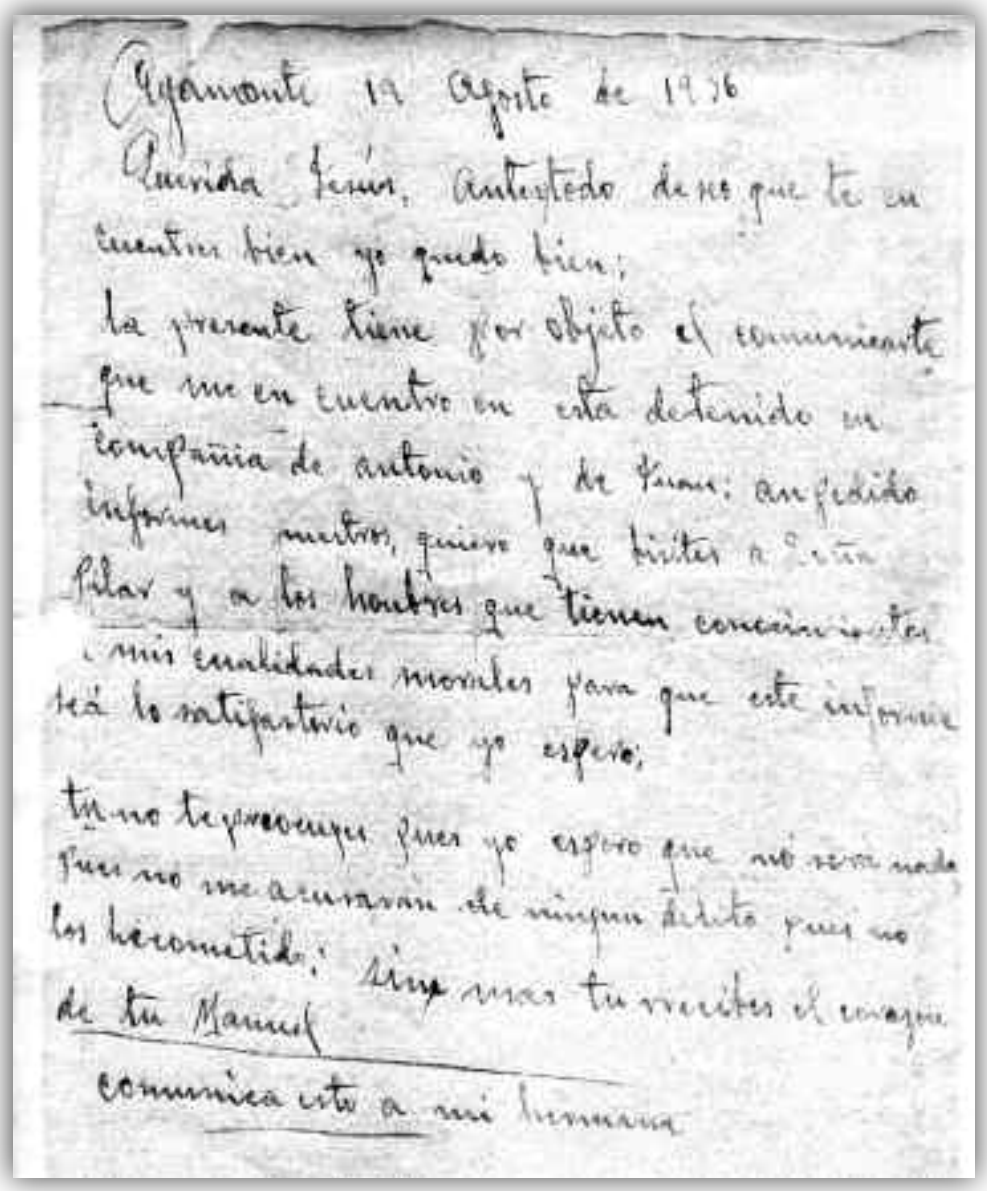
Cuatro días después del fusilamiento de los capitanes todavía no se habían enterado en Puebla del fracaso del pronunciamiento. Al contrario, los viajantes seguían diciendo que España se había acostado monárquica y levantado republicana. Así que dos días duró la República en Puebla. Hubo jolgorio, palmas, manifestaciones, algarabía, idas y venidas. Tiros, pocos; muertos, uno. Un juez que salió a la calle y se topó de frente con un grupo de revolucionarios. Y un herido en una mano. Nada para la que se pudo liar. Cuando el maestro se enteró del fracaso de lo de Jaca depusieron su actitud. La Guardia Civil vino a por cuarenta y se los llevaron a una cárcel en Huelva a que rindieran cuentas.

El Aurora. Minero, altivo, cuna de cultura. Allí aprendió a recitar la poesía que luego dirían que le mató.

Siete años después, con 19 años, «El Sastre» subía a bordo de aquel camión. Llevaba puesto otro uniforme. La primera ropa olía a curiosidad, llevaba ribetes de osadía cosidos con ideales y las faltriqueras llenas de pensamientos, sueños y esperanzas. El uniforme con el que ahora salía del pueblo olía a zozobra, a desconfianza y a miedo. Muchos temores. Notó un sabor amargo en la garganta cuando el vehículo pasó por la curva aquella que estaba escondida a diez minutos del pueblo y donde su amigo Montesino situó el óbito violento de su padre. Muerte entre jaras, tomillos y balidos de borregas. Dibujó la curva en su memoria, calculó los metros, cada palmo del pavimento que todavía encuentra en la carretera nueva, el lugar exacto donde estaba aquella tumba-curva testigo y escenario de la muerte de su padre. Cerró los ojos, avergonzado de pasar por aquel lugar llevando el mismo uniforme que los verdugos de aquel viejo republicano.

La Alcarria, noviembre de 1937

> «Madre, no me llegan noticias suyas. Creo que no ha recibido la primera carta que le mandé en septiembre, nada más llegar a estas tierras alcarreñas. Me resulta extraño este silencio de letras y tintas pero serán cosas de los correos en tiempos de guerra. Aquí me dijo uno que una vez le mandó a sus padres una carta desde Madrid en 1920 y le llegó en 1924. Cuando reciba estas letras no tarde en contestarme. Le pongo otra vez la dirección: Cuartel de Intendencia y Abastecimiento de Guadalajara. Soldado José Domínguez, que aquí me conocen así, no como ahí que soy Pedro sin serlo aunque sastre sea. Hablar hablo poco. Estos italianos parece que lo hacen por señas pues mueven mucho las manos. Usted sabe que soy de poca charla así que me ahorro palabras. No le cuento más de estas tie-



Agamonte 19 Agosto de 1936

Querida Jesús, Antes todo deseo que te encuentres bien yo quedo bien;

la presente tiene por objeto el comunicarte que me encuentro en esta detenido en compañía de antonio y de Juan: an pedido informes nuestros, quiero que visites a Doña Pilar y a los hombres que tienen conocimientos a mis cualidades morales para que este informe sea lo satisfactorio que yo espero;

tu no te preocupes pues yo espero que no será nada pues no me acusarán de ningun delito pues no los he cometido: sin mas tu recibes el corazon de tu Manuel

comunica esto a mi hermana

Reproducción de la carta que Manuel Romero escribió a su novia María Jesús pidiéndole ayuda tras ser detenido en 1936.

rras que se van volviendo cada vez más oscas, más frías y duras para este oficio de enmendar carreteras y puentes camino de Madrid. Que no se le olvide darle recuerdos a mi hermana María Jesús y a Manolo Romero.»

Por aquella fecha, Pedro ya sabía que su hermano sastre compartía también milicia en el Glorioso Ejército. Sólo que no le iba mal. Organizaron una misa de campaña a la que estaba previsto que acudiera el general Varela, hombre

siamés de pensamiento, palabra, obra y acción del Generalísimo. Hasta decían que el Invicto podía asistir a la ceremonia. Los capitanes fueron a ponerse el uniforme de gala y lo encontraron con la botonera escasa y el pantalón más bien estrecho para tapar las barrigas que dan las guerras y los años. Salieron a buscar a alguien que supiera zurcir. La sapiencia y la práctica en el hilo sacaron al sastre de las acciones de campaña y se convirtió en una especie de asistente de compañía de los capitanes del regimiento.

De Manolito, como a él le gustaba llamarlo solamente se conserva un recorte de fotografía. Un rostro aniñado que salvó del olvido colocándolo junto a una foto de su padre cuando prestaba el servicio militar. Un muchacho trabajador, peluquero. Peinaba ideas. Le gustaba el campo y leer. Eso le trajo problemas.

—Nos han dicho que usted lee.

Ese fue el primer cargo que le echaron en cara cuando lo detuvieron aquel verano de 1936, en agosto.

Preguntado Manolito por sus aficiones lectoras siempre les dijo lo mismo.

«Soy como el árbol talado que retoño/porque aún tengo la vida».

Y le pegaban, cada vez que recordaba las palabras del poeta. Y lo mandaban a callar. Y allí lo dejaban, machacado en el calabozo del pueblo sin que ni Pedro ni su querida María Jesús (*Es tu risa en los ojos la luz del mundo*) pudieran sacarlo, hacer algo por él.

De Manolito solo se conserva una antigua foto recortada, de ojos profundos y pelo negro

A Manolito lo cogieron cuando se iba. Lo pillaron junto a otros quince cuando atravesaba la ribera del Oraque, justo donde el agua comienza a torrentear para acabar en Portugal.

Y Pedro supo que a Manolito le esperaba lo mismo que a su padre. Porque le acusaban de haber participado en destrozos de iglesia y objetos sagrados, auxilio a la rebelión, proclamar la República en 1930 y revertir el orden.

—También sabemos que va al teatro, al Aurora. Allí ha participado en funciones que ridiculizaban al Ejército y a la Guardia Civil.

Manuel Romero hizo de actor en una obra que recordaba el asalto al Congreso del general Pavía. Le gustó el papel y las bambalinas, se hizo asiduo del Aurora y ayudaba a montar los escenarios cada vez que se programaba alguna función.

El Aurora. Minero, altivo, cuna de cultura. Allí aprendió a recitar la poesía que luego dirían que le mató. Porque Manolillo murió recitando versos de luna, estrellas y pastores en aquella curva.

Así se lo dijo Montesino a «El Sastre».

Pero Manolo no esperaba esa muerte tan temprana. Se lo dijo a su María Jesús en una carta que se guarda sola.

Ayamonte, 19 de agosto de 1936

> «Querida Jesús, ante todo deseo que te encuentres bien, yo quedo bien. La presente tiene por objeto el anunciarte que me encuentro en esta detenido en compañía de Antonio y de Juan: han pedido informes nuestros. Quiero que visites a Doña Pilar y a los hombres que tienen conocimiento de mis cualidades morales para que este informe sea lo satisfactorio que yo espero.
>
> Tu no te preocupes pues yo espero que no será nada, pues no me acusarán de ningún delito pues no lo he cometido:
>
> Sin más tú recibes el corazón de tu Manuel.»

La Puebla, sin fecha

> «Mira Pedro, se nos ha muerto Manuel, en la flor de la vida. Se ha despedido leyendo los versos de Miguel en el firmamento donde hacen los pastores las cábalas del tiempo que vendrá, las cabañuelas que este año son malas de augurio. Solo traen sequías y plagas.»

«El Sastre» se tocaba el uniforme. Le parecía una camisa de fuerza abrochada hasta la garganta, como la sotana de un cura. Su Manolillo también. Oscura forma aquella en que recibió las palabras de María Jesús. No iban a ser las últimas. Poco después le anunció la muerte de Blasa, su madre. No le cayó de sorpresa. Lo intuía. Esos silencios de María Blasa, esas cartas sin respuestas…

A Pedro le dieron un permiso de siete días para regresar a casa.

Fue la tarde que llegó a Puebla cuando se dio cuenta de lo que había pasado en esos tres meses de ausencia, el tiempo transcurrido entre el final de aquel verano y la entrada de un otoño que sería invierno para siempre. Llevaba un pantalón gris, una camisa gris, una chaqueta del mismo color y un abrigo oscuro que no llegaba a ser negro, un brazalete de luto anudado al brazo.

Fue ese día de diciembre cuando escuchó aquella frase salida de los labios de una vecina que le petrificó:

—*Po y eso, parece que hemos cambiado el colorao por el negro*.

> «Ya por la noche en casa, éramos pocos, mi hermano José, mi hermana María Jesús y yo. Allí hicimos el recuento de bajas familiares. Diego, María Blasa, Manolo, María y Mateo. Fue como enterrarlos otra vez.
> Un duelo sin muertos es como un vacío eterno, un desconsuelo hiriente. Debe saberse donde están para que estén definitivamente donde deben. Es una forma de hacerlos vivir.»

Cogió aquella foto recortada de Manolillo y la guardó como oro en paño.

—Qué ha pasado María Jesús en nuestra ausencia, sin cartas, sólo las que enviaba a mi madre muerta.

Fue horrible Pedro, todo es un horror.

> «Hoy sé lo que sufrieron. Primero se llevaron a nueve mujeres. A los tres días de marchar los reclutas del pueblo, de despedirlos como los héroes que iban a ser defendiendo los estandartes del Invicto. Las arrancaron de sus casas como quien cercena las ramas más floridas de un árbol sano y robusto. Las metieron en la antigua carnicería municipal. Una mazmorra inmunda, sin luz. Un sótano húmedo, semivacío. Nueve rosas metidas en un hueco sin haz alguno que iluminara sus rostros, sin luz que iluminara sus pocos años. Mozas que brillaban a la luz de la luna, que bailaban al son del tamboril que anunciaba la romería. Alegría a raudales callada, agotada tras unos muros donde no hacía mucho mataban a los corderos para alimentar las calderetas de las bodas, los guisos con sabor a romero de los quintos. Nueve rosas temerosas.
>
> Solamente entraban una vez al día para llevarles unos panes mohosos. El cerrojo oxidado de la puerta retumbaba en aquel habitáculo abandonado, convertido en negro presidio, en un templo vengativo, aberrante... donde parecían adorar a un dios endemoniado que no se cansaba de exigir sacrificios humanos.»

—Quién ordenó aquello María Jesús. Quién entraba y salía de allí… sus voces. Dices que tienes metidas aquellas voces en los sentidos, en el alma. Los llantos, los lamentos, los rezos, las heridas del alma.

Después de realizar la fúnebre descarga los autores de la matanza de aquellas mujeres indefensas fueron a contar su fechoría

Ni un interrogatorio. Todos los días pasaron sin otro cambio que no fuera el sonido de aquel enorme cerrojo que se descorría y atenazaba los sentidos. Y cuando la oscuridad lo invadía todo las sombras se multiplicaban por los rincones. Ni pasos, ni risas, ni carreras. Se hacían interminables las noches, insufribles. Para Beatriz, que ya le habían matado a su hijo Gaspar, María, María Dolores. Primero la excarcelaron y luego la detuvieron otra vez. Ilusa pensó que se escapaba. Los días que estuvo fuera le llevaba comida a sus compañeras. Llegaba con la cesta y los cuatro bocados. Los carceleros se reían de ella, le cortaban mechones de pelo, tantos como visitas hacía.

—*Para qué tanto comer, si donde vais no necesitaréis nada.*

Y la dejaban.

María Márquez, madre de dos hijas que luego serían entregadas a la obra divina. María Rodrigo, la hermana de Diego, ya muerto, asesinado en aquella cuerda de presos de la Curva de la Muerte. María Peña, esposa de Juan y Domingo Domínguez. Y María San Blas, la esposa de Diego.

A ella iban dirigidas las cartas sin respuesta, aquellas letras que nunca llegaban a puerto y quedaban varadas como un naufrago celeste en mitad de aquel firmamento que querían convertir en cementerio, en paz, pero en cementerio.Cartas de silencio. Catalina, que no conocía eso que sus verdugos llamaban política o comunismo.

Quien peor lo pasó fue Dolores. Antes de todo aquello, uno de sus verdugos la rondó. Sabía que la iba a detener e intentó abusar de ella. Siempre se

José Domínguez, en el camino que sube hacia la iglesia puebleña, en abril de 2013.

defendió de aquel hombre, de aquel condenado elemento que no cesó ni la noche en que le hicieron eso.

Las sacaron de madrugada.

—Yo también iba, Pedro. Pero pasó que un guardia civil, con una barba enorme me apartó del grupo y me dejó sola en la carnicería. María Blasa me miró llorando, no dijo nada. Me la arrancaron de mi lado como quien mutila la memoria, como quien borra tu vida de repente. Se las llevaron a las nueve, aquellas mujeres sin espinas, rosas en su primavera. Las subieron a un carro, lo vi. Iba tirado por una sola bestia y lo seguía media docena de hombres armados con fusiles, hartos de vino. Esa noche no pegaron ojo. No hubo silencio, solo risas, carcajadas, ruido de cristales, botellas, voces sin pausa, conversaciones y bravuconadas.

Subieron el carro por el camino que atraviesa el camposanto y al pasar por la iglesia de la Santa Cruz le recriminaron a las nueve rosas su falta de fe y eso que ni les mandaron al cura Romero a confesarlas. Las sacaron del pueblo hasta llegar a la Fuente Vieja que sirve de abrevadero al ganado y pararon a la mula. Las bajaron y las hicieron caminar como si fueran a salir del límite. Unos las insultaban, otros las atemorizaban. Como si no hubieran tenido bastante con pelarlas, darles aceite de ricino y pasearlas. Mucha gente se santiguaba a su paso como si fueran brujas a punto de ser condenadas por la inquisición en un incendiario auto de fe.

Las dispusieron en el callejón de la Fuente Vieja y les descerrajaron dos descargas de fusilería. Allí las mataron, entre acerones amargosos que salían de las paredes desnudas y amapolas rojas.

Dice la Niña Chica que ella lo vio. Por eso se supo lo que había pasado y quiénes lo habían hecho. Pero la Niña se calló y no se atrevió a poner nombre a todo aquello hasta que pasaron muchos años. Cuando a su cabeza ya le costaba trabajo hilar y a sus piernas caminar y volver por el camino andado. La Niña Chica lo contó a su manera.

—Cuando oí los disparos subí a la tapia que separa el corral de mi casa del callejón y las vi en el suelo. Las estaban recogiendo a rastras. Y las echaron al carro. Creo que era el del cosario que hacía los portes a Portugal. Se lo quitaron por la mañana y le dijeron que no fuera a buscarlo hasta la tarde del día siguiente.

Caía relente ya en septiembre y el suelo estaba húmedo. Las patas de la bestia resbalaban entre las piedras de la cuesta que sube hasta la Santa Cruz. Así que empujaron el carro para que el animal fuera capaz de llegar a la cima. Por las traseras asomaban y resbalaban los cuerpos inermes de las nue-

ve mujeres y jirones de ropa desgarrados por las astillas y puntillas del carro. Las dejaron en el cementerio, amontonadas en una fosa abierta. Y allí las echaron. Y allí están, amontonadas.

La Alcarria, diciembre de 1937

> «Madre se que su silencio no es suyo. Es impuesto. Las cartas no le llegan, no le pueden llegar. Esta guerra las barrunta y las borra, las hace desaparecer como se pierde la niebla de Nochebuena. Siendo como es fecha tan señalada espero que estas letras que escribo sin cesar sepa leerlas donde las encuentre. Porque a mi ya no me valen, ya no me sirven, ya no me duelen. Son letras desesperadas, letras que no pueden viajar porque perdieron las alas, han sido mutiladas, desposeídas de lo que son. Muestras de vida, humaredas viajeras de deseos y ruido, un ensordecedor, que digo, estruendoso coro de voces ajenas a su destino final. Madre, se que no leerá estas letras porque la guerra las va borrando por el camino como el sol borra el hielo de primavera, porque las armas que encuentran las borran con gomas de pólvora. No, no las podrá leer porque el tiempo las hará ilegibles y la tinta se perderá, se disipará como el rocío bajo el sol. Ese astro errante que despertaba a Manolito Romero cuando se quedaba dormido en la estación del pastoreo. Llévele !madre! la dirección a mi padre cuando lo encuentre. Dígale que tengo su pluma, con la que firmó aquella falsa República de 1930 que nos trajo las escuelas sin palmetas y en la que Don Francisco, el maestro, navegó sin golpes. Ni de mar. Dígale que tengo la pluma y que la usaré, como ahora, cada vez que tenga que firmar un recuerdo, rubricar un por qué y buscarles a los dos allá donde los lleven. Porque se que estas letras, cosas de la guerra, no serán leídas, no serán borradas.
> Se despide de usted, su hijo que lo es… Pedro»

La carta no llegó a salir nunca de Guadalajara ni de Lérida porque «El Sastre» no la echó al correo. La guardó escrita y hoy la enseña, intacta a su hermana María Jesús, la novia de Manolillo.

Después de realizar aquella fúnebre descarga en el camposanto no ocultaron la fechoría. Se fueron al pueblo, se desparramaron por las tabernas y se jactaron de lo que para ellos fue un hecho heroico para gloria del Invicto. Y volvieron a llenar la vieja carnicería de vida para luego cercenarla. Aquel negro desfile continuó con Antonia, con Concha, con Mercedes, Concepción... y Sampedro, cuyo hijo tuvo que hacer luego de sepulturero. Enterró a medio pueblo pero no a su madre. Félix cuidó la fosa común.

La última en llegar fue Dolores, a la que un tiro quitó de enmedio en el patio de su casa, junto a su hijo, testigo mudo de aquella rabia asesina. Allí no hubo nunca a quien vencer. Solamente querían matarlos. Y lo hicieron con todo el empeño.

Félix no dejaba crecer jaramagos, ni cardos, ni hortigas sobre la fosa donde enterraron a las nueve mujeres de Fuentevieja y a las seis del paredón del cementerio. Impoluta, siempre sin maleza, que es como la maldad vegetal que asfixia la vida.

Sembró un hermoso rosal, lo mimó, lo injertó con otros y salieron rosas rojas, amarillas, lilas enormes que impregnaban el lugar con un aroma celes-

Calle del antiguo cementerio de Puebla donde están los cuerpos de las Rosas de Guzmán, según testimonio de «El Sastre».

tial. La mezcla de las rosas con los jazmines que subían por las tapias buscando la libertad del viento llenaba el ambiente los días de tormenta de un oloroso silencio. Las rosas siguen allí. Las unas, rojas, lilas, púrpuras, amarillas, moradas, blancas… apenas sin espinas. Las otras, las Rosas de Guzmán, bajo la tierra callada, en medio de un paisaje derruido, ya sin compañía. Porque de allí se han llevado a todos los muertos que se han ido muriendo dos veces. La primera el día de la espiración y la segunda el día que sacaron sus calaveras limpias y trasladaron sus huesos al cementerio nuevo. Pero nadie se acordó de las Rodas de Guzmán.

Muerto Félix la maleza lo ha invadido todo, lo esconde todo con su falso verde, lo oculta… el crimen. Ya las rosas no pueden crecer. Pero allí siguen. Quieren dejarlas allí para que no se sepa lo que pasó, para que se olviden, para que nunca hayan existido.

> «Pero existen, yo las conocí. Jugué con ellas de niño, las vi hacer la comunión y bailar en la romería de abril. Las vi y aun las veo. Escucho su palpitante juventud, sus ganas de vivir, sus deseos y sus esperanzas.»

Encerrado

«El 2 de agosto de 1936 salimos los tres del pueblo, José «El Sastre», su hermano Pedro y yo. Nos separamos en Campo Travieso, en una finca que decían de Gasparito. Allí nos despedimos después de ver que no fuimos los únicos que escapamos. Allí tenía que haber más de cuatro millares de personas desperdigadas y buscando amparo por los campos.»

Rodrigo Miguela comenzó aquel día una larga fuga, una interminable carrera. Se escondía entre las jaras. Solamente las cabras le daban compañía. En ellas buscó refugio y a ellas les debe la vida. Setenta días con sus noche aguantó confundido con aquel rebaño de locura que le ofrecía leche cada mañana, cada tarde. Habló con las cabras y hasta rezaba con ellas las plegarias que le enseñó su madre. Y eso que lo buscaban por ateo, por haber destrozado los santos del pueblo y quemar la iglesia en aquel mes de julio en el que ardió el altar y el artesonado del templo de la Santa Cruz. Las llamas se veían desde Portugal. Iluminaban la oscuridad sin saber que traerían el infierno.

Por la noche se ocultaba en casa de los pastores que le dieron cobijo. Se metió justo detrás de una alacena cargada de queso y pan. Hasta de vino disponía. La celosía le servía de mirilla para ver el discurrir de la casa.

Le buscaban por ateo y le culpaban de haber participado en el incendio de la iglesia... aquella hoguera de julio

Por allí, por una de esas ranuras del cuadrilátero secreto, vio llegar a una treintena de guardias civiles y falangistas. Venían buscándolo a él. Lo registraron todo, el pajar, las habitaciones, hasta bajo los arriates miraron. Lo vio todo por los agujeros de la celosía con olor a queso. Los pastores abrieron la alacena para no llamar la atención, hasta dejaron la puerta abierta y le ofrecieron todo el condumio a los perseguidores. No dejaron nada. Sólo quedaban hormigas aceiteras y Rodrigo. Qué compañía. Primero las cabras y luego un hormiguero. No iba a ser el último.

Después de aquella visita no le quedaba otra, debía irse de allí. De la primera se escapó pero no habría una segunda oportunidad.

Los pastores dieron con un tío de Rodrigo y le contaron que estaba escondido en su casa pero tenía que irse de allí. Su tío Antonio, con el pretexto de comprar unas cabras, se fue a la Huerta Rubio y se llevó a dos cabras preñadas y a un hombre, Rodrigo, oculto bajo un enorme sombrero de paja de los que se ponen en la siega, que le ocultaba medio rostro en sombra.

Llegaron a casa de Rodrigo cuando todavía era casi de noche. Antonio entró por la puerta y Miguela saltó por la tapia del corral donde fue a toparse de bruces con su madre. Al verlo dio un grito de alegría, ahogado al instante por la mano que buscaba cobijo, silencio y discreción.

Los hijos de Rodrigo, José, Antonio y Manuela, muestran la alacena, hoy reconvertida en habitación, donde estuvo escondido Miguela durante un lustro.

En la casa vivían sus padres y una de sus hermanas. Demasiada gente para guardar un secreto tanto tiempo y con niños entrando y saliendo todo el día, haciendo los recados que les encomendaban los padres para no cruzarse sospechas con nadie.

El padre de Rodrigo buscó un sitio donde ocultarlo y le habilitó una bóveda que sobraba encima de las escaleras del doblao. Era una curva justa pero resistente para aguantar el peso de una persona. En la parte baja abrió un agujero, lo calafeteó y camufló como una puerta a ninguna parte. Colocó una silla delante para disimular la oquedad y ahí aguantó Rodrigo días, meses, callado y casi sin pestañear. Sólo abandonaba el lugar de noche cuando no se veían ni sombras, ni luces. Apenas hablaba con sus padres. Allí se fabricó su caparazón de sentimientos durante los cinco años largos que duró su cautive-

rio domiciliario. Cada vez que entraba en casa una vecina, una visita era un pulso. El corazón se aceleraba. Lo oía latir en aquel hueco abovedado y pensaba que también se escucharía fuera aquel músculo cardíaco desbocado e incontrolable. Nunca pensó que los latidos del corazón podían sonar tan fuerte y tener eco.

Allí dentro se enteró de que a José y a «Pedro El Sastre» se los habían llevado a la guerra y no entendía que formaran filas en el ejército del Invicto. Allí se fue enterando de las muertes que contaban en el pueblo y de los muchos que lograron escapar, de los que cogieron con éxito el camino del exilio. Oyó nombres conocidos que llegaron hasta Francia, hasta América huyendo de aquella persecución sin final a la vista. Qué tortura, unos tan lejos y él atrapado como un topillo torpe en aquella oquedad que le dejaba sordo de silencio.

Contaba hormigas y arañas, todo bicho que pasaba por allí. Si veía un ratón o rata se las apañaba para echarlos, no quería matarlos. Eso suponía dar un golpe, un olor y no sabía si en ese preciso instante había alguien más en casa que no fueran sus padres o su hermana, que se había ido con los niños al poblado minero para no comprometer la convivencia con el huido. Eso era pena capital.

En ese hueco de vida vio enfermar a su padre y a su madre. Y también los vio morir

Hasta tres veces estuvieron los piquetes en su casa. Registraron todo, lo revolvieron de arriba abajo, pero no vieron nada. Los guardias que le buscaron en el campo lo hicieron también en su casa.

Allí vio enfermar a su padre, lo vio morirse, sin poder salir del agujero y ayudar a su madre. Con la casa llena de gente, de vecinos, de familiares amortajando al difunto Diego dónde iba él. Ni duelo tuvo el pobre. Los perseguidores se apostaron en las inmediaciones de la casa. Creyeron que Rodrigo vendría al hogar al enterarse de que su padre estaba muy enfermo. Hicieron circular la enfermedad de Miguela para que llegara la noticia a oídos de su hijo. Y Rodrigo allí dentro, emparedado, viendo el duelo sin llanto. Un duelo silencioso y extraño porque su madre estaba más pendiente de disimular su sabida presencia que de su marido muerto.

Los piquetes en la puerta, cigarrillo tras cigarrillo, hasta la tarde siguiente en que enterraron a Diego. Vino el cura, se llevaron al finado, con responso incluido.

La casa se vació. Todo quedó en silencio. Solamente se oían los latidos del acelerado corazón de Rodrigo. Por un hueco observó la estancia el fugitivo en su propia casa.

Por un hueco veía la foto de boda de sus padres colgada de la pared, sobre

Antonio Miguela apunta, desde la tapia de la casa familiar, los lugares donde se apostaban los fascistas locales para abatir a su padre en cuanto abandonara el escondite.

una cómoda decorada con un paño blanco bordado y una imagen de una virgen que no atisbaba a adivinar quién era.

Por ese mismo hueco vio entrar a Fulgencio, con sus tirantes, con su fea camisa. Y comenzó a registrar la casa otra vez. Esta vez sin testigos. Abrió hasta los cajones de la cómoda familiar y el secretero, la alacena, se metió en la cocina, en el cuartillo del corral donde guardaban el picón para el invierno. Supone que revolvió el picón porque cuando volvió a entrar en la casa traía la camisa y las manos negras. Levantó la mesa, taconeó en las tablas del zaguán y golpeó el techo del doblao con un palo, hasta maderas despuntilló para mirar bajo ellas. Palpó con sus manos las paredes que quedaron marcadas con las huellas de los dedos y la palma tiznada con el carbón. Se apoyó en la bóveda donde estaba Rodrigo congelado ya por el miedo. Dos dedos de yeso separaban los rostros de Fulgencio y un alma enterrada en vida que vivía en un túnel sin luz. El pequeño agujero que le servía de respiradero y visor de la realidad le parecía ahora una enorme pantalla inmensa en el horizonte por donde cabía una de aquellas locomotoras francesas de Las Herrerías mineras. Fulgencio vio el pequeño agujero que destacaba del blanco de la pared y metió el dedo en él. Parecía que aquello se venía abajo cuando asomaron las antenas varias hormigas. Al verlas, dejó de excavar con aquellas uñas largas, negras y sucias de revolver el picón. Se sentó en la silla que hacía las veces de puerta y

sostén del hueco y lo miró todo, derrotado por no haber encontrado nada ni a nadie. Aún estaba allí cuando comenzó a entrar la gente del duelo.

—Rosario, he venido a dar el pésame. Que en paz descanse.

Y se fue. Había que ver la cara de susto de la pobre Rosario cuando vio a aquel individuo en su casa. Enseguida miró hacia la bóveda y se tranquilizó al ver que la silla estaba en su lugar aunque pronto supo que lo había registrado todo. Hasta le había leído las cartas que le mandaba cuando estaba en el servicio militar patrio.

—Robarte los sentimientos. Mejor que se hubiera llevado dinero.

Mala cosa esa de leer palabras prestadas, robadas, que no son de uno. Es como si te fueran arrancando pequeñas tiras de recuerdos que luego sangran al descubrir que otros han descubierto pequeños secretos de tu vida, los amores que fueron, los que son. Porque en aquellas cartas ahora tiznadas, mancilladas estaba la vida que le quitaban a Rosario y por la que tanto batalló.

El contenido de aquellas misivas no tardó en desparramarse por las tabernas, a descolgarse por los labios mentirosos y exagerados de Fulgencio, mancillando por todos sitios el buen nombre de la familia Miguela.

Rosario prefirió dormir sola la noche que enterraron a su marido. Con 65 años tenía miedo pero la compañía de su hijo Rodrigo le daba fuerzas para aguantar el momento.

—Esto se acaba. Voy a tener que salir de aquí, marcharme. Avise usted al tío para que me saque del pueblo.

—Ni lo pienses, no ves que siguen buscándote. Creen que estas por aquí y no paran de hacer preguntas a todo el que pueden para dar con tu paradero.

Cada vez que oía los pasos parar a la altura de la puerta, se metía en el agujero. Un zulo de apenas dos metros cuadrados

Se quedó. Pasaron dos años más, hasta contar cinco.

A la casa de los Miguela venían nada más que mujeres. Desde que muriera Diego ningún hombre ponía los pies en ella. Nada más que el tío Antonio seguía acudiendo de vez en cuando al domicilio y cada vez menos. Le dijo a la viuda que fuera ella a su casa para no levantar sospechas.

—Madre, la veo pálida, no duerme, se cree que no me entero, se hace la fuerte para no dejarme solo. De noche escucho su respiración y cada vez resulta más débil y más larga.

—Son cosas tuyas Rodrigo. Todos sufrimos… si no fuera por tu tío no se quien iba a mantenernos.

Rodrigo veía que la vida de su madre escapaba cada día un poquito. Le dolía el corazón pero no sabía si era angustia, pena o enfermedad, no lo diferenciaba. Los síntomas, siempre los mismos. Cada vez le costaba más trabajo su-

Antonia Mira Pérez, nuera de Rodrigo Miguela, casada con Benito Miguela, señala un hueco de escalera similar a los que sirvieron de escondite a los perseguidos por las harcas y grupos fascistas para asesinarles entre 1936 y 1939.

bir la cuesta del castillo que llevaba a casa de su hermano. Tenía que pararse varias veces, descansar. Un día, al volver cargada a casa con una cesta con legumbres y papas se sentó en la silla que servía de tapadera al escondrijo, se llevó la mano al pecho y quedó como dormida.

Rodrigo salió del agujero y trató de reanimarla. La apretó contra su cuerpo, le dio su aliento pero no respondió. Se le quedó en sus brazos. La dejó en la cama y cerró la puerta, sin cerrojo. Todo el día estuvo solo en casa con su madre muerta. Iba, venía, como por instinto se metía en el hueco que le servía de hogar en su casa. Lloraba, se lamentaba una y mil veces de aquella mala suerte que le acechaba. Y esperaba, esperaba que alguien viniera a casa y descubriera a su madre muerta sobre la cama.

Pasó la noche en vela sin más compañía que aquel silencio aparecido en el peor momento, en su soledad. No vino nadie.

Cada vez que escuchaba unos pasos por la calle se metía en su agujero. Como un cordero asustado, un animal buscando cobijo en la tierra oculta y segura.

Por la mañana, nadie vio a Rosario salir de casa, no la vieron subir aquella cuesta. Su hermano la echó de menos a mediodía, a la hora de venir del campo. No le estaba esperando. Así que dejó las mulillas en el pesebre y salió para casa. Se encontró la puerta abierta, una frialdad que helaba la estancia.

Rodrigo no parpadeó hasta que vio a su tío abrazar el cuerpo de su madre. Entonces salió y le abrazó.

Supo que sus días de ocultamiento habían terminado. La muerte de su madre acarreaba una extraña libertad, la ruptura de sus cadenas, la vuelta a la luz del día. Sí pero también le enfrentaba a su destino. Estaba ya en 1941, la guerra terminada y aquel reguero de muerte, el goteo continuo de fusilamientos se había calmado. Ya apenas se escuchaba en Puebla la canción fúnebre de aquel cura con apellido de planta y de asturiana ciudad, de Vetusta Regenta.

—¿Padre, si beso el crucifijo me saca de este pelotón de fusilamiento?

El cura prefirió la espada al perdón.

Rodrigo se metió en el hueco de la escalera con agua y víveres para dos o tres días. Sólo su hermana y su tío sabían de su existencia tan cercana. Para el resto del pueblo o había muerto, estaba huido o se lo tragó la tierra.

Al tercer día del entierro Antonio fue a por él y apareció por el pueblo. No tardó en acabar en el cuartel de la Guardia Civil, donde lo interrogaron largamente. Cuanto dijo fue verdad, que si había estado trabajando en un campo en Portugal cuidando cochinos, segando o arrancando corcha. Las manos arrugadas, llenas de callos y cortes previos cuidadosamente mantenidos con el roce de las piedras de su escondrijo verificaban su versión campestre. Solo la palidez de su rostro, una extraña blancura jugaba en su contra.

¿Padre, si beso el crucifijo me saca de este pelotón de fusilamiento?. El cura prefirió la espada al perdón.

—Tengo anemia.

—Responda cuando se le pregunte. Qué ha estado haciendo desde 1936 hasta hoy.

Así consta en el Registro Municipal de presos de Puebla donde entró una mañana de 1941 y salió a la siguiente, en febrero, el día cuatro, rumbo a la prisión de Huelva, donde le mandaron porque no estaban seguros de nada.

Un hombre no podía estar cinco años libre en mitad de una guerra, vivo, y nadie saber nunca nada de él. Así que allí pasó ocho meses más de cautiverio hasta que lo pusieron en libertad con la obligación de acudir al cuartelillo a firmar y no moverse del pueblo sin autorización.

El destino quiso que Miguela fuera minero en Las Herrerías. Dónde iba a trabajar si no aquel hijo de la oscuridad que había soportado cinco años enterrado en vida.

Juntando los 24 años que estuvo en las galerías y los cinco que permaneció en el agujero sumó treinta. Deja dicho que fue un hombre-topo. Los ojos se le achicaron como si mirara el sol de frente y las pupilas se dilataron como en una perenne sombra.

Un hombre observa la marisma en Isla Saltés.

Capítulo II

Vista aérea del Puerto de Huelva en los años cuarenta.

Los esclavos en tránsito de la Isla de Saltés

El mar rodea la isla de Salthish por todas partes; en una de ellas, sólo está separada del continente por un brazo de mar de escasa anchura… Con pozos de agua dulce y hermosos jardines…

Este era el dibujo que hacía poco más allá de 1100 el cartógrafo y geógrafo hispanomusulmán Al-Idrisi de lo que hoy conocemos por la Isla de Saltés. Un paraje natural ubicado frente a las mismas calles de Punta Umbría al que la historia tenía reservada la sorpresa de convertirse en uno de los particulares presidios diseñados por las autoridades franquistas para acoger a los prisioneros republicanos de la Guerra Civil y después convertirlos, una vez pasada la criba de la comisión de clasificación, en trabajadores forzosos.

Fueron los esclavos de Franco que levantaron las grandes y faraónicas obras de la posguerra. Trabajo y explotación a cambio no de libertad sino de escapar del pelotón de fusilamiento o la cárcel.

Huelva llegó a contar con un complejo de tres campos de concentración: Isla Saltés, Muelle Pesquero y San Juan

El paraíso aquel que veía Al-Idrisi se tornó en 1939 en uno de los 188 campos de concentración franquistas que la maquinaria represora había diseñado para purgar las culpas de lo que el ejército sublevado y la propaganda dio en llamar los rojos, los indeseables, la grasa de la patria. Uno más de aquellos lugares donde se cocinó la desdicha de miles de desaparecidos, se consumó el destino forzado de 130.000 fusilados por causas políticas y se apartó de la Nueva España que estaban forjando a 500.000 personas que fueron a parar a los campos de concentración que poblaban la geografía española de norte a sur y de este a oeste, por no hablar de los cientos de miles que partieron hacia el exilio, tal y como se ha encargado de documentar el investigador Javier Rodrigo, de la Universidad de Zaragoza, en Los Campos de Concentración de Franco.

Muy poco ha salido a la luz de los campos de prisioneros que el Caudillo plantó en Huelva. La lista oficial dispuso tres en el mismo año de 1939: el de San Juan del Puerto, Muelle Pesquero y el de la Isla de Saltés. Los papeles que entregó el Tribunal de Cuentas al Centro para la Recuperación de la Memoria Histórica de Salamanca, ubicado en la calle El Expolio, dan fe de su existencia y de la cruda realidad que allí se vivía. Un trabajo acelerado por los historiadores Francisco Espinosa, Mirta Núñez y Manuel Álvaro. Hizo falta un recurso de alzada de Espinosa para acceder a esa ingente cantidad de documentos sin descifrar.

Alambrada que impide el paso al interior de la Isla de Saltés, frente a Punta Umbría (Huelva).

Más de 3.000 prisioneros se hacinaban en la Isla de Saltés (Punta Umbría tenía entonces unas 1.000 almas) soportando unas condiciones de vida durísimas, hambrientos, sin techo donde guarecerse del sol de plomo del verano, de las lluvias y la humedad. Eso es lo que dicen las listas oficiales. Algunas de las personas que vieron aquella barbarie precisan que llegaron a ocupar Saltés hasta 7.000 almas condenadas de antemano. Así lo afirma María Nevado González (Punta Umbría 1922), esposa de Gonzalo Rodríguez Almansa. Ella conoce bien la isla. Vivió allí la mayor parte de su infancia hasta que se trasladó con sus padres a Punta Umbría con apenas una decena de años en su retina.

Las autoridades militares prepararon nuevos centros de internamiento para enviar a los soldados republicanos hechos prisioneros tras la caída de Cataluña en los albores de lo que Franco se empeñó en llamar el Año de la Victoria: 1939. Y lo fue. Uno de esos lugares fue el de Saltés. «Los detenidos llegaban con la ropa de soldados puesta, era lo único que traían. Daba pena verlos. Allí eran dejados, en un lugar donde no había ni luz, ni agua ni comida. Los mismos habitantes de Saltés teníamos que ir a por agua a Torrearenilla», rememora María.

Viejo lugar de marineros, privilegiado enclave pesquero, almadraba y factoría. Lo mismo trabajaba las abundantes sardinas, el preciado tesoro que buscaban los galeones que venían del Levante y Cataluña a pescar, que aprove-

chaba la llegada de ballenas a la zona. Tan grande era la Isla que al mismo tiempo sirvió de factoría pesquera y cárcel. Por lo menos eso es lo que recuerda el puntaumbrieño Jacinto Jiménez del Villar (1937) hijo de Antonio Jiménez Valle y Juana del Villar, que regentaban una pequeña tienda, un casetón de madera, donde vendían útiles y alimentos de primera necesidad a los pescadores de la temporada.

Junto a ese paraíso pesquero anidaba la miseria más vil. Tan mal vieron las cosas los militares encargados de la vigilancia y clasificación de prisioneros que no tuvieron más remedio que recurrir a la población para que literalmente no se les murieran de hambre los miles de cautivos. Al fin y al cabo, aunque eran peligrosos para la vida social «todos eran necesarios para la victoria», según rezaban las proclamas franquistas. Un preso trabajando para la causa fascista suponía un miliciano menos en las trincheras.

Fue entonces, cuando la hambruna se hizo patente en la Isla de Saltés, el momento elegido por el gobernador militar de Huelva, Enrique Fernández Rodríguez de Arellano, para redactar un comunicado que sirvió para reconocer lo que ya era un secreto a voces en Huelva: Recientemente se habían establecido en la capital onubense y su entorno tres campos de concentración de prisioneros de guerra y que para el acondicionamiento de aquéllos se necesitaban colchonetas, platos cucharas y vasos. Arellano esperaba que el pueblo de Huelva entregara en el Gobierno Militar los efectos necesarios y el que no pudiera aportar colchonetas enteras, al menos que llevara tela y sacos para la confección de los efectos.

El régimen trató de dulcificar el trato inhumano de los presos en la isla iniciando una campaña de recogida de ropas y útiles para comer

Los presos llegaban en mercantes atestados y eran conducidos sin más pertenencias que los harapos que traían puestos a la otra banda (Saltés) o al mismo Muelle Pesquero.

El Gobernador militar no dudaba que su petición iba a encontrar respuesta: «Del desprendimiento y espíritu de sacrificio habituales, espero la aportación de este servicio para llevar a los concentrados un ejemplo real de la hermandad españolísima que preside todas las relaciones de nuestra Patria reconquistada en su unidad, grandeza y libertad por el genio militar y la inspiración política de nuestro Caudillo». Ese mismo día en que el gobernador militar hizo público el comunicado, casi al mediodía, tuvo lugar en el campo de concentración de prisioneros una misa de campaña. Por supuesto, las autoridades dieron noticias a la población de la «inmensa alegría» con la que los presos recibieron, de boca del cura Marchiandarena, la llegada divina al recinto, alambrado en algunas zonas, y vigilado por un destacamento interior de carabine-

Estrecho caño de marisma que separa la Isla de Saltés de Punta Umbría.

ros y un batallón de soldados ubicados en barracones en la orilla puntaumbrieña, justo en la zona donde era accesible aquella isla.

Quién iba a escapar de un lugar rodeado de agua, repleto de esteros y caños de marismas, fangosos e intransitables hasta para los mariscadores y estando frescas frases de jefes de campos similares donde juraban y advertían sin cesar que por cada uno que se escapara se fusilaría a diez. O del mismo gobernador, a quien María Nevado recuerda como autor de otra bravuconada célebre. Ese hombre era capaz de tener a toda la provincia sin comer y presumía de que nadie se levantaba.

Los detenidos no tenían más remedio que esperar los resultados de la orden general de clasificación dictada para los prisioneros de guerra. Esa especie de test demoníaco los calificaba en afectos (a Franco), dudosos y desafectos.

Para la confirmación utilizaban avales que se pedían a los pueblos de origen de los concentrados y que eran emitidos por los nuevos ayuntamientos, las juntas locales de Falange, presidentes de entidades patrióticas de solvencia, la Guardia Civil y el cura.

Los afectos iban entonces a las trincheras franquistas, los desafectos pasaban por un juicio militar sumarísimo con resultado de largas condenas de cárcel o muerte y los calificados como dudosos fueron condenados a trabajos for-

zosos, a los batallones de trabajadores. En la mayoría de los casos, mientras duraba esta investigación, los presos trabajaban en la construcción de infraestructuras, carreteras, edificios públicos, minas y cargaderos de mineral. Junto a Saltés estaba uno de los más grandes e importantes que había entonces en España, el de la Compañía de Minas de Río Tinto. Uno de los núcleos fabriles puestos por Franco al servicio de la Alemania de Hitler, tan presente en Huelva a través de la familia Klaus, del cónsul Adolf. El gran vendedor del cadáver del Hombre que nunca existió, William Martin, o mejor Glyndwr Michael, y que sirvió para que Inglaterra engañara a Hitler con la mismísima complicidad de uno de sus mejores aliados.

La utilización del preso como mano de obra esclava y barata: cobraban 2 pesetas al día y el Estado nuevo le descontaba 1,50 por cuestión de mantenimiento (una rara intendencia) trabajaban ocho horas efectivas, había sido ya bendecida en 1937 por el Decreto 281. Allí comenzaba el proceso de reeducación y reevangelización de la Nueva España de Franco, eucaristía forzosa, reconversión política y, a veces, la delación. Esos eran los muros verticales de aquel hogar reconfortante que glosaban las crónicas periodísticas del régimen y luego el sempiterno NODO.

Punta Umbría se organizó para ayudar a los miles de presos. Un desafío a la llamada Banda Negra que atemorizaba la localidad

Las ciudades y provincias no se reconocían entonces por sus catedrales o tesoros artísticos. Saltaban a la fama por el número de campos de concentración que albergaban. Unos, con mayúsculas, Castuera (Badajoz) o Miranda de Ebro (Burgos). Otros, como Montilla (Córdoba) o Huelva (Saltés, Muelle Pesquero o San Juan), inscritos con letra pequeña en la lista general redactada para justificar los gastos que desvela el Tribunal de Cuentas tras mantenerla setenta años empolvada.

Los presos de Saltés y el Muelle Pesquero estaban condenados, de momento, al hambre y al frío, a la sed, la desesperanza, a la espera del aval, a la humillación y el desprecio. Afectados por toda clase de enfermedades (no se sabe cuántos pudieron morir), soportaban los ataques de piojos, chinches y todo tipo de insectos marismeños.

La miseria más absoluta. Chusco de pan y sardinas. Curioso. Escasísimas en aquel paraíso pesquero llamado Saltés donde recuerda Jacinto Jiménez del Villar que «se podía pescar casi con las manos». Donde María Nevado aun dibuja ricas almadrabas de atunes y donde las comunicaciones dependían de los vuelos de palomas mensajeras.

Comer, con los dedos. Los pocos útiles que se repartían estaban repasados, desechos caseros y militares. Hasta las conchas de la playa se usaban como cucharas, improvisados vasos y como pinchos.

Isabel Hernández en sus años mozos.

Lo recuerda el que fuera alcalde de Punta Umbría en 1987, Gregorio Jiménez Vidosa (PSOE). Tenía 12 años cuando contempló cómo numerosas familias del pueblo marinero comenzaron a organizarse para in- tentar ayudar a la legión de hambrientos que veían desde sus casas . «Se despertó una inquietud entre nuestras familias que va creciendo a medida que se transmite de unos a otros, sobre todo entre las mujeres, amas de casa, más sensibles o más activas que el hombre en desgracias ajenas». Vidosa ha querido dejar escrita su experiencia de pubertad asaeteada por los dramáticos recuerdos que la Guerra Civil llevó a su casa y la de su familia.

El ex alcalde, que documenta perfectamente aquellos días e incluso guarda un acta de arrendamiento a los frailes de La Rábida de la Isla, anotó en su diario que «algunas mujeres se reúnen y toman la decisión de atravesar la ría en botes y acercarse al campo de prisioneros. Conseguido el objetivo comprueban cómo vivían esos muchachos: alimento escaso y ausencia de útiles primordiales. Platos de rancho agujereados e inservibles, carencia de útiles de aseo». Supone que estas familias hablaron con los militares responsables del campo para que hicieran la vista gorda ante las cada vez más extendidas visitas que se hicieron al lugar. Las mujeres aportaban lo que podían y los hombres ponían los botes y los remos para acarrear lo que en febrero había pedido el gobernador militar de Huelva a la población: ayuda ante el desbordamiento de la situación y la visible y espantosa hambruna del presidio isleño.

Las mujeres que se atreven a dar el paso acaban organizándose de tal manera que, según el testimonio del ex alcalde, deciden, para no diversificar sus esfuerzos, responsabilizarse de un prisionero. Se las conocía como 'madrinas'.

La más activa de este inusual movimiento solidario fue Bella la de Pinito. «Qué mujer. Conseguía cargas de ropa para aliviar las penurias de los presos».

Quien lo dice lo vio. Isabel Hernández Martínez (Ayamonte, 1922). Cuan-

do lo contó, en 2010, vivía con su hija y a sus 88 años aún tenía una memoria muy fresca de aquellos momentos históricos. Aún recordaba cómo ella y sus compañeras se adentraban en los esteros en cuanto la marea lo permitía para llevar comida y ropa a los presos a los que se les permitía cierta facilidad de movimientos por la isla, porque de los catalogados como desafectos nada se sabía ni se oía. Reconoce que en más de una ocasión desobedeció a su padre y se subió a los botes que pasaban a la otra banda.

Isabel Hernández vio hasta partidos de fútbol en Saltés y, mirando por encima de sus gafas, pronunció un nombre: Tomás.

Dice que fue el francés preso que le tocó ayudar en el campo de concentración. Cuando lo buscaba le dejaba avisos. Y gesticula con las manos antes de explicar que un día «me llevé a casa su traje para lavarlo. Y después de darle las aguas, cuando lo planchaba, !se podían ver los piojos en los pliegues de la ropa! Pero los quité».

Isabel logró sacar del campo de concentración al francés e incluso se lo llevó a casa a comer con su familia. Cree que sobrevivió a todo aquello. El lugar de la cita posee nombre de novela: La Casa del Encanto. Hasta allí llegaban con las pinzas de los barriletes agarradas a sus ropas después de pasar por el fango . «Había mucho fango, sabe».

El paraíso aquel que veía Al-Idrisi se tornó en 1939 en uno de los 188 campos de concentración franquistas

Ella llegó a entrar en el campo. Parece que todavía escucha el piano que estaba en la casa del guarda y en el que solían tocar algunos presos. «Pero a toda la gente no la dejaban entrar allí», rememora. Confiesa que hasta hubo noviazgos y algunas mujeres quedaban con los presos en la isla para aquellos encuentros tan inexplicables para la época y el lugar. Pero Isabel se ha ido guardando el secreto y los nombres de las mozas más atrevidas.

Gregorio Jiménez Vidosa explica que una vez terminada la guerra muchos de los prisioneros que fueron liberados iban volviendo a Punta Umbría para intentar reencontrarse con las familias que en aquellos difíciles momentos le habían ayudado. «A partir de esos años se inicia una fraternal relación entre familias de Punta Umbría y otras localidades españolas que, en muchos casos, continúan en nuestros días», apunta Gregorio en su cuaderno de notas.

La hermana de uno de aquellos presos (Ramón Pico Cruz) se llamaba Julia y volvió para dar las gracias a la tía Mercedes, su madrina. Incluso montaron un hostal, El Albergue Extremeño.

Aquel movimiento vecinal incluyó también a José Antonio Cruz Barroso (Isla Cristina 1922). Un marinero que vive con su familia y que recuerda aquel año de 1939 amparado por un busto semidivino de Camarón de la Isla des-

De arriba a abajo, y de izquierda a derecha, Isabel Hernández, Gregorio Jiménez Vidosa y José Antonio Cruz Barroso junto al profesor Antonio López.

de su casa en el barrio de pescadores. José Antonio fue testigo de la llegada de tres grandes barcos cargados de presos, cautivos que hasta traían dinero, «supongo que no valía, era republicano. Le llevamos caballas, sardinas y algunos, como Martorell o Sañudo, eran jugadores de fútbol de Cataluña.

El testimonio de Encarna García Campoy (Huelva 1927) también es esclarecedor para entender aquel entramado. «Algunos mozos llevaban hasta ropas de presos y tenían aspecto desastroso». Encarna relata que los carabineros sólo dejaban entrar mujeres a Saltés y cuidaban que las conversaciones fueran escasas, lo esencial para darles la ayuda que podían, latas de conserva en el mejor de los casos.

María Nevado abunda en la penosa situación que soportaban aquellos hombres que bajaban de los barcos con su uniforme de milicianos, de republicanos. «Ni luz, ni agua, ni médico, ni practicantes. Se comían hasta los higos chumbos», dice, al tiempo que parece ver todavía «aquella isla llena de gente que se podían observar desde Punta Umbría».

Los que tuvieron más suerte se podían quedar en las instalaciones pesqueras existentes, los más, a la intemperie o en penosos barracones.

El investigador de los años de la Guerra Civil Fernando Espinosa (La columna de la muerte, La justicia de Queipo) es uno de los que ha podido manejar la documentación puesta a disposición del Centro de Documentación para la Memoria Histórica de Salamanca. Entre sus papeles destacan un presupuesto justificativo de gastos visado por Hacienda por valor de 153.000 pesetas. Espinosa afirma que la provincia de Huelva fue uno de los lugares elegidos para poner en marcha el trabajo esclavo para los prisioneros republicanos en el año 1937.

Los datos revisados subrayan que a 31 de marzo de 1939 había en el Campo de Concentración de Prisioneros de Huelva 3.197 presos. Junto a sus nombres aparecen su procedencia y, en unos casos, el destino inmediato que les espera: a disposición de la caja de reclutas, del gobernador o que causan baja.

La lista, con abundantes apellidos catalanes y levantinos, y de otras regiones, aporta luz a la cruel afición del nuevo régimen por practicar el denominado «turismo carcelario», una especie de modalidad de pasear al condenado por cárceles, batallones de trabajadores y presidios de la Nueva España. Uno de sus más ilustres huéspedes y víctima fue el poeta oriolano Miguel Hernández Gilabert, que conoció los rigores de las cárceles de Huelva y media España y de la criminal habilidad con la que interrogaban a los prisioneros y detenidos que eran acusados de aquella rebelión militar entendida del revés.

Ni luz, ni agua, ni atención sanitaria. Miseria, chinches, mosquitos y hambre... ese era el paisaje marismeño de Saltés

Las cifras demuestran la gran movilidad que se daba a los presos de Saltés y el Muelle Pesquero. Si a finales de marzo de 1939 había 3.197, en julio quedaban 662; 1.512 en junio y 2.700 entre marzo y abril. Todos bajo la dirección de Castor Barriga Muñoz.

José Luis Gutiérrez, historiador y miembro del Grupo de Trabajo de la Memoria, opina que el Campo de Huelva se montó para la campaña de Cataluña. Hasta las tierras marismeñas y salinas de Saltés llegaron varios miles de presos republicanos del frente catalán. Una vez clasificados según su origen, procedencia y peligrosidad (para los intereses franquistas, claro) se le daba traslado a un lugar o a otro. Gutiérrez sostiene que el campo de Huelva fue más bien un tétrico lugar de clasificación y la llamada de ayuda y colaboración a la población coincide con las que se hacen en lugares como Puerto Real (Cádiz). Provincia donde en Paterna de Ribera retumbó aquella frase, recogida por Gutiérrez, que rezaba: «Es imposible que matemos a todos los rojos, si no quién trabajaría».

Emilio Fernández Seisdedos lee el periódico en agosto de 2013, en su residencia de Punta Umbría.

Emilio, de niño, en una imagen sacada de su biografía.

Emilio «El Platero», una vida interminable

Para poner en pie la realidad, el discurrir y el número de campos de concentración instalados en Huelva y su entorno geográfico sería injusto no contar con el testimonio y la experiencia de Emilio Fernández Seisdedos, «El Platero». A sus casi 103 años este zalameño nacido el 14 de diciembre de 1910 se atreve a narrar sus vivencias y las que olvida las deja escritas en sus memorias de guerra, represión y vida bajo el título de Emilio, «El Platero» (Córdoba, 1999).

Hijo y nieto de plateros, de ahí su sobrenombre, fue carpintero en la mina de Riotinto, un lugar donde va moldeando su personalidad republicana y llega a simpatizar con la CNT.

En febrero de 1932 cumple el servicio militar en San Roque y Algeciras, donde le pilla la asonada militar de Sanjurjo (agosto) y se ve obligado por las circunstancias a marchar en las filas de uno de los batallones sublevados. Era la primera vez que estaba donde nunca quiso pero no la última. La Sanjurjada no fue su única vicisitud. La casualidad quiso que la revuelta de Casas Viejas también le rozara. Los mandos de su destacamento llegaron a preguntarle si tenía familia en esa localidad gaditana. Sospecharon que su apellido, Seisdedos, tenía alguna relación con el cabecilla de la insurrección anarquista que tanto daño moral y de imagen causó a la naciente República del 31. No. Todo fue una simple coincidencia entre su apellido y el apodo Seisdedos del carbonero insurrecto.

«La Sanjurjada» le coge prestando el servicio militar. Poco después su apellido es relacionado con la insurrección anarquista de Casas Viejas

Se licencia precisamente en el mismo mes de los hechos, enero de 1933, y vuelve a trabajar a la mina de donde es despedido año y medio después en medio de una oleada de recortes y huelgas.

El golpe del general Franco le coge trabajando en la platería de su familia y en Zalamea comienza a conocer los miedos a las detenciones y la represión contra los republicanos e izquierdistas locales.

En el libro donde relata su vida recuerda dos hechos que le impactaron y abrieron los ojos. La muerte del maestro Don Cayetano, «asesinado a golpes en la plaza del pueblo» y el fusilamiento de Rodolfo, el carpintero que le enseñó los trucos que guardaba la madera y que de tanta utilidad le fueron a lo largo de su vida en presidio. Esas dos muertes le tocaron muy cerca. Marcha de Zalamea, huye. Pero desorientado e inquieto por la suerte de su familia decide regresar. Fue detenido por los falangistas y encerrado en una antigua escuela. Allí compartió miedos con Julián el carbonero y con un concejal del PSOE llamado Ezequiel.

En diciembre de 1936 movilizan a su quinta y acaba por segunda vez en las filas de un ejército sublevado. Solo que esta vez era el de Franco. Estaba, pues, al servicio de sus enemigos.

El primer destino militar de Emilio Fernández fue el frente de Córdoba, las trincheras de Villafranca. Pero «El Platero» tenía claro que aquel no era su sitio. El 10 de marzo de 1937, en Villa del Río, deserta de las filas franquistas junto a otros nueve soldados. Tras escapar a una persecución y emboscada que casi le cuesta la vida, logra contactar con el ejército republicano en Marmolejo. Participa en la ofensiva de Pozoblanco y en los enfrentamientos de Andújar, donde es ascendido a sargento y destinado a Alicante al IV batallón de defensa de la costa.

Emilio, en su juventud.

Su deserción no le resultó gratuita. La Guardia Civil visita la casa de su madre y se la lleva detenida, como rehén. Acaba en la prisión de Sevilla. Su hermano Domingo es fusilado y a su hermana Herminia también la detuvieron al intentar la liberación de Domingo. Embarazada también acabó en prisión y tuvo que pasar un año antes de salir de allí con la niña que tuvo.

Durante su estancia en Valencia se encuentra con su paisano Fernando González con quien comparte noticias de la represión en Zalamea y al que llega a decir que uno de los camiones de su padre servía para trasladar a los izquierdista detenidos. «El Platero» considera este encuentro y a este paisano como una de las fuentes de su infortunio. Así lo deja escrito en sus memorias.

En abril de 1938 participa en el frente de Morella y escapa del infernal bombardeo de Castellón. Desecha su unidad se incorpora a la 83 brigada y vuelve a Andalucía, a Valsequillo, donde se entera por boca de dos paisanos de la detención de su madre y el fusilamiento de su hermano. Desde Los Pedroches es enviado a Valencia y ascendido a teniente con destino en la 225 Brigada y de allí al frente de Teruel.

Acabada la Guerra Civil intenta en vano salir de España no sin antes deshacerse en el Levante de toda la documentación e identidad republicana.

Los recuerdos de su familia se acrecientan y tras una corta estancia valenciana en casa de unos familiares viaja hasta Sevilla. En la capital andaluza se reencuentra con su hermana María, que se gana la vida sirviendo en una casa. Conoció por ella las vejaciones y venganzas que sufrió su familia.

Al poco tiempo de regresar a Zalamea es detenido e ingresado en el campo de concentración del Muelle Pesquero de Huelva. Emilio confirma en sus memorias y durante la entrevista de agosto de 2013 la existencia de miles de presos en el gran complejo represor de la zona marítima onubense. Procedían de toda España y asegura que las edades de los detenidos oscilaban entre los 16 y 70 años e incluso más. Y escribe: «Comidas escasas, con bichos y piedras hervidas junto a las legumbres. Y antes del rancho teníamos que cantar el Cara al Sol. Como si fuésemos perros, llenos de piojos y sarna». De nada le sirvió que uno de los jefes del campo, al que reconoce, fuera de Zalamea.

Las memorias de Emilio el Platero aportan un dato novedoso para el estudio de la represión en Huelva. Además de los campos de concentración ubicados en el Muelle Pesquero, Isla Saltés y San Juan del Puerto situa uno más en Peguerillas, junto a Gibraleón, a apenas seis kilómetros de Huelva. En el campo olontense «nos daban de desayuno un caldo muy salado con huesos podridos, porque veíamos los gusanos que apartábamos sin más», apunta. En el centro de reclusión olontense estaría hasta que los trasladaron en un tren de mercancías hasta el campo almeriense de Viator. En un viaje que luego describiría el preso Tomás Gento en su manuscrito como una bajada a los infiernos. En el trayecto inhumano hacia ninguna parte murieron varios detenidos, enfermos y deshidratados.

Del campo de Rota le ayuda a salir su habilidad como carpintero con lo que empieza su periplo de trabajo esclavo en la base de torpedos de Cádiz.

Del campo de Viator lo envían a Rota, de mayores dimensiones que los descritos en Huelva y Almería. Allí, deja dicho el Platero, «el primer rancho se lo daban a los cerdos y a continuación a los detenidos». «Bebíamos agua salobre de un pozo cercano a la playa», añade Emilio en su escrito.

Del campo de concentración de Rota le ayuda a salir su habilidad como carpintero con lo que empieza su periplo de trabajo esclavo en la base de torpedos de Cádiz.

En la capital gaditana coincide con Manuel Rodríguez, procedente de la aldea zalameña de Membrillo Bajo. Con él revive de primera mano la brutal represión sufrida por sus habitantes. El pueblo fue incendiado, bombardeado y masacrados la mayoría de sus vecinos. Los campesinos mantenían un pleito secular con los terratenientes de Zalamea por la propiedad de las

tierras del común, ejidos, vías pecuarias y abrevaderos.

En Cádiz estuvo cuatro meses antes de ser trasladado a la cárcel de Sevilla hasta que el 14 de abril de 1940, en el noveno aniversario de la República, es conducido al juzgado militar de la calle Puerto de Huelva. Ese día, a las cuatro de la tarde, se celebra su juicio sumarísimo ante un tribunal militar y sin defensa. Es condenado a muerte. Ingresa en la prisión de Huelva a la espera de que fuera ejecutada la sentencia. Desesperado y desbordado por la capacidad represora del régimen sigue los consejos de un preso bien relacionado con las monjas del presidio y llega a hacer los Siete domingos de San José, un oficio cristiano que recuerda los dolores y gozos del esposo de la Virgen María.

El Platero, en su etapa de militar.

De la cárcel de Huelva pasa a la sevillana de Ranilla, a una celda de tres metros cuadrados que llegaron a ocupar al mismo tiempo hasta cinco presos que hacían allí mismo sus necesidades fisiológicas. Para presionarlo más aún, una noche metieron a Emilio en la celda 17, la que ocupaban los condenados a muerte que iban a ser ejecutados al alba.

El Platero ve cerca su final. Ese cara a cara con la muerte lo deja escrito: «Recordé a todos los míos, los días de caza con mi padre, la cara llena de paz de mi madre, mis hermanos, el campo de Zalamea… los hechos alegres y tristes. A las seis de la mañana abren la puerta y nombran a uno de mis compañeros para llevárselo. A los pocos minutos vuelven y llaman a Carlos Romero Troncoso, mi compañero de celda. Nadie respondió. Lo nombraron otra vez. Yo permanecí callado». Sacaron a Carlos. Lo fusilaron y dejaron a Emilio en su celda.

Dos años después de aquel final anunciado lo conducen de nuevo a la prisión de Huelva. Esta vez pensó que el traslado era para consumar la sentencia pues «siempre ejecutaban en la plaza donde era condenado». Se equivocó.

Al libro vital de Emilio le faltaba otro golpe de suerte en medio de tanta penuria, de tanto sufrimiento.

Sin que lo esperara llega una orden para que fuera liberado. Su hermana Herminia había logrado localizar a su novia valenciana, Fina, mujer muy bien relacionada. Esta pidió a José Alcántara, jefe de Falange en Santa Pola, que intercediera en favor de Emilio. Lo hizo. El antiguo compañero de prisión de Primo de Rivera tenía poder y activó el expediente de libertad del teniente de la República Emilio Fernández. Así lo reconoce en su autobiografía el zalameño.

Sorprendentemente salió de prisión en Huelva y volvió a trabajar con unos familiares. Rehace su vida pero una mano negra parece vigilarle muy de cerca. Ese acecho constante propicia una nueva detención. Acababa de sortear una pena capital y ahora lo detenía la policía franquista otra vez y le acusaba de pertenecer a una organización clandestina. Pasó 20 días en una comisaría donde asegura que fue castigado y golpeado. De allí otros dos meses a la prisión de Huelva antes de ser condenado a dos años de reclusión. Durante este nuevo periplo penitenciario conoce la muerte de su hermano Antonio, en Miraflores.

En total Emilio «El Platero» ha pasado más de una década de su vida entre una guerra civil, campos de concentración, prisiones y batallones de trabajo esclavo. Salió por fin de la cárcel y se casó con Mariana un 3 de junio de 1947.

«Dios mío he sufrido mucho y puedo decir que estoy experimentado y curtido en el dolor. Tanto que a veces me parece que no existo»

Fue de viaje de novios a Sevilla y se alojó en un coqueto Hotel París, que daría nombre a la joyería que fundó junto a su esposa en el centro de Huelva, negocio que aún perdura en manos de su hija Carmen. Ha sobrevivido a una operación de estómago a vida o muerte e incluso al accidente de un tranvía en la capital hispalense. El siniestro se produjo el día que le dieron el mal diagnóstico médico. Una enfermedad adquirida y agravada en las penitenciarías que visitó.

Hoy, rozando los 103 años, conserva fuerzas y memoria para conceder a este periodista una entrevista en su casa veraniega de Punta Umbría.

Allí luce con orgullo su carnet de teniente del ejército fiel a la República. Confiesa que ha vivido y deja escritas en su libro Emilio, «El Platero», una pequeña edición casi familiar, letras vitales: «Dios mío he sufrido mucho y puedo decir que estoy experimentado y curtido en el dolor. Tanto que a veces me parece que no existo».

Es cierto lo que dice Emilio Fernández Reyes, bioquímico, hijo de «El Platero»: «Todos somos finalmente un producto vital modificado por nuestras circunstancias, naturales y personales».

Tomás Gento, primero por la izquierda, en el Muelle de las Canoas cuando los materiales de las obras llegaban en barco. Detrás la Isla de Saltés. A su izquierda, su hijo y un amigo de éste.

Tomás Gento junto a su sobrino, hijo de un cuñado que fue fusilado junto a su padre y hermano mayor en 1936.

Diario del preso Tomás Gento Álvarez: Billete hacia el infierno

Algunos de los que entraron en los campos de concentración franquistas en Huelva oyeron notas musicales descolgándose de un piano o describieron lugares como La Casa del encanto, como la puntaumbrieña Isabel Hernández. Otros vieron partidos de fútbol, como José Antonio Cruz Barroso. Pero los dos entraban y salían de allí cuando disponían las autoridades militares.

La vida en su interior tenía otra cara, más tenebrosa y menos exhibida.

El preso Tomás Gento Álvarez (Silos de Calañas, 1902) dejó plasmada en un diario su vida, su paso por estos masificados presidios. El también fue víctima del turismo carcelario ideado por los diseñadores de la España Nueva.

Tomás ingresó en el campo de concentración del Muelle Pesquero, junto a la Isla de Saltés, el 11 de agosto de 1939. «Desde ese momento comencé a conocer los campos de concentración. El día 15 del mismo mes nos llamaron a las oficinas para tomarnos declaración. Fuimos 12 y sólo yo salí indemne de lo que se cometió en el interrogatorio», apunta en un cuaderno que ha dejado a su familia.

> «Como no declaraban lo que ellos querían, los molieron a palos, a porrazos, puñetazos y puntapies»

Las preguntas las efectuaba una brigadilla de la Guardia Civil compuesta por un sargento y cuatro agentes. Cuenta que uno de ellos «usaba una porra de goma y el sargento pone la pistola encima de la mesa». Aquel día el interrogatorio empezó por tres muchachos de Aroche. «Como no declaraban lo que ellos querían los molieron a palos, a porrazos, puñetazos y puntapiés. Los dejaron después de declarar lo que ellos querían, echaban sangre por todas partes y en abundancia, después los llevaron, dijeron, a la enfermería», escribe en su diario.

El día que prestó declaración apunta que «entraron antes que yo dos hermanos de Rosal de la Frontera a los que le achacaban la toma del cuartel de la Benemérita. Ellos lo negaron y le dieron tal paliza que uno tenía un hojo (literal) fuera de su sitio, el otro hermano no daba señales de vida. Total que también se los llevaron con los otros, luego nos enteramos que uno de los hermanos murió en la enfermería».

Tomás Gento, primero por la izquierda.

Gento junto a su nieto en los años setenta.

Después de ver aquello Tomás entró a declarar. Antes, el sargento le dijo: «Ya habrá presenciado la forma de preguntar y lo que le pasa a aquellos que se abstienen de contestar. Tenemos buenos medios para refrescar la memoria, así que no se haga de rogar para responder la verdad».

Tomás relata en su diario que llevaba en su poder el carnet nacional sindicalista, que «me lo había sacado, primero, por miedo y, segundo, para seguir mi negocio (contratista de obras) que lo exigían».

En el interrogatorio, cuenta en su cuaderno, «me preguntaron dónde había estado entre 1936 y 1939 y les dije que no me había movido de Punta Umbría, trabajando precisamente construyendo una iglesia, que yo era el contratista. Le enseñé el carnet y así se conformó, tanto que dio orden de que me dejaran libre por el campo de concentración pero con la condición de ser un chivato». En su escrito se lee que «tenían (los guardias) puestos los ojos en unos compañeros que eran Alfonso Atahona y Francisco Fernández 'Tamborilero'. Los llamé y les dije lo que pasaba y si tenían que hablar no lo hicieran delante mía y no me dieran conversación para no comprometerlos». Así pasaron hasta el día 24 de agosto de 1939.

En su declaración en el presidio pone en pie los hechos vividos desde el 20 de julio de 1936. «Ese día se presentó en mi casa un grupo de individuos, entre los que venía el alcalde, que era Florencio «El Zapatero», el presidente del sindicato, Manuel Hierro, y los demás escopeteros. Yo me asusté pero ellos me calmaron. Me dijeron que se habían enterado de que en El Portil había un cura escondido y no se sabía si era Don Miguel o Don Baltasar, así que ellos querían que los acompañara para saber quién era de los dos». Seguidamente, Tomás añade que «llegamos sobre la una de la tarde y me metí en casa de Rifeño, allí me tomé una botella de vino y ellos mientras buscando hasta que por fin lo encontraron en una choza de junco. Empezaron a pegarme voces para que fuera. Fui y al entrar, uno de los que iban disparó un tiro, por milagro no me mató y cuando vi la actitud de estos individuos me tiré sobre él cubriéndole con mi cuerpo, el tiro me pasó por el antebrazo izquierdo. Este señor (el cura) se encontraba vestido de paisano, con

unos pantalones, en mangas de camisa, destocado y descalzo». Después del episodio, añade que «emprendimos la marcha de regreso a Punta Umbría». Llega a anotar que «cuando fuimos para El Portil estaba la marea baja y cuando regresamos era pleamar. «Vinimos por encima de una arena ardiente, en pleno mes de julio. Don Baltasar venía descalzo y se quemaba, dándome cuenta conseguí parar la comitiva, entonces me quité las alpargatas, que por cierto eran nuevas, y se las puse a él (al cura) y la boina. Así el hombre se encontró mejor. Y le traía un brazo por el hombro para así ayudarle en su caminar. A todo esto me elogiaba tanto que me daba vergüenza. Llegamos a Punta Umbría, a un sitio llamado la Colonia Escobar y me pidió un vaso de agua, a la señora del centro benéfico le pedí un vaso grande. Le compré dos huevos y lo llené de leche, le hice un cachibel y se lo tomó. Cuando llegué tenía ampollas en los pies, me quemé», apunta en su diario.

Tomás Gento, sentado en última fila, junto a unos amigos en los años 30.

Fueron a ver al cura de Cartaya, al que Tomás ayudó. El hombre dijo que el Obispado les tenía prohibido meterse en política

El relato de los hechos pareció conmover a las autoridades y apunta que «el juez me dijo que si todo era verdad, como yo decía, me ponía en libertad». Tomás se lo comunicó a sus familiares que cogieron un taxi y fueron a ver al cura a Cartaya y se lo pusieron en la puerta para que rubricara ante el juez «el hecho de la verdad», decía Gento en su relato. Pero cuál fue su sorpresa que, subraya, «la contestación del buen cura (al que había salvado la vida y ayudado) fue que él no podía meterse en asuntos de política por tenérselo prohibido las autoridades religiosas». Así que «me procesaron y rodé tres años de campo de concentración en campo de concentración, fueron varios, en distintas ciudades».

Sin duda la experiencia marcó a Tomás Gento. Pero su periplo de preso no había hecho más que comenzar con aquella traición.

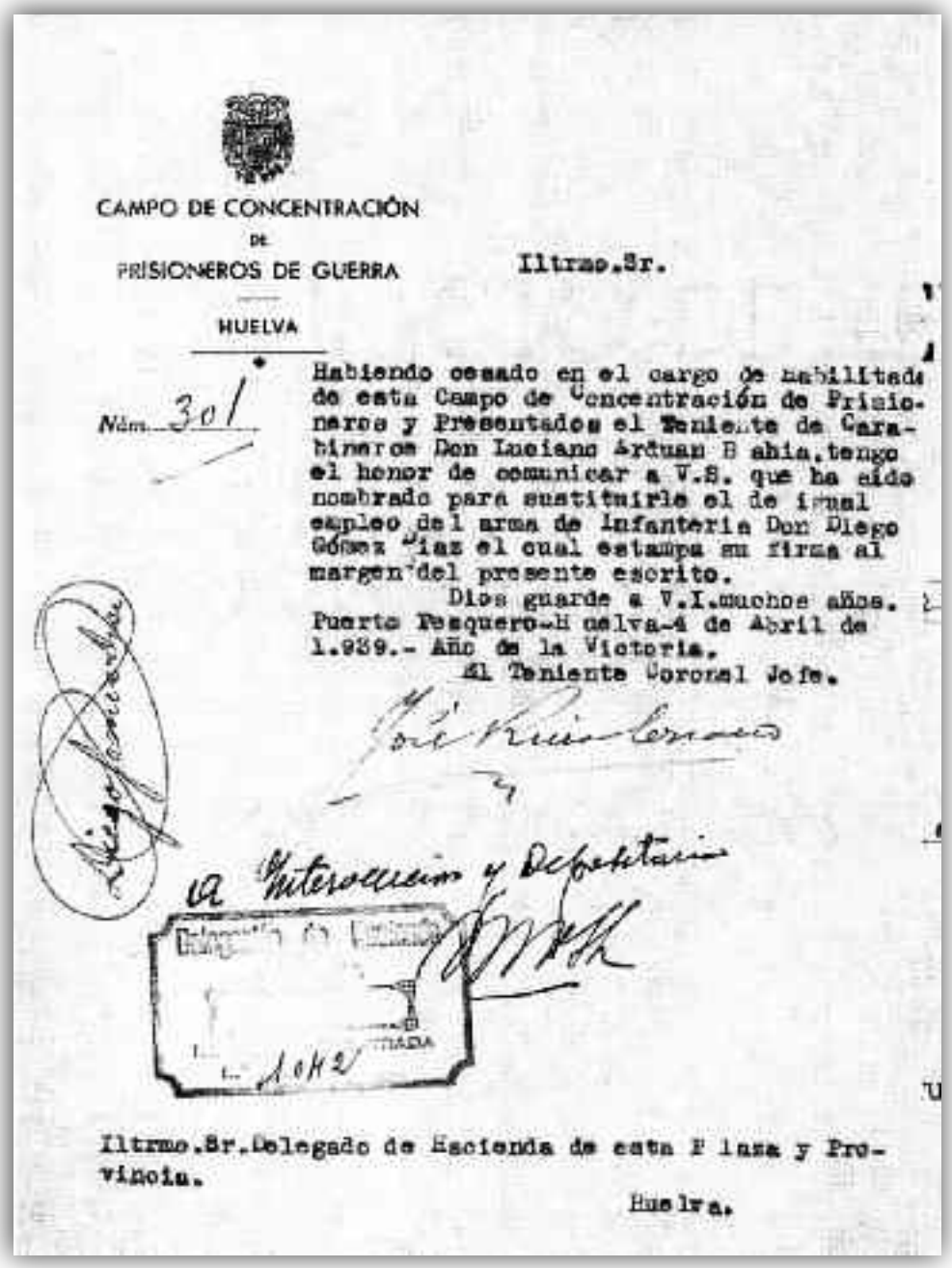
Después de un chasco vital que le marcaría para el resto de su vida, el recluso Tomás Gento parte el 25 de agosto de 1939 en dirección a Almería en un tren especial que formaron en el Muelle Pesquero onubense. Estaba a punto de describir en su diario las penosas condiciones de vida y traslados que soportaban los reclusos, no muy distintas a las que llevaron a judíos, gitanos y comunistas a los campos de exterminio del nazismo poco después.

El tren que pusieron en el muelle onubense era de vagones cerrados, de mercancías y ganado. Donde los iban a meter sólo había restos de estiércol.

Campo de Concentración de Prisioneros de Ocaña

RELACIÓN valorada de las BAJAS ocurridas durante el mes de Mayo

NOMBRES	Día de la baja	Número de días que ha estado hospitalizado	Mes del abono	TOTAL Pesetas	Cts.	Observaciones
Manuel Muruo Quiroga	2	30	1º	119	50	
Antonio Parellada Segura	2	30	1º	119	50	
Manuel Merino Caro	2	30	1º	119	50	
Luis Perales Viladez	2	30	1º	119	50	
Celestino Cedina Vila	2	30	1º	119	50	
Lorenzo Sº Barbau Fdº de H.	2	30	1º	119	50	
Benito Gonzalez Fernandez	3	29	1º	117	50	
Emiliano Laines Alcala	3	29	1º	117	50	
Rafael de Luna Rodrigun	3	29	1º	117	50	
Abelardo Alcalde Sº Arenale	3	29	1º	117	50	
Gerardo Hernandez Villaverde	4	28	1º	116	20	
Ernesto Lopez Heredia	4	28	1º	116	20	
Manuel Tamayo Castro	4	28	1º	116	20	
José Gago Sanchez	4	28	1º	116	20	
Rafael Fernandez de Julian	4	28	1º	116	20	
Teofilo Calleja Sirbau	4	28	1º	116	20	
Manuel Fernandez Navarro	5	27	1º	114	55	
Alvaro Tain Tena	5	27	1º	114	55	
José Hernandez Ternalbe	5	27	1º	114	55	
Juan Quesada Medina	5	27	1º	114	55	
José Pascual Gran	5	27	1º	114	55	
Manuel Miguel Rubio	5	27	1º	114	55	
José Martinez Lopez	7	25	1º	113	25	
Joaquin Santandreu Agrasot	7	25	1º	113	25	
Jaime Alvarado Fernandez	7	25	1º	113	25	
Pedro Orte Llorca	7	25	1º	113	25	
José Ramirez Miralles	7	25	1º	113	25	
Miguel Sede Biesca	8	24	1º	39	60	
Alberto Marlorell Abel	8	24	1º	39	60	
Pablo Gedio Camarena	9	23	1º	37	95	
José Mª Sigales Pueyo	10	22	1º	35	20	
		614		1392	40	



CAMPO DE CONCENTRACIÓN
DE
PRISIONEROS DE GUERRA

HUELVA

Núm. 301

Iltmo.Sr.

Habiendo cesado en el cargo de habilitado de este Campo de Concentración de Prisioneros y Presentados el Teniente de Carabineros Don Luciano Arduan Bahia, tengo el honor de comunicar a V.S. que ha sido nombrado para sustituirle el de igual empleo del arma de Infantería Don Diego Gómez Díaz el cual estampa su firma al margen del presente escrito.

Dios guarde a V.I. muchos años. Puerto Pesquero-Huelva-4 de Abril de 1.939.- Año de la Victoria.

El Teniente Coronel Jefe.

Intervención y Depositaría

Iltmo.Sr. Delegado de Hacienda de esta Plaza y Provincia.

Huelva.

En la página izquierda, listado de internos en el campo de prisioneros de Huelva y donde se aprecian algunos apellidos catalanes. Sobre estas líneas, Certificado de nombramiento del nuevo responsable del Campo de Concentración de Prisioneros de Guerra de Huelva.

Arriba, foto tomada en la exposición organizada por la Asociación Memoria Histórica y Justicia en Huelva en 2005. En ella se ve un grupo de presos republicanos en formación, con el uniforme de presidiario similar al descrito por Gento en su diario, sobre estas líneas.

Pero aquella visión no solo iba a ser suya. Las mujeres, hermanos, hijos y familiares esperaban (su partida) a 500 metros de distancia. «Nos formaron para entrar en el tren, hicimos nuestro equipaje (hablo del mío) que se componía de dos mantas, un colchón de saco, dos sábanas, una almohada, un cántaro para agua y un banquillo de madera para sentarte, todo de mi propiedad y una maleta con un trajecillo y ropa limpia. Figúrese cómo iría, como burro cargado». Así dibuja la situación, en la que no faltan sus tres hijos: Miguel, el mayor, de 9 años; mi hija Concha, de 7; y mi hijo Pedro, de 3: «Como digo antes, estábamos formados cuando dejaron que los niños se acercaran a despedirse de sus padres. Figúrese cuando los niños me vieron se colgaron al cuello llorando, diciendo !papá no te vayas, que mamá está allí y te aguarda para irnos a casa. Figúrese yo, cargado como una bestia, no podía ni acariciarlos. Me agaché y ya no podía ni levantarme, no tenía fuerza. Entonces llegó un capitán que iba al mando de la expedición, se acercó, me quitó el equipo y entonces pude abrazarlos a mis hijos y me ayudó hasta el vagón».

Tras soportar esa amarga despedida de su familia, Tomás comienza a narrar un interminable e inhumano trayecto en medio de un insoportable olor a estiércol y un calor que multiplicaba el hedor y amplificaba el sufrimiento de, calcula, los 600 presos que iban en el tren. «Emprendimos la marcha y para beber nos metieron en el vagón unos barreños grandes llenos de agua. Dentro de cada vagón nos metieron a cuatro guardas falangistas. Cuando dio la salida, el tren, con la velocidad y el traqueteo, el agua se es-

parció por todo el vagón, mezclada con el estiércol. Daba gusto ir en ese viaje. Decidimos, claro está con el permiso de los guardas, arrojar el agua a la vía y menos mal al cántaro que yo llevaba pudimos beber algo», apunta en su diario, escrito a trozos y saltos pero que conforma un valioso documento lleno de sufrimiento, vivencias y amargos recuerdos.

Añade el texto que «en la estación de Espe Lui nos dieron la primera comida, que fue una lata de sardina para dos, una viena, también para dos y un trocito de dulce de membrillo».

Estaba por vivir otro de los espectáculos más denigrantes de su vida. Fue al día siguiente, ya en la provincia de Jaén y en una estación a la que no se atreve a poner nombre. «Allí, entre dos estaciones paramos, en una explanada muy grande y una casita de campo. Nosotros, muertos de miedo. Nos formaron a todos y antes de salir del tren nos dijeron que dejáramos el petate en el vagón. En la casita de campo había una familia, dos ancianos y un padre con varios hijos que oscilaban entre los 4 y los 18 años. Cuál sería nuestra sorpresa y de la familia cuando el capitán ordenó !atención... todos a cagar! Nos desplegamos todos en el círculo que nos tenían hecho. Yo fui uno de los primeros y me puse al lado de unos centinelas de dos metros, así hice mi necesidad, como todos», deja escrito en su cuaderno. Y aún apunta que «la familia, cuando presenciaron el espectáculo salieron a correr y se metieron en su casita».

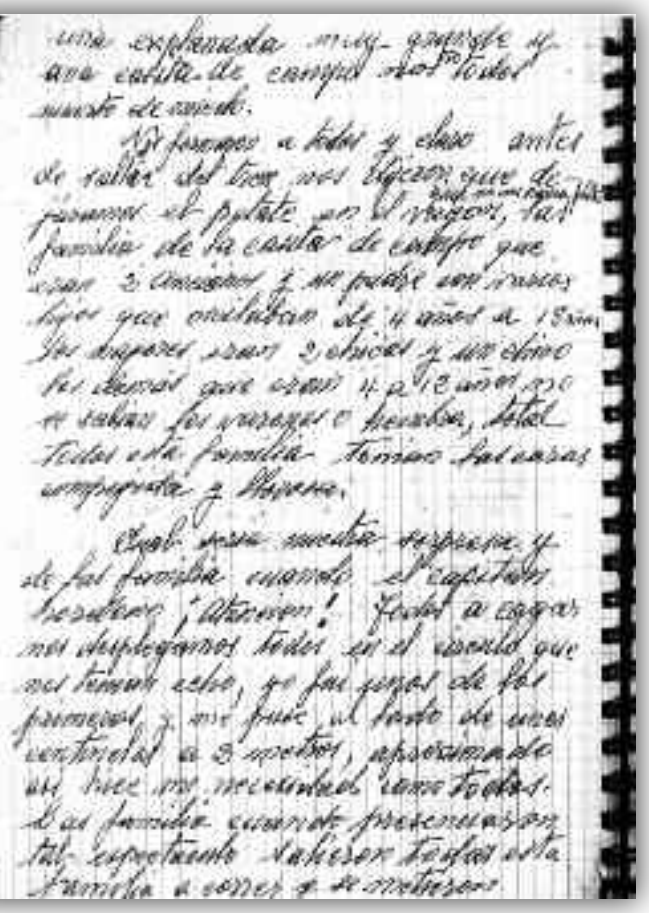
Fue trasladado en un tren con hedor a estiércol. Su mujer y sus hijos presenciaron aquella exhibición represora

Y sigue dibujando la escena, que parecía sacada de una Gran Bouffe digna de Marco Ferreri. «Como fui de los primeros, claro, al continuar estaba el último, me vi y me las deseé para volver a mi vagón, pues tenía que hacer verdaderos equilibrios para sortear tantas cagadas, éramos más de 600 personas. Emprendimos viaje a la media hora de haber hecho nuestras necesidades».

Los presos, según subraya Tomás, «íbamos vestidos de uniforme en el tren, o sea pantalón y chaqueta a rayas y un gorro redondo de la misma tela. Los gorros y la chaqueta llevaban una P que quería decir Prisionero. El fin del trayecto era Viator.

Todos los presos comenzaron su viaje con el preceptivo gorro. Sí, pero «nadie de los treinta que íbamos en mi vagón lo llevábamos ya (al final del viaje). Todos lo habíamos usado para hacer nuestras necesidades», subraya Tomás, que después del viaje aún tuvo que recorrer, andando y cargado, los 7 kilómetros que separaban la estación almeriense del campamento.

El inicio de su condena en los campos de concentración de Franco suponía el colofón a una vida repleta de lo que él llama en su diario «Año de



Página del cuaderno de Tomás Gento.

1936 a 1941. Historias desgraciadas en mi casa».

La primera que relata en su cuaderno anillado data de julio de 1936. «Ese mes fue detenido mi hermano Francisco Gento Álvarez y mi cuñado José Espino. A ambos se los llevaron a Huelva. Mi hermano Germinal, acompañado de mi hermana María, esposa de mi cuñado José, tomaron el camino de Cartaya a Huelva. Se los llevaron detenidos pero les dijeron que volverían pronto. Fueron a buscarlos a la cárcel, al cuartel de la Policía Armada y al cuartel de Falange», apunta. Pero no los encontraron en ninguno de los tres centros de detención.

Después de aquella desesperada e infructuosa búsqueda cuenta que «mi hermano dejó a mi hermana en un café llamado Nuevo Mundo y se encaminó hasta el cementerio, presentándose al conserje. Le preguntó por ellos y le enseñó el cuarto de cadáveres después de tanto rogar. Entró, por fin, y se quedó sorprendido al ver tantos cadáveres, todos muertos a tiros. Pero entre estos cadáveres no estaban ellos». «En su búsqueda si encontró una espuerta de palma llena de documentos y por curiosidad y para salir de dudas empezó a revolver papeles, a todo esto con la puerta cerrada para no comprometer al conserje, que se encontraba muy asustado. Y por fin encontró lo que buscaba, los dos documentos de mi hermano y mi cuñado que habían sido fusilados la noche anterior», escribe y deduce que «o sea, que del pueblo se los llevaron al cementerio, no se sabe si los mataron en el camino o fue allí. Mi cuñado dejó a un hijo huérfano llamado José Espino Gento, de corta edad (mi hermano soltero), buen refresco para una madre, una esposa y un hijo».

La siguiente fecha que marca en su memoria escrita es el 25 de julio de 1936 bajo el título de 'Siguen las desgracias en mi casa'. Tomás inicia su re-

lato del primer mes de represión indiscriminada con una frase trágica, lacónica: «El 25 de julio de 1936 detuvieron a mi padre que corrió la misma suerte que mi hermano y mi cuñado, fusilados». Entonces describe a su padre con una frase llena de cariño: «Era modelo como esposo y como padre y compañero de todos, además muy inteligente. Esta fue su perdición. El no era ni comunista ni socialista, tenía otras ideas más avanzadas. Lo detuvieron en Cartaya cuando regresaba del trabajo y unos desalmados se lo llevaron a Lepe y allí lo fusilaron. Un buen refresco para mi pobre madre».

No pararon ahí las desgracias. En agosto de 1936 se llevaron al frente «a mi hermano Germinal, donde estuvo hasta julio de 1939». Y «el día 10 de agosto, mi hermano Miguel, que tenía 21 años y era aprendiz de carpintero, se vino conmigo, desamparado y atemorizado. La primera noche que durmió en mi casa se le hizo la cama en un colchón en el comedor. Lo cierto es que a las 11 de la noche se presentaron dos guardias civiles preguntando por mis hermanos. Les contesté que estaba en el frente y, entonces, despertó a mi hermano, pero a puntapiés. Le llamé la atención y me dijo que me callara, de lo contrario me llevarían. Total que se lo llevaron». Fue el alcalde pedáneo 'Palermo' el que «me concedió que me lo llevara para Cartaya a la mañana siguiente, además por ser una de las familias más castigadas por la Falange».

«Mi hermano se vio sorprendido por aquel montón de cadáveres. Comprobó el destino de su hermano y su cuñado. Luego vendría su padre»

Pero a Miguel le tenían reservada otra sorpresa. Tomás cuenta que fue llamado a filas en 1937, donde estuvo hasta 1939. «Mi madre se quedó sin hijos, mejor dicho, los que le podían ayudar a su subsistencia. Se quedó mi hermana (viuda) con un hijo y conmigo, con el miedo que seguía instalado en Punta Umbría».

Tomás se las ingenió para subsistir en los primeros meses de la guerra «en los montes. Me fui con Manuel El Canelo, que estaba derramando pino para hacer carbón. Haciamos cisco y lo vendíamos, así me justificaba la estancia en el campo». Después apunta que empezó a trabajar en «algunas obras sin importancia, hasta que en octubre del 36 hicimos compañía con Manuel Gómez». Así estuvo hasta el mes de mayo de 1939. Ese día anota que «estuvo en casa un guardia civil para que fuera al cuartel. Me dijeron que al otro día por la mañana tenía que ir a Huelva en compañía de varios individuos más: estos eran Miguel Ramos, Sebastián Borrero, Manuel Río El Caña, Alonso Albarracín, Pepe Segura. Llegamos a la cárcel de Huelva e ingresamos hasta el 23 de julio de 1941, que me pusieron en libertad vigilada», no sin antes pasearlo por algunos campos de concentración de los dispuestos por Franco para reinventar España.

Recreación del calabozo donde estuvo preso Miguel Hernández en 1939 tras ser entregado por la Policía de Fronteras lusa a Franco.

Capítulo III

Museo Casa de la Cultura «Miguel Hernández» en Rosal.

Miguel Hernández Gilabert, el infortunio en La Raya

Rosal de la Frontera, 6 de mayo 1939

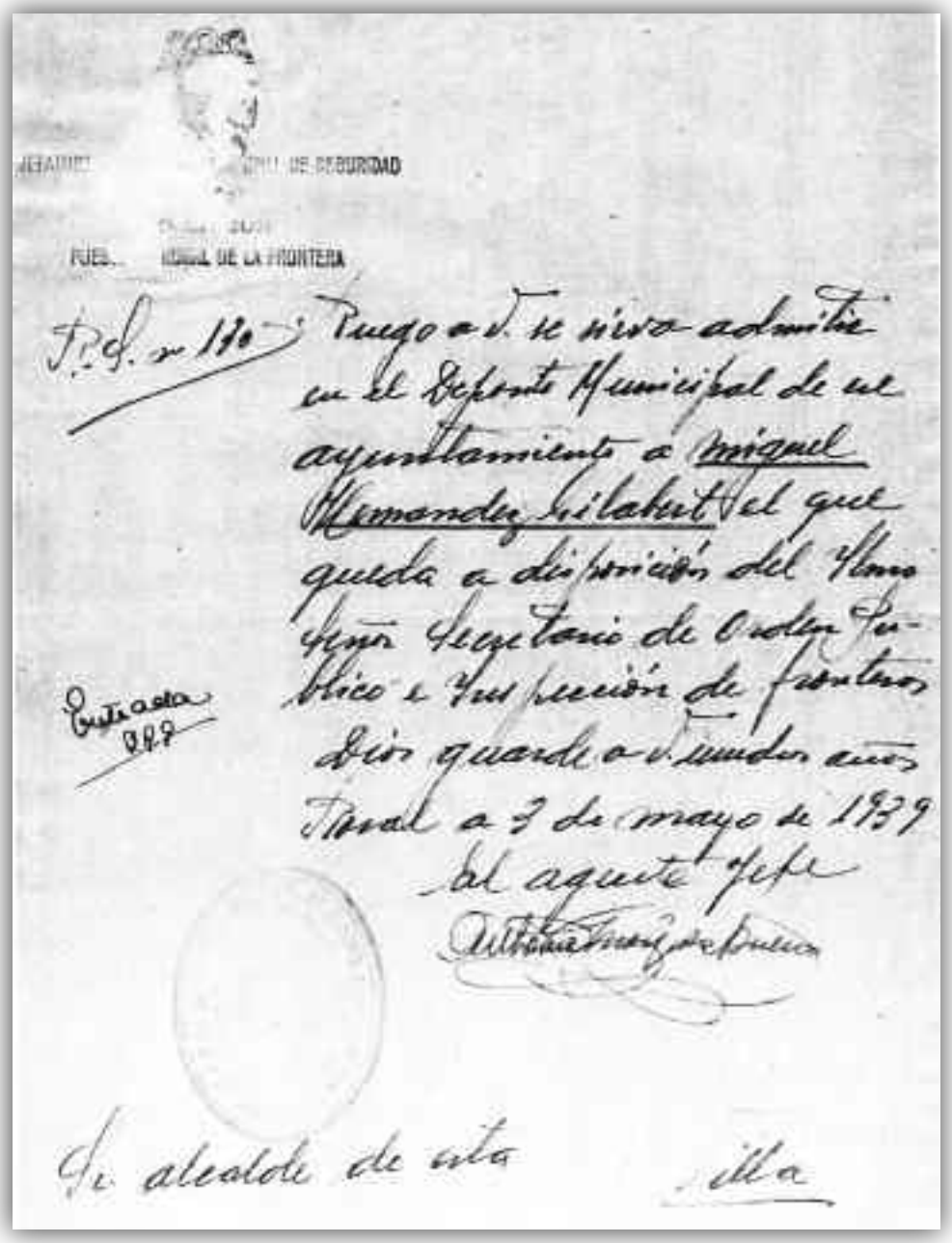
«Querida Josefina: Estoy muy bien de salud. Me acuerdo siempre de mi Manolillo y de ti, que sois siempre mi mayor esperanza. ¿Sigue engordando el niño? Anteayer cumplió los cuatro meses y me pasé todo el día pensando en él. Supongo que tus hermanillas y ahijadas mías, que no se me olvidan, estarán contigo dándote mucho quehacer y mucha preocupación. ¿Y Manolo, trabaja? ¿De qué comes? ¿Quién te ayuda? Pide a nuestra familia de Orihuela sin reparo, que alguna vez les devolveremos aquello que nos den. Supongo que no habrá resultado incierto lo que nos dijo el médico sobre tu enfermedad en Orihuela. Ve a mi casa y di a mi padre y a mi hermano que estoy detenido, que un día de estos me llevan a Huelva desde este pueblo y que es preciso que me reclamen a Orihuela. Que hablen con don Luis Almarcha, Joaquín Andréu, Antonio Macando, Juan Bellod, Martínez Arenas, Baldomero Jiménez y quien sea preciso para la consecución de mi traslado a nuestro pueblo. La detención ha obedecido a que pasaba a Portugal sin la documentación necesaria. No es nada de importancia, pero haz lo que te digo para estar junto a nuestro hijo y a ti lo más pronto posible. No te preocupes, nena. Como bien, me tratan bien y a lo mejor desde Huelva paso a Orihuela antes que nuestros amigos pudientes de ahí hayan hecho gestión alguna. Se trata de una imprudencia mía que naturalmente tenía que tener su riesgo y su resultado insatisfactorio. Pero la seguridad de mi honradez y la fe en la justicia de Franco me hacen estar sereno y alegre. Lo que siento principalmente es la difícil situación económica de nuestra familia que tardará algún tiempo más en resolverse. Abrazos para toda la familia, especialmente para mi madre y tus hermanos y los míos. Manolillo y tú recibid el corazón de vuestro» Miguel

A dónde iré yo que no vaya mi perdición a buscar. La frase de Miguel Hernández fue solamente el preludio de la frenética escapada del poeta tras el final de la Guerra Civil y la búsqueda de una libertad imposible pues su nombre ya había sido inscrito en la misma lista que Federico García Lorca por los vencedores fascistas que convirtieron España en un inmenso presidio y en un patíbulo.

Romero Murube (Sevilla), Diego Romero (Valverde), ninguno estaba en su casa cuando los necesitó. Demasiada casualidad

El destino trajo al poeta a un lugar dónde jamás pensó que comenzara su agonía. Antes, el 9 de marzo de 1939 marchó a Orihuela a ver a Josefina, la misma mujer que le enamoró, la madre de sus dos hijos Manuel Ramón y Manuel Miguel, de la que decía que tenía «unos ojos profundos y pensativos, guapos, en medio de dos cejas como dos puñaladas de carbón fino». Allí buscó el auxilio de su antiguo guía, el canónigo don Luis Almarcha, pero éste ya estaba en otras cosas, las mismas que le encumbraron a los obispados franquistas que se repartieron tras la victoria.

Fue su primer desengaño. Miguel sintió ese portazo que le alejaba de Josefina, de Manolillo. Se volvió a Madrid con 200 pesetas que le entregó su familia y su hermano Vicente, además de un salvoconducto de la Comandancia Militar de Orihuela y otro sellado por el Centro de Reclutamiento, Instrucción y Movilización número 10 de Alcoy que le facilitó su cuñado Ismael, hijo del padre de Josefina, guardia civil.



JEFATURA ... DE SEGURIDAD

PUEB... ROSAL DE LA FRONTERA

P. S. nº 170 — Ruego a V. se sirva admitir en el Depósito Municipal de ese ayuntamiento a Miguel Hernandez Gilabert el que queda a disposición del Ilmo. Señor Secretario de Orden Público e Inspección de fronteras.

Dios guarde a V. muchos años.

Rosal a 3 de mayo de 1939

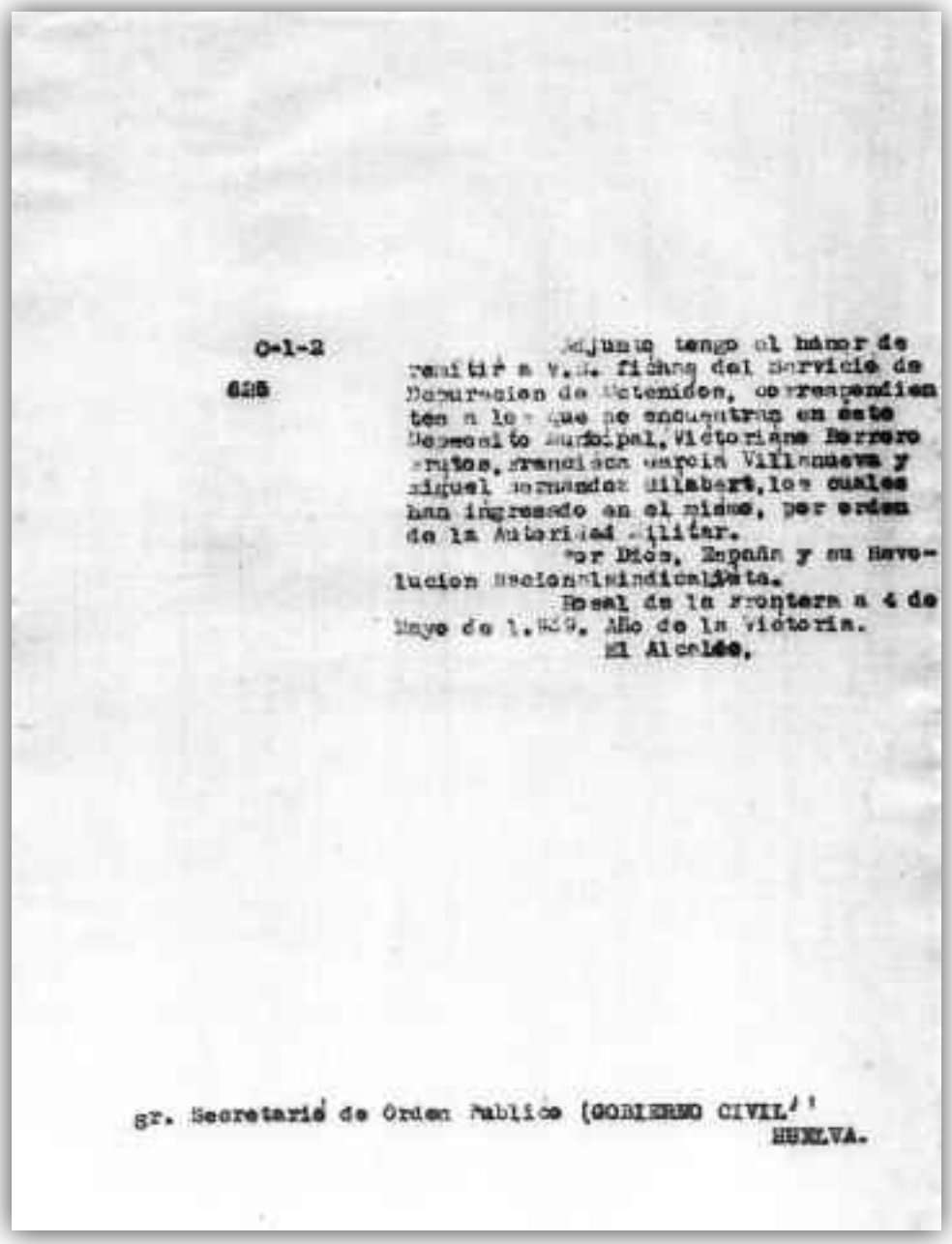
El agente Jefe

Antonio Muñoz de Bueno

Entrada 222

Sr. alcalde de esta villa

Ficha de ingreso de Miguel Hernández en en el calabozo de Rosal de la Frontera (Huelva).



C-1-2

625

Adjunto tengo el honor de remitir a V.S. fichas del Servicio de Documentación de Detenidos, correspondientes a los que se encuentran en este Depósito Municipal, Victoriano Herrero Prietos, Francisco García Villanueva y Miguel Hernández Gilabert, los cuales han ingresado en el mismo, por orden de la Autoridad Militar.

Por Dios, España y su Revolución Nacionalsindicalista.

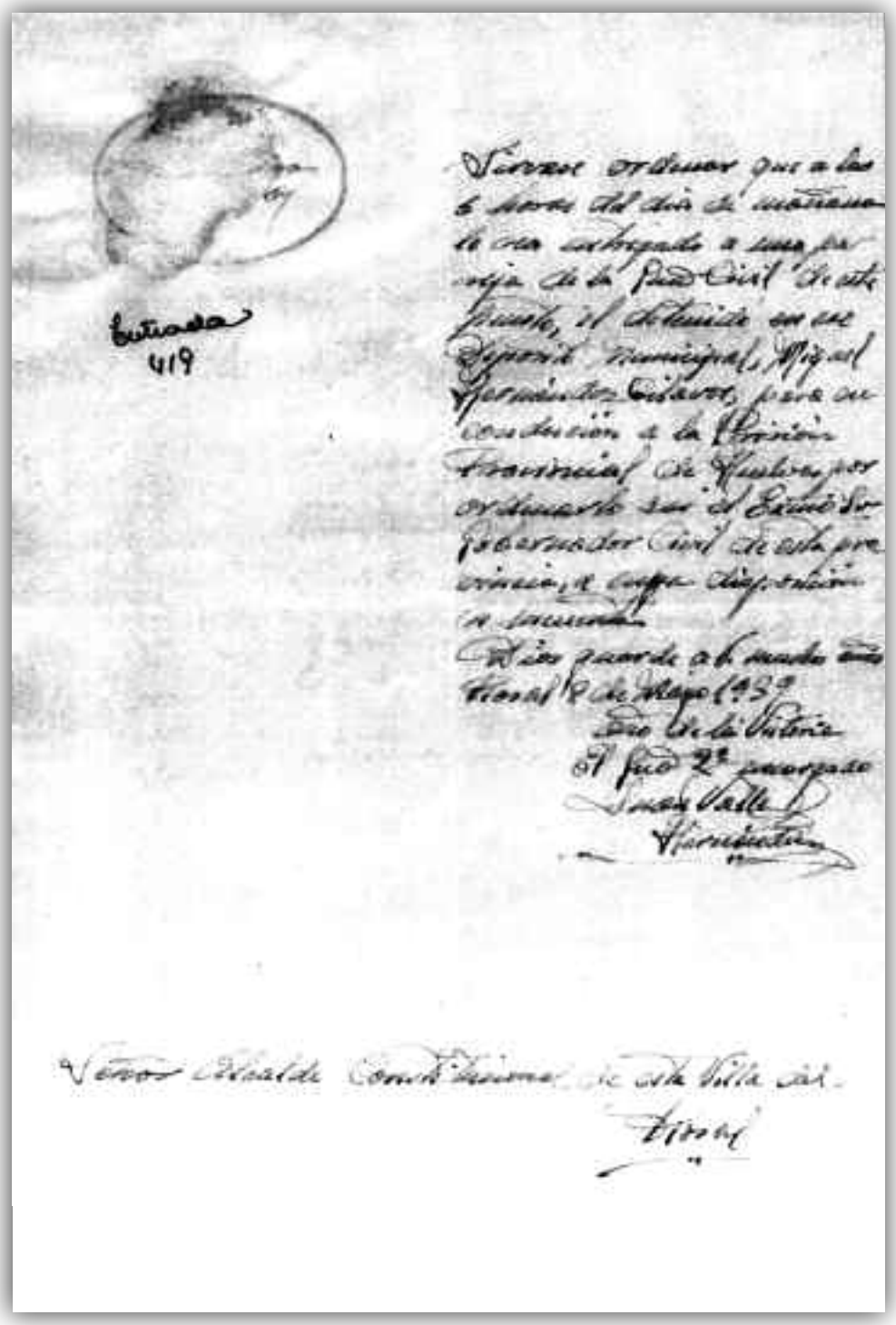
Rosal de la Frontera a 4 de Mayo de 1.939. Año de la Victoria.

El Alcalde.

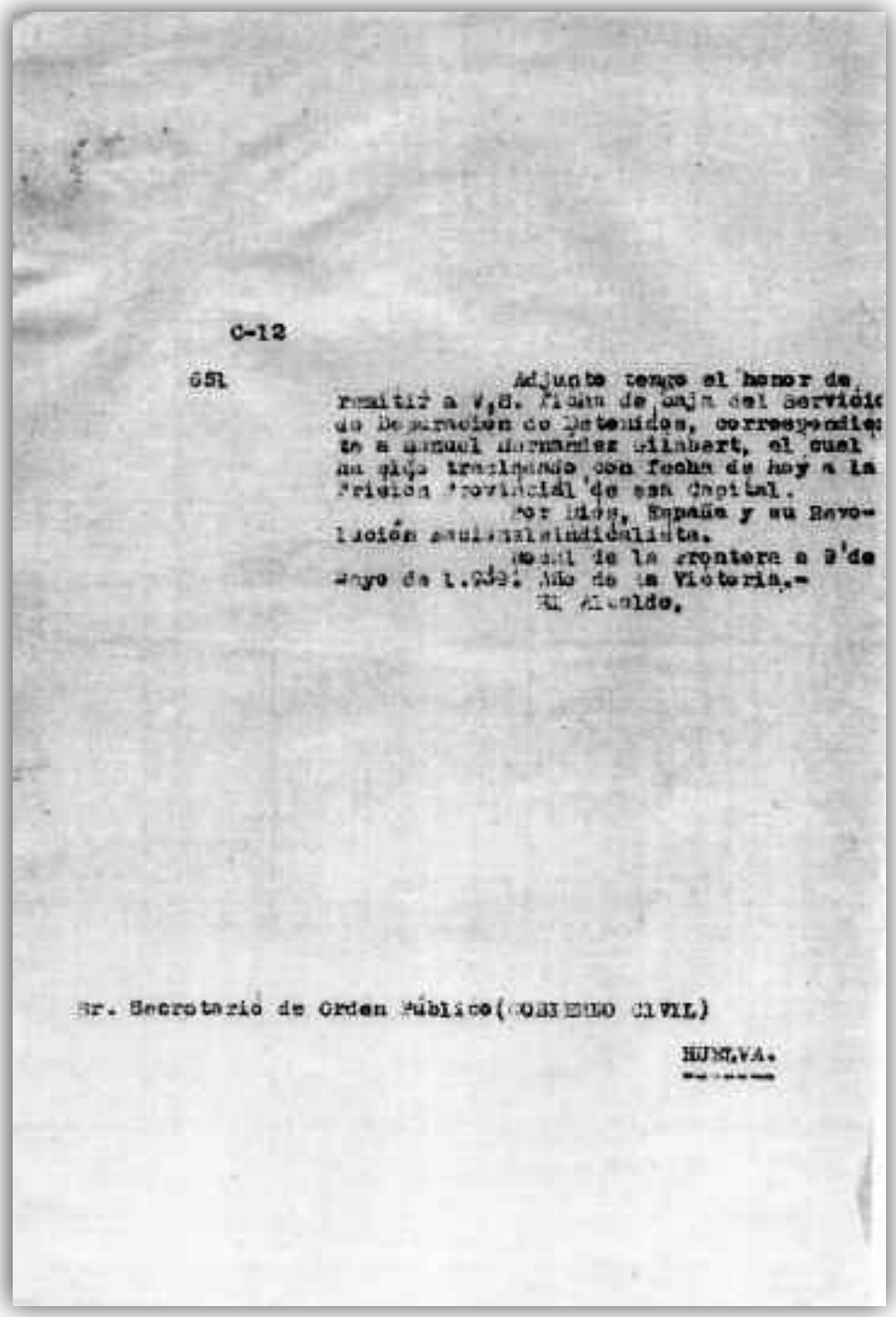
Sr. Secretario de Orden Público (GOBIERNO CIVIL)

HUELVA.

Comunicación oficial de la detención del poeta.



Ficha de entrega de Miguel Hernández a la Guardia Civil para su traslado a la capital onubense.



C-12

651 Adjunto tengo el honor de
remitir a V.S. ficha de baja del servicio
de Depuración de Detenidos, correspondien-
te a Manuel Hernández Gilabert, el cual
causa baja trasladado con fecha de hoy a la
Prisión Provincial de esta Capital.
Por Dios, España y su Revo-
lución nacional-sindicalista.
Madrid de la frontera a 2 de
Mayo de 1.939. Año de la Victoria.-
El Alcalde.

Sr. Secretario de Orden Público (SERVICIO CIVIL)

HUEVA.

Ficha de baja de Miguel Hernández del Servicio de Depuración de Detenidos.

**Rua del camino de Arouche,
Santo Aleixo (Portugal)**

De la capital viajó hasta Sevilla con una carta de recomendación entregada por el poeta falangista Eduardo Llosent para que le sirviera de recomendación ante Joaquín Romero Murube. Era el 24 de abril de 1939. Mala fecha para cobrarse favores pues en la capital andaluza paraba Francisco Franco y nadie quería problemas y relaciones peligrosas.

La brújula maldita que parecía conducir los pasos del poeta, el viento cambiado que le guiaba, le llevó hasta Cádiz buscando a otro amigo de tertulias, Pedro Pérez.

Otro eslabón perdido. No estaba. Otra puerta que se cerraba. Miguel miró entonces a Huelva y dirigió sus pasos hasta Valverde del Camino. Allí tenía otro amigo, el abogado Diego Romero. Ya, sin salvoconducto, amaneció en el pueblo que viera la batalla del Empalme y contemplara la misa de campaña en la plaza del Ayuntamiento perplejo y sabiendo que todo había terminado. Llegaban los años de plomo. Pero Romero tampoco se encontraba en su casa.

Tanta mala suerte no era posible. Parecía cumplirse el vaticinio de su perdición. El poeta combativo, el soldado enrolado en el V Regimiento, el marido, el padre herido en el alma por la muerte de su primer hijo, el amigo traicionado bien por el destino bien por la mala casualidad se dio cuenta de que estaba solo.

«Un carnívoro cuchillo/ de ala dulce y homicida/ sostiene un vuelo y un brillo/ alrededor de mi vida.» M.H.

Hoy el amor es muerte y el hombre acecha al hombre. Miguel pasó aquella noche de finales de abril de 1939 en una posada de arrieros valverdeña donde conoció en silencio a gentes que oían más que hablaban. El tiempo justo para que un cabrero, un hombre de campo aprendiera que el estrecho camino de la libertad buscada le llevaba hacia la frontera portuguesa.

Al amanecer un camión le llevó hasta Aroche. Se quedó a cuatro kilómetros de las casas para que nadie relacionara al cosario con un extraño, con un poeta, con un Antonino del comunismo como el romano fue de Espartaco.

«Llegué en camión hasta cuatro kilómetros de Aroche. Atardecía. En el pueblo merendé y me compré unas alpargatas esparteñas. Sobre las nueve de la noche, solo y sin conocer el terreno, crucé la frontera». Eso contó Miguel Hernández en su primer interrogatorio tras su detención.

Nueve horas tardó en atravesar La Raya a la altura de Aroche. Mala tierra para ocultarse en 1939. Frontera que en el ideario tradicionalista aparecía como una Covadonga desde donde iniciar la reconquista del país. Punta de flecha de los carlistas y punta de lanza del requeté del sur de

PRISIÓN PROVINCIAL DE HUELVA

Expediente procesal de Miguel Hernandez Gilabert

Natural de Orihuela provincia de Alicante
vecino de Coxe provincia de id
hijo de Miguel y de Concepción
edad 28 años profesión escritor
instrucción tiene religión
estado casado hijos tiene núm. de ellos 1
antecedentes no constan ingresa por primera vez
Domiciliado Sta Teresa nº 16

Señas particulares
Iris (ojos) [illegible]
Cabello [illegible]
Piel [illegible]
Cejas [illegible]
Nariz [illegible]
Boca [illegible]
Barba [illegible]
Cara [illegible]
Talla [illegible]

Formula dactiloscópica —

SEÑAS PARTICULARES

Fotografía

Dispone del interior

CAUSA

Número	Fecha	Día	Número	Fecha	Año	Sección	Sección	Sección	Sección	Fecha de la detención	Fecha de la libertad
353	1937	7º								9-5-937	11-5-937

VICISITUDES

Número	Día	Mes	Año
1230	9	Mayo	937

Ingresa en esta prisión, procedente de Rosal de la Frontera entregado por soldados del Bº O. Público en concepto de detenido a disposición del Sr. Gobernador Civil (Secretaría O.P.) con orden del [illegible] que se sigue y de cuenta.

Vº Bº
El Director

El Subdirector

Ficha de ingreso en la Prisión Provincial de Huelva.

259/49

Excmo. Sr.:

En contestación a su respetable oficio núm. 10.100, de fecha 3 del actual, que interesa aclaración para recaber sobre la situación del detenido en la Cárcel de Torrijo núm. 65 de Madrid, MIGUEL HERNANDEZ GILABERT, de 28 años, casado, escritor, natural de Orihuela (Alicante), hijo de Miguel y de Concepción, que procede de la de esta Capital; tengo el honor de participar a V.E., que dicho individuo fué detenido por la Policía portuguesa en Moura (Portugal), el día 4 del pasado mes de Mayo y entregado al Agente del Puesto Fronterizo de Rosal de la Frontera (Huelva), el que a su vez lo puso a disposición del Sr. Secretario de Orden Público e Inspector de Fronteras de esta Provincia por haber pasado clandestinamente y por lugares no autorizados para ello a territorio portugués.

El Excmo. Sr. Gobernador Civil de esta Provincia, con fecha 9 del pasado mes comunicó al Excmo. Sr. Gobernador Civil de Madrid lo siguiente: "Con esta fecha dispongo el traslado de la Prisión Provincial de esta Capital a la de ésa del detenido MIGUEL HERNANDEZ GILABERT, que fué aprehendido por la Policía portuguesa en Moura y entregado al Puesto Fronterizo de Policía Nacional de Rosal de la Frontera y el que había pasado clandestinamente por lugares no autorizados a Portugal.-Se acompaña en éste escrito las diligencias formalizadas en las que aparece como escritor en el periódico "Al Ataque", que editaba el primer batallón movilizado esa Capital y tambien en "El Mono Azul" que publicaba la Alianza de Escritores de Madrid.-Así mismo aparece su colaboración en el pa-

R. de Salida.

Núm. 4025.

SECCION DE ORDEN PUBLICO.

NEGOCIADO DE DETENIDOS GUBERNATIVOS.

Respuesta de oficio tras la llegada del poeta oriolano a la cárcel de Torrijo en Madrid.

Arriba, imagen de Miguel Hernández que se exhibe en la Casa de la Cultura de Rosal, sobre estas líneas.

España que anidaba muy bien pertrechado en la vecina Higuera de la Sierra de Fal Conde.

Tras nueve horas de andanzas divisó un pequeño pueblecito luso. Miguel caminó por el sendero de los cafeteros, gentes del estraperlo que se movían por la frontera sorteando y sobornando a los agentes de la Policía de Fronteras del general Salazar y a los malpagados agentes españoles faltos de pan y hogaza y escasos de zapatos para moverse. Entró en Santo Aleixo de la Restauraçao el 30 de abril de 1939.

El pueblo había sido destruido hasta en tres ocasiones por los españoles durante las guerras de la Restauración con Portugal. Sin embargo, conservaba, y conserva aún hoy, un cariño especial con los españoles. Dicen que son las cosas de la Virgen de Fátima.

Miguel bajó por una calle que hoy sigue siendo Rúa del Camino de Arouche, con casitas bajas tapadas con tejas portuguesas, decorada con una fuente grande, con arroyo. Un gran nogal centenario ofrece sombra al viajero, al paseante cansado que desafía el sol de mayo. Allí reposaban los caminantes, los huidos y refrescaban su esperanza, sus ilusiones.

«Vientos del pueblo me llevan,/ vientos del pueblo me arrastran,/ me esparcen el corazón/ y me aventan la garganta.» M.H.

Las nueces, en abril, en mayo, todavía están verdes, amargas, pero dejan entrever lo que serán tras los calores tórridos que se avecinan en el momento que se despida San Juan. El poeta bien pudo beber en esa fuente, con lavadero y todo, a la que hoy se asoma una hermosa vivienda con un bonito nombre: Quinta do Paraíso. Escoltada por tres laureles inmensos a los que la brujería antigua atribuye poderes malignos si alguien se atreve a cortarlos o arrancarlos.

Fue quizás la primera sensación de engañosa libertad que vivió el mocetón de Orihuela desde que decidiera separarse de sus dos amores en el Alicante de su alma.

Allí encontró Miguel el primer calor humano. Un muchacho, al que hoy salen familiares en cada esquina, en cada recuerdo de años pasados, se lo llevó a su casa para darle alimento bajo la música de su madre que murmuraba en portugués palabras de pena: «cuitadihno, cuitadinho» (desgraciadito).

Pero la carrera de Miguel no podía detenerse. Su objetivo de hombre libre al que aspiraba gracias a los alientos de Vicente Aleixandre y Pablo Neruda estaban muy lejos de allí, en Lisboa. Allí le esperaba la esperanza. De nombre, Gabriela Mistral, embajadora de Chile en tierra de Pessoa. Santiago, el destino de su colega de Galaroza Luis Pérez Infante, autor de

¡Ay! Perdonadme un momento.
Voy a echarle una pedrada
a la "Luna", que se ha ido
arriba a un bancal de habas,
y el huertano dueño de ellas
me está gritando desgracias.

Paneles biográficos en la Casa de
la Cultura Miguel Hernández de Rosal.

El dramaturgo Augusto Tassio, director de la Casa Museo, muestra uno de los paneles expuestos sobre la relación entre Josefina Manresa y su marido, el autor de «Vientos del pueblo».

un poema célebre, La muerte de Durruti, que fue traducido a todas las lenguas cultas del momento. Pérez Infante nació en Galaroza en 1912, fue discípulo de Guillén y J.R.J. y se sumó a la República cuando estalló el golpe militar franquista de 1936 y su labor cultural le granjeó prestigio nacional e internacional. Murió en Montevideo en 1968, olvidado de todos, esperando la muerte del dictador y el advenimiento de una nueva República que para él no llegó.

Con esa mirada, Miguel Hernández reinició el camino. Solo. Ya sin dinero pero con fuerzas enfiló hacia Moura. Pueblo grande e importante en el que vio la ocasión de buscar dinero, el capital que necesitaba para seguir en movimiento hacia el Atlántico.

Vicente Aleixandre le había regalado a su amigo oriolano un hermoso reloj de oro como obsequio de bodas. Un desposorio que se celebró el nueve de marzo de 1937 y por lo civil. Porque Miguel no era amigo de la liturgia, enemistad que le valió la traición de don Luis Almarcha, bendecido hasta por el Papa con un obispado.

El poeta, ya en su presidio final, acabó casándose por la iglesia, para ayudar a su mujer. De nada le valió aquel gesto para su redención penitenciaria y murió sin saber si le sirvió a su familia.

El reloj de oro de Aleixandre fue su última posesión. Decidió venderlo en Moura. Ese día 30 de abril de 1939, domingo, intentó el trueque. Josefina contaría después que era el único regalo de su matrimonio. El joyero le de-

nunció a la Policía de Fronteras y fue detenido allí mismo. Llevaba en su poder 20 escudos y dos salvoconductos inútiles y el libro La destrucción del amor y un ejemplar del auto sacramental Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras. Recuerdo de sus flirteos con la religión que le inculcara su amigo del alma y el que le quiso alejar de Pablo Neruda, de Aleixandre o de Rafael Alberti.

Miguel era un alma libre: «No hay cárcel para el hombre/ no podrán atarme, no/Este mundo de cadenas me es pequeño y exterior/quién enseña una sonrisa/quién amuralla una voz»…

Miguel fue conducido al depósito carcelario de Rosal de la Frontera desde Moura el 3 de mayo de 1939. «Ruego se sirva admitir en el Depósito Municipal del Ayuntamiento a Miguel Hernández Gilabert, el que queda a disposición del señor secretario de Orden Público e Inspección de Fronteras». La rúbrica era de Antonio Marqués Bueno.

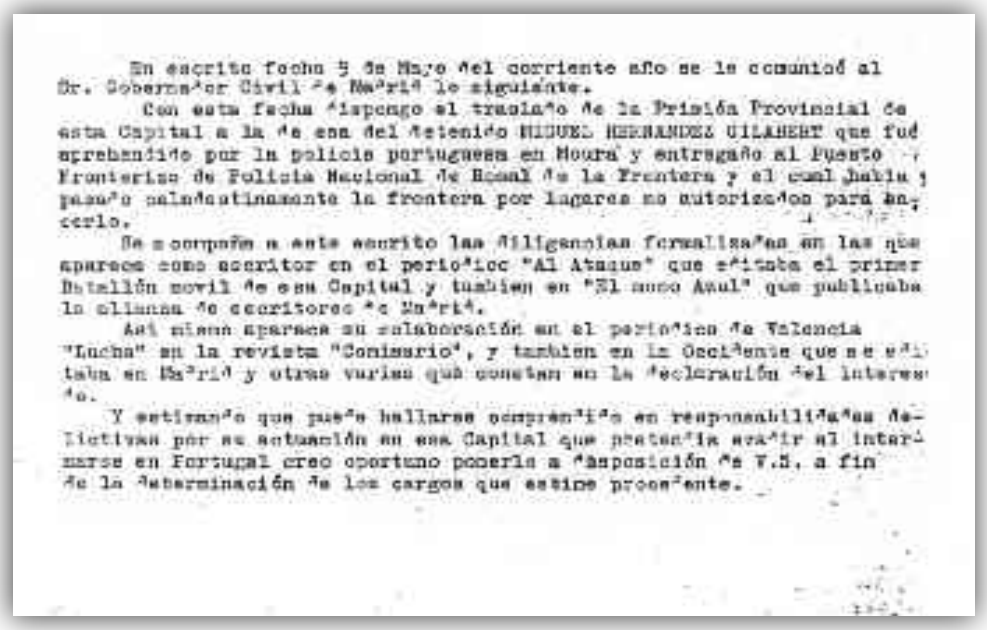
La primera vez que Miguel es interrogado fue a las doce del mediodía del 4 de mayo de 1939 ante el agente de segunda clase del Cuerpo de Investigación y Vigilancia y un agente auxiliar: Antonio Marqués Bueno y Rafael Córdoba Collado. En sus anotaciones identificaban al poeta como «Miguel Hernández Gilabert, de 28 años, casado en la que fue zona roja, de profesión escritor e hijo de Miguel y Concepción. Fue entregado en este puesto fronterizo por haber pasado clandestinamente desprovisto de la documentación necesaria a este efecto».

«Las cárceles (…)
buscan a un hombre,
buscan a un pueblo,
lo persiguen,
lo absorben,
se lo tragan.

El premio para los guardinhas lusos que lo entregaron fue de cinco pesetas, el precio que pagaba el Régimen de Franco a los colaboracionistas que entregaran refugiados o huidos a través de la frontera con Portugal.

Según consta en el Registro Municipal y Servicio de Depuración de Detenidos del 4 de mayo de 1939, allí compartieron ese día cautiverio con MiguelHernández, un hombre y una mujer: Victoriano Borrero Frutos y Francisca García Villanueva.

El interrogatorio duró diez horas. Medio día de torturas. Golpes que ocultó en sus cartas a Josefina. «Ve a mí casa y di a mi padre y a mi hermano que un día de estos me llevan a Huelva desde este pueblo y que es preciso que me reclamen de Orihuela. Que hablen con don Luis Almarcha… (otra vez el obispo) y quien sea preciso para la consecución de mi traslado a nuestro pueblo. La detención no es nada de importancia, pero haz lo que te digo para estar junto a nuestro hijo y a ti lo más pronto posible. No te preocupes, nena. Como bien, me tratan bien y a lo mejor desde Huelva paso a Orihuela antes de



En escrito fecha 5 de Mayo del corriente año se le comunicó al Sr. Gobernador Civil de Madrid lo siguiente.

Con esta fecha dispongo el traslado de la Prisión Provincial de esta Capital a la de esa del detenido MIGUEL HERNANDEZ GILABERT que fué aprehendido por la policia portuguesa en Moura y entregado al Puesto Fronterizo de Policia Nacional de Rosal de la Frontera y el cual habia pasado clandestinamente la frontera por lugares no autorizados para hacerlo.

Se acompaña a este escrito las diligencias formalizadas en las que aparece como escritor en el periodico "Al Ataque" que editaba el primer Batallón movil de esa Capital y tambien en "El nuevo Azul" que publicaba la alianza de escritores de Madrid.

Así mismo aparece su colaboración en el periodico de Valencia "Lucha" en la revista "Comisario", y tambien en la Occidente que se editaba en Madrid y otras varias que constan en la declaración del interesado.

Y estimando que pueda hallarse comprendido en responsabilidades delictivas por su actuación en esa Capital que pretendia evadir al internarse en Portugal creo oportuno ponerlo a disposición de V.S. a fin de la determinación de los cargos que estime procedente.

Notificación de traslado.

que nuestros amigos pudientes de ahí hayan hecho gestión alguna».

Miguel se mostraba 'confiado' en la justicia de Franco, sabedor de que la carta iba a ser leída por sus captores.

La verdad era muy distinta. Los captores se emplearon a fondo, golpeándole la cabeza y los riñones hasta hacerle orinar sangre. El único apoyo que tuvo Miguel en Rosal se lo dio otro preso, Francisco Guapo, y su mujer, Manuela, que le llevaba el poco alimento que fue capaz de comer.

Su nuera, Lucía Izquierdo, recuerda que los amigos de Miguel sabían que moriría en prisión. Allí sólo sobreviven los débiles (los canijos). Y Miguel era un hombretón de 175 centímetros de estatura al que gustaba comer, acostumbrado a la pitanza campestre. Pero incapaz en el presidio de aceptar comida que necesitaban sus compañeros.

La confesión del poeta fue la que quisieron. En los escritos que se conservan ponen en su boca que «Lorca era un hombre de mucha más espiritualidad que Azaña, que no desconoce que era pederasta y que a pesar de esto era uno de los hombres de más espiritualidad de España, y que después del teatro clásico, él ha sido una de las mejores figuras; advirtiendo a los agentes que suscriben tengan cuidado no se repita el caso de García Lorca, que fue ejecutado rápidamente y según tiene entendido el mismo Franco (nuestro inmortal Caudillo) sentó mano dura sobre sus ejecutores».

Después de aquel atroz interrogatorio, sus inquisidores apuntan las pertenencias del preso: veinticinco escudos con cuarenta centavos y los dos salvoconductos para desplazarse a Sevilla y Cádiz.

La conclusión de los agentes de Rosal parece más bien una condena: «Es de suponer que este individuo haya sido en la que fue zona roja por lo menos uno de los muchos intelectuales que exaltadamente ha llevado a las masas a cometer toda clase de desafueros, si es que él mismo no se ha entregado a ellos».

Los documentos, que carecen de membrete, según apunta Cerdán Tato en su Geografía Carcelaria, llevan un sello de la Jefatura de Seguridad del Puesto de Rosal de la Frontera y la firma sólo figura al pie de la declaración. El atestado ocupa las primeras páginas del Procedimiento Sumarísimo de Urgencia 21.001 que condena al poeta a pena de muerte de acuerdo con la sentencia dictada el 18 de enero de 1940.

Como si un camino hacia la perdición escrito en algún sitio tratara de seguir, Miguel Hernández tuvo la mala fortuna de que en Rosal estuviese destinado un guardia civil vecino suyo, de Callosa del Segura, que le reconoció y aportó toda una leyenda de rebelde y escritor comunista. Qué fatalidad. A esa letanía de cargos, Miguel añadiría otro infortunio. Era de Alicante, lo que sirvió a sus verdugos para intentar relacionarle con el fusilamiento de Primo de Rivera. Quién les convencía de lo contrario. En su fantasía de cargos inventados pesaba el hecho de que cuatro de los milicianos que participaron en el fusilamiento de Rivera eran de Huelva. José Pantoja Muñoz, Guillermo Toscano Rodríguez, Miguel Quintero Cruz y Luis Serrat Martínez. Todos fueron depurados entre 1939 y 1941 en un procedimiento que comenzó precisamente el 15 de mayo de 1939.

Miguel tuvo la mala fortuna de que en Rosal estuviese un guardia civil que le reconoció y aportó toda una leyenda de escritor comunista

El 9 de mayo de 1939 Miguel Hernández ingresa en la Prisión Provincial de Huelva. En su ficha, que se conserva en la biblioteca del presidio que lleva hoy su nombre, se concreta que entró a las 12.30 de la mañana. Dos días después, el 11 de mayo de 1939 era conducido a la Prisión Provincial de Madrid.

Once días de mayo agitados, repletos de miedos, acechanzas, traiciones que abrieron la puerta de un rosario de traslados a presidio que tiene 2.300 kilómetros de recorrido por los cerrojos de media España hasta que muere el 28 de marzo de 1942 en la enfermería del Reformatorio para Adultos de Alicante.

Bibliografía, fuentes consultadas y documentación

La Guerra Civil en Huelva. Francisco Espinosa Maestre. 4ª Edición: Diputación de Huelva 2005.

La Gran Represión. Francisco Espinosa Maestre, José María García Márquez, Manuel Álvaro Dueñas, Mirta Núñez Díaz Balart (Coordinadora). Flor de Viento Ediciones 2009.

El Canal de los Presos (1940-1962). Trabajos forzados: de la represión política a la explotación económica. Gonzalo Acosta Bono, José Luis Gutiérrez Molina, Lola Martínez Macías, Ángel del Río Sánchez. Editorial Crítica 2004.

La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz. Francisco Espinosa Maestre. Editorial Crítica 2003.

Irredentas. Ricard Vinyes. Ediciones Temas de Hoy. 2002.

Franco Caudillo de España. Paul Preston. Licencia editorial para Círculo de Lectores por cortesía de Ediciones Grijalbo. 1994.

Emilio «El Platero». Córdoba, 1999.

Todos (...) los nombres. Base de datos sobre la represión franquista. 2007.

Huelva 1930-1931: Entre la Dictadura y la República. Miguel Á. García Díaz. UHU. 2002

Internamiento y trabajo forzoso: Los campos de concentración de Franco. Javier Rodrigo. Universidad de Zaragoza. 2006

Campos de concentración y batallones. Centro Documental de la Memoria Histórica (Salamanca, 2010).

La escuela de la Segunda República. Fundación de Investigaciones Educativas y Sociales. 2005.

Los textos escolares y la enseñanza de la Historia en la II República. Consuelo Domínguez Domínguez. Diputación de Huelva. 1999.

Revista Huelva: Noticias de un siglo. 1939.

La represión en Huelva y en la Cuenca Minera. Documentación II Jornadas (2005). Asociación Andaluza Memoria Histórica y Justicia.

Mujer y Guerra Civil: doblegadas e insurrectas. Documentación V Jornadas (2009). Asociación Andaluza de Memoria Histórica y Justicia.

Geografía carcelaria de Miguel Hernández Gilabert. Enrique Cerdán Tato. 1992

Cartas de Miguel Hernández. Documento de trabajo original de Jesucristo Riquelme. 2010

Expediente carcelario de Miguel Hernández Gilabert. Centro Penitenciario de Huelva. (Por cortesía de Francisco Sanz). 2010.

Escríbeme a la tierra que yo te escribiré. Augusto Tassio. Asociación Literaria Huebra, Ayuntamiento de Rosal de la Frontera (Huelva). 2010.

Archivo personal y familiar de José Domínguez Álvarez. Puebla de Guzmán 1928-2013.

Diario de Rodrigo Miguela. Puebla de Guzmán 1936-1943.

Diario de Tomás Gento Álvarez. Huelva 1950.

Entrevistas

Francisco Espinosa Maestre Historiador, José María García Márquez Historiador. José Luis Gutiérrez Molina Historiador. Antonio López Hidalgo Profesor Universidad de Sevilla. José Domínguez Álvarez «Pedro el Sastre» Puebla de Guzmán. Emilio Fernández Seisdedos Zalamea la Real Augusto Tassio Escritor y dramaturgo Santo Aleixo (Portugal). Lucía Izquierdo Nuera de Miguel Hernández Gilabert. Antonio, José y Manuel Miguela Limón Hijos de Rodrigo Miguela. Puebla de Guzmán. Antonia Mira Pérez Puebla de Guzmán. Tomás Gento (Huelva), nieto de Tomás Gento Álvarez. María Nevado González Punta Umbría. Jacinto Jiménez del Villar Punta Umbría. Gregorio Jiménez Vidosa Punta Umbría. Isabel Hernández Martínez Punta Umbría. José Antonio Cruz Barroso Punta Umbría. Encarna García Campoy Punta Umbría. Antonia Hernández Galloso Punta Umbría. Concejal de Cultura.

Índice

Prólogo: Francisco Espinosa Maestre

Capítulo Primero

Un sastre contra el Rey y por la República

Rodrigo Miguela: Fugitivo en su casa

Epílogo

Rosas de Guzmán (dramatización)
Encerrado (dramatización)

Capítulo II

Los esclavos de la Isla de Saltés

Emilio el Platero, una vida interminable

Diario del preso Tomás Gento Álvarez

Capítulo III

La huida de Miguel Hernández